

REVISTA CHILENA

DIRECTOR

ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO I

SANTIAGO DE CHILE

1917

EMERSON

EN EL SILENCIO Y EN LA SOLEDAD

Un año de vida silenciosa y aislada, entre los muros severos y las claustrales penumbras de una alcoba de enferma, es, en la brevedad de la existencia y en su rapidez vertiginosa y mudable, sobrado tiempo para hacer de nosotros seres extraños, del todo ajenos a los convencionalismos del ambiente social y familiarizados con los oscuros problemas de la vida interior y del mundo oculto en que se agita.

Yo sé, no obstante, que, a través de las diferencias y separatividades exteriores, existe entre las almas una secreta afinidad que ningún factor consigue disolver, y no temo hacer llamado a esta afinidad de un origen común, para tratar de ideas ajenas a la literatura y a la moda; pero eternamente juveniles y llenas de interés, en los altos dominios del espíritu.

Alentada por este convencimiento, espero despertar el interés de la intelectualidad femenina del Salón de Lectura, presentando, con entera sinceridad, a su espíritu una faz del genial pensador de los *Ensayos*, tal como se ha hecho sensible a mi alma, en un momento memorable de mi vida.

Esta sinceridad, exenta de todo cálculo, es no solamente una condición, sino el verdadero sello de los que aspiramos a ser discípulos del gran Apóstol de la «Confianza en sí mismo», el

más audaz y el más sencillo de los originales, el más luminoso y el más verdadero de los pensadores y de los videntes.

Desde que intentara buscar atenuaciones a mi pensamiento, mirando más a la consecuencia con las ideas del ambiente que me rodea, que al respeto de la verdad en que creo, me haría indigna y me sentiría incapaz de expresar las ideas del maestro, que ha erigido la integridad en faro de su vida.

El me ha enseñado que la necia perseverancia es el fantasma de los espíritus estrechos; que ningún ser puede violentar impunemente su pensamiento; que debo decir lo que pienso, sin conformarme cobardemente a usos o ideas que han muerto para mí y que, por lo mismo, disipan mi fuerza, me hacen perder el tiempo y borran el sello de mi carácter.

«Espero, dice Emerson, en un magnífico arranque de sinceridad y altivez, que en nuestros días hayamos oído hablar por última vez de conformidad y consecuencia, que estas palabras se denuncien y sean ridículas de aquí en adelante.»

El estaba persuadido de que cada hombre verdadero es una causa, un país, una época, y que la posteridad ha de seguir sus pasos, como una escolta de clientes.

«Si un gran hombre viene a comer a mi casa, decía, no quiero serle agradable, sino que él procure agradarme a mí, porque yo represento a la humanidad y, aunque me complazca en hacerla amable, quiero representar por ella la sinceridad. El hombre no pertenece a ningún tiempo, a ningún lugar, es el centro de todas las cosas, donde él está, está la naturaleza.»

Su obra entera es un glorioso testimonio de esta incomparable integridad. Impecablemente sincero en todos los actos de su vida, se cuidó poco de que cada uno de sus geniales ensayos constituyese por sí mismo un estudio completo, ni de que todos ellos en conjunto, tuviesen un lazo ostensible de unidad. El mismo título de *Ensayos* elegido es una revelación de esa sinceridad que rechaza los moldes hechizos y las definiciones rígidas y huecas. La plasticidad exquisita de su temperamento, su sensibilidad vibrante hacia las impresiones de la naturaleza y su penetración de las secretas leyes que la animan, le inclinaron de preferencia a esta índole de elucubraciones, en que le

era dado ser espontáneo, sin violentar jamás su pensamiento. Decir, en términos enérgicos, lo que creía, en el momento en que lo creía, sin importarle que lo que entonces pensaba estuviese o no en pugna con lo que había pensado antes, «al alma grande, decía, le importa tanto esta consecuencia, como a mí puede importarme mi sombra en la pared».

Y, no obstante, a través de su rica multiplicidad, sus más diversas obras guardan un lazo de unidad característico. Nacidas todas ellas de un alma sincera, por más que expresen las diversas formas y aspectos de su trayectoria por la vida, tienen el sello inconfundible de una misma y gloriosa maternidad espiritual.

El lo ha dicho: *Un carácter es como un acróstico o una estancia alejandrina, puede leerse de arriba a abajo o vice versa, siempre se leerá lo mismo...* Dejádme, exclama en otra parte, que en esta agradable y retirada vida de los bosques, que Dios me ha concedido, registre día por día mi honrado pensamiento, y no dudo que se le encontrará simétrico, aunque a mí no me parezca tal.

En mi sentir, este secreto lazo de unidad, esta simetría del pensamiento Emersoniano, es su inquebrantable fe en la unidad transcendental del alma, a través de la multiplicidad individual y en la oculta armonía de los altos designios. Esta fe, que a semejanza de Platón, el genio de su preferencia, le hace encontrar belleza en todas las formas existentes, porque *habiendo sido hechas para el bien, deben ser necesariamente bellas...*

Pero no es mi propósito bosquejar la excelsa personalidad del gran filósofo a través de sus doctrinas; sólo pretendo expresar ingenuamente, el eco que la voz de su alma arrancó de lo más hondo a la mía, en el silencio y en la soledad de mi celda de enferma. Si he insistido acerca de la enérgica integridad, que me parece ser el verdadero sello de su carácter, ha sido únicamente para acogerme a su sombra, haciendo disculpable en estas páginas lo que podría parecer de mi parte audacia inusitada o vulgar indiscreción.

De todos modos, puedo declarar honradamente, que no ha sido un deleznable móvil de egoísmo, ni una pueril vanidad, lo

que me ha impulsado a reflejar aquí bajo el pobre ropaje de una experiencia personal, la influencia del maestro.

Nó! me ha parecido que es un deber de gratitud y aun de sinceridad consecuente, de parte de los que aspiramos a ser discípulos de tal maestro, aportar, como una humilde ofrenda al monumento egregio de su obra, el comentario sincero de la influencia ejercida por ella en nuestro espíritu. La obra se ha impuesto por sí misma a la admiración de las más diversas intelectualidades, y circula en todos los países, traducida a todas las lenguas. Los comentarios de ella han sido ensayados por los críticos de mayor nombradía; pero ¿cuál de sus discípulos ha intentado siquiera referir sencillamente el encuentro de su alma con el alma del inmortal pensador, poniendo de manifiesto la influencia ejercida por él, en su existencia moral?... Estos son los frutos de que habla el Evangelio, cuando nos enseña a conocer por ellos el árbol de donde provienen. Y yo estoy segura que el *dulce pastor de los verdes prados matinales*, como le llama el místico de los humildes, tan rebelde a los vanos elogios de la crítica profana, y tan celoso de la comprensión de las almas, habría acogido con mayor interés una humilde página de tales comentarios, que todo un volumen de crítica y encomios...

.....

¿De cuándo data mi encuentro con el amigo de las almas? No sabría decir, si todas las circunstancias que mediaron, cuando su espíritu se hizo sensible a mi conciencia, han sido las condiciones exigidas en el desenvolvimiento de ella para hacer posible tan alta comunión, o si, por el contrario, fueron el fruto y resultado de esta comunión. Sólo sé que había leído todas las obras del maestro; pero que, si en mi subconciencia vivían sus ideas, era sólo potencialmente, como vive el fruto en el seno de la tierra, antes que el sol haya fecundado la simiente que lo contiene. Mi conciencia sólo tenía conocimiento intelectual de esas ideas. Sucede con estas nuevas alboradas del alma, lo que con las de la naturaleza: se insinúa tan calladamente la luz, en unas y otras, es tan imperceptible la gradación de su camino, que sólo podemos medir el grado en que nos ilumina, por la

percepción de los objetos que se van destacando de la sombra a su contacto.

Pero, como los bienes que nos están destinados gravitan hacia nosotros y llegan a nuestro dominio por vías directas o tortuosas, la verdad se hizo perceptible a mi alma, por las tortuosas vías del sufrimiento y, por lo mismo, llegó consoladora y grande, como un presente del Altísimo...

Esa admirable ley de compensación, que rige el universo y mantiene el equilibrio en la naturaleza y en los seres, hacía que a medida que mi actividad material se iba reduciendo a su mínimo, por la enfermedad, la actividad de mi conciencia fuese descubriendo nuevos y más dilatados horizontes de ejercicio, y que mi sensibilidad física, dolorosamente exaltada por los sufrimientos, encontrase como un bálsamo de salud y alegría en la percepción de las leyes morales que sostienen nuestra vida inmortal.

Mis apagados ojos de enferma descubrían así, a través de las penumbras de mi solitaria estancia, nuevas formas de belleza y secretas relaciones de armonía, que jamás ofrecieran a la avidez insaciable de mi imaginación todos los esplendores del sol, y, en la sucesión de las horas iguales, sin expectativas ni acontecimientos, vivía más intensamente que cuando el combate de la vida ponía a prueba mis fuerzas.

Un proceso no menos interesante se operaba respecto de mis relaciones de amistad: a medida que el silencio austero y las dolientes penumbras de mi alcoba iban alejando uno en pos de otro a los que habían sido mis amigos en los días fugaces de salud y alegría, aparecían ante mis ojos maravillados, nuevos amigos de un linaje moral más elevado, atraídos acaso por esos mismos elementos que imponían en torno de mi cama una atmósfera de verdad en la que se mostraba transparente el alma, a despecho de todas las sombras y una comprensión tan natural y tan completa, que encontraba en el silencio su mejor intérprete, y dispensaba nuestros labios de vanas protestas y largas confidencias.

Tan cierto es que, al decir de nuestro autor, nuestros amigos llegan a nosotros en su hora, sin que los busquemos, porque los

envía Dios, tan cierto que los semejantes atraen a los semejantes y que podemos medir el grado de evolución de un ser por el grupo sucesivo de sus amigos, pues por cada uno que se pierde a causa de la verdad, se encuentra otro mejor...

Y estos nuevos amigos, que han llegado a ser el lote de mi vida interior y con los cuales mantengo estrechas relaciones, sin que nos sea necesario acortar aparentes distancias, porque habitan conmigo el seno de una misma vida moral, nada tienen de común con los que fueron. Han llegado a mí por los más encontrados caminos; pertenecen a los más diversos medios, edades y condiciones; pero todos ellos tienen el mismo rasgo común, han obedecido a la misma consigna, en que nos enseña a conocerlos Emerson, este apóstol de la amistad, que la ha engrandecido, lo mismo en su vida que en su obra. Todos han sido atraídos, no hacia mi inteligencia ni hacia mi voluntad caprichosa, sino a lo que haya de ternura y grandeza en mi corazón; y esto, porque mi corazón es el corazón de todos; porque no hay en la naturaleza puerta, ni muro, ni intersección; la misma sangre corre sin interrupciones, en circulación sin fin a través de todos los seres, como las aguas de la tierra forman un solo océano y la marea no es sino una...

Y, por eso, en la aparente soledad de mi abandono, discurrían conmigo dulcemente como fieles amigos, mis muertos queridos y nuestros coloquios eran a la vez tan sencillos y tan elevados, como jamás lo fueran cuando nos separaba la materia y tenían que buscar su expresión en el lenguaje... Cerca de ellos revivía mi alma los lejanos días de la infancia y adquirían significación y belleza los más sencillos incidentes de la vida diaria... Qué de tesoros ignorados han hecho visibles a mi conciencia estos coloquios insonoros con el alma de los muertos... Las horas silenciosas de labor humilde, de estudio, de meditación, de amor, aparecían a mis ojos invulnerables y aladas como ángeles guardianes... Entonces he comprendido que, en verdad, no hay para el alma horas sin milagros íntimos y significaciones inefables; que la obrera divina vive convirtiendo en luz los más humildes elementos de la vida... Parecíame que durante esos largos años de inconciencia había vivido ella silenciosa

e ignorada, errando como una sonámbula en medio de mis agitaciones pueriles y que, sin embargo, su existencia se había conservado pura, misteriosa y bella.

.....

Otras veces eran los escritores y artistas de mi predilección los que, atraídos por la reminiscencia de mis lecturas y viajes, acudían gentilmente a mi llamado, y más de una vez la entrada de un médico o persona de casa, interrumpió, mi recitación de los Poemas de Vigny, de los Cantos de Lamartine o Víctor Hugo y hubo de poner en fuga a la autora de *Lelia*, que me secundaba como *Musa*, mientras el juvenil poeta lanzaba por mis labios la genial maldición de *La Noche de Octubre*, o me obligó a dar las buenas noches al abuelo Bello que, cediendo a sus hábitos de maestro y filólogo, me hacía repetir en latín su traducción definitiva del *Miserere*.

Estos son los amigos de alta estirpe espiritual, con quienes se puede ser sincero, y por eso hablaba mi pensamiento en alta voz, sintiendo que con ellos eran innecesarios el disimulo, la cortesía y las reservas mentales, de que no podemos despojarnos con los otros...

Algunos de estos amigos de la hora de prueba vivían en mi propio hogar, comían de mi pan y dormían confiados a la sombra de mi ternura... Seres de mi propia sangre y de mi afeción más tierna, a los que no conocía sin embargo, y que han formulado el secreto de su afinidad interior, en el momento mismo en que arrancados como tiernas hojas al árbol de mi amor por el huracán implacable de la vida, iban a iniciar a su vez nuevas formas de vida...

¿Era acaso necesario que ellos y yo agotáramos un sufrimiento común, en análoga disposición de espíritu; que franqueáramos juntos las puertas de la vida interior, ante cuyo umbral habíamos callado tanto tiempo, para que, a la luz de la verdad, nos reconociéramos semejantes según el alma?...

¿Era necesario que nuestras manos de amigos se estrechasen, por la primera vez, en el momento en que nuestras vidas debían desligarse para siempre?...

.....

¿Y tú, fiel emisaria de los grandes mensajeros? ¿Desde dónde has llegado hasta mi silenciosa obscuridad?... Ah, si me permitieras bosquejar aquí pálidamente, tu fisonomía encantadora de mujer y ángel. Tú fuiste mi mejor amiga en esos largos días de dolor y esperanza, de tinieblas y de luz... Tu presencia sola, bastaba para poner en fuga los fantasmas de la fiebre y transformaba en fuerzas las debilidades de la enferma... Si pudiera mostrarte tal como llegaste a mí, en esas horas que hoy evoco y tal como vives aun, en la intimidad más dulce de mi alma... ¡Cómo podré olvidar que fuiste la intérprete de aquella lengua insonora, que yo aún no traducía y que mientras tus manos delicadas aliviaban mis sufrimientos, tu voz secreta formulaba a mi oído, la solución de los problemas, que yo acertaba apenas a balbucear incoherente... Diría que, abandonando las tristes penumbras de la alcoba, tu espíritu conducía al espíritu mío, asombrado y extático, por los altos dominios de la luz, esclareciendo a mis ojos, como otras tantas demostraciones de la misma ley, los hechos aparentemente más contrarios...

.....

Entre estos nuevos amigos, que debo al nuevo espíritu formado en la soledad, a la luz de las enseñanzas del Maestro, han acudido algunos de muy lejos, hasta mi cabecera: la pobre criada, que abandonara mi servicio tiempo atrás y a quien encontré casualmente en la calle, días antes de caer enferma, cuando la desgracia la había hecho inconocible; y que me procuró la fácil alegría de ser su amparo, supo que yo sufría, y abandonándolo todo, salvó valientemente las barreras del medio, la clausura de mi puerta, el rechazo de los que me asistían e instalándose en silencio al lado de mi cama se dedicó a cuidarme con delicada solicitud y a velar por mi vida; y mientras sus pobres manos deformadas por las penurias del trabajo doméstico, se hacían ligeras y suaves para rozar mi piel y sus ojos se fijaban anhelantes y tristes en mis ojos entre cerrados, su alma sonreía a mi alma, y ambas formulaban en silencio la misma oración...

Y como un desmentido a la frivolidad e inconsecuencia de las amistades que fueron, la de mi dulce amiga, de los ojos de

ónix, permanecía inalterable derramando en torno de mis penas, como un perfume de vida, su delicado encanto y la gracia incomparable de su espíritu. Allí estaba ahora a la cabecera de mi cama adivinando mis inquietudes de mujer y anticipándose a mis exigencias y caprichos de enferma; ahí estaba compartiendo mis sufrimientos y haciendo fácil y fecunda mi resignación, como había estado en los días de alegría y éxito ennobleciendo unas y otros, y en los momentos de vacilación y debilidad, mostrándome el camino... Alma de verdad y de armonía, cuya presencia derrama la belleza, como derraman las flores su perfume, porque es la esencia de su ser...

.....

Los «Ensayos» permanecían sobre mi mesa de luz, marcados en la página que fué mi última lectura... Todas las doctrinas del Maestro habían tomado forma real ante mis ojos; la vida se había transformado adquiriendo su verdadera significación, a la luz de aquel intelecto luminoso. Ya no me atormentaba el pasado, ni me desvelaba el porvenir; ya no temía a la muerte ni me inquietaba la vida: descansaba en la Ley, como el recién nacido en los brazos de su madre.

¿Fué en la vigilia o en el sueño?... ¿Fué la voz insonora de la presencia oculta o la voz del Maestro?... Yo no sé, pero en mi oído secreto resonaron con una significación que nunca habían tenido las palabras de vida:

«Aprenda el alma la revelación que le hace toda la naturaleza, todo el pensamiento, a saber, que el Altísimo mora en él; que las fuentes de la naturaleza están en su propio espíritu, si en él reside el sentimiento del deber»...

Esta revelación piadosa fué *levántate y anda* que despertó de su mortal letargo al yo silencioso y divino que yace aprisionado bajo la lápida sepulcral de la inconciencia... La hora en que esta presencia se hace sensible en nosotros, marca para la conciencia una hora decisiva o imperecedera. Esta es la hora en que la verdad se impone inviolable y sagrada; de ella decía

Swedenberg, haberle sido revelado que el espíritu que la rechazaba, perdía este conocimiento después de la muerte...

La Verdad es la suprema ley, de la cual derivan todas las otras, necesariamente. Su conocimiento nos restituye la perdida dignidad de nuestro primer origen y de su contemplación emanan las doctrinas de mayor consuelo para las horas sombrías del destino. A través de las apariencias más contradictorias, nos presenta la existencia sabiamente dirigida, resguardada por una ley de armonía y rectitud que ningún esfuerzo es capaz de burlar.

Cuando la presencia de Dios se hace sensible, por la percepción de la verdad, al humilde secreto del espíritu, sentimos que todos los acontecimientos y todos los seres que han intervenido en nuestra vida, no han sido sino los emisarios de este advenimiento; entonces se nos esclarece el verdadero sentido de esa única plegaria que nos enseñó Jesús: *Padre nuestro, que estás en los cielos, venga a nos el tu Reino...* Este Reino que se espera necesariamente en su hora, cuando el alma necesita de auxilio y de consuelo.

El despertar de esta hora sólo tiene una pálida y remota semejanza al despertar de nuestro amor primero.

Durante el sueño hemos perdido por algunos momentos la conciencia de esta nueva dicha; pero a través de los párpados cerrados, las pupilas guardan la secreta luz de otras pupilas y en lo más íntimo de nuestro ser, sonríe el alma al inefable misterio de otra alma... De pronto despertamos, y nos deslumbra la vida, como si en aquel momento nació a ella. La naturaleza entera se ha transformado a nuestros ojos: el sol, las aves y las plantas entonan un gran poema que no conocíamos, y nos preguntamos absortos, en el descordamiento de una alegría que casi no puede contener nuestro pecho: ¿Qué misterio es éste que hace desfallecer mi corazón de inmensa dicha? ¿Cuál es el tesoro divino que me guarda la vida?

Una mirada, una sonrisa, el eco ya apagado de una voz responden veladamente a nuestro anhelo...

Es el amor que inicia la fusión del alma con el alma: ese primer eslabón de la interminable cadena, con que tantos otros

amores tejerán el dilatado círculo que será nuestra prisión en la vida, hasta que la conciencia de nuestra unidad trascendental, nos liberte de la gran ilusión limitadora...

Los místicos de la Iglesia Católica, han llamado *revelaciones* a esta percepción de la verdad secreta; nosotros, los profanos, que no hemos conquistado en la oración ni en el ayuno tan señalado favor, diríamos que son los anuncios del alma, las manifestaciones de su propia naturaleza, solución de los problemas que ella misma plantea. El autor de las *Leyes del Espíritu* dice que el alma recobra en ellas la alta soberanía de su origen: circunscribe, suprime el tiempo y el espacio..... Siente que el cuerpo en que mora no es sino la fachada del templo egregio en que habita toda sabiduría y todo bien, y que si pudiera hacerse visible a través de las acciones de los hombres, les haría caer de rodillas...

Todos nosotros podríamos dar testimonio de esta presencia oculta, si prestáramos oído a su voz secreta; si no viviéramos a mil leguas de nosotros mismos... ¿Quién no ha constatado alguna vez la intervención de una voluntad más activa que la que parece actuar en nuestras voliciones; de una inteligencia más previsora y más lúcida que la que gobierna nuestros actos?... A veces, sin razón aparente, desistimos de improviso de un proyecto que nos ha halagado, que habíamos estudiado muchos días. No sabemos a qué resorte ignorado ha obedecido nuestra voluntad; pero algo en el fondo de nuestra conciencia nos hace sentir que hemos obrado cuerdamente..... Pasan los días, y de pronto en un periódico, en una visita, se nos refiere que la empresa, el viaje, la obra a que estaba ligado nuestro proyecto ha fracasado... Otras veces, la voz secreta no consigne hacerse oír y cede tristemente a la orden imperiosa de una voz profana, que le impone silencio y prevalece sobre las veladas advertencias del espíritu... La razón, la pretendida razón, que erigimos en árbitro de nuestra vida, ha triunfado de ella... Más tarde, un siniestro, una pérdida, una enfermedad, son la consecuencia de este triunfo sobre nuestra pasividad, ciega y empecinada... Recordamos entonces vagamente la velada ad-

vertencia que no quisimos oír y en nuestro arrepentimiento tardío, lloramos con estéril desconsuelo...

Pero de nada sirve luchar contra las leyes eternas del espíritu que ajusta las relaciones mutuas de todos los seres en la medida matemática de lo que tienen y de lo que son, ha dicho nuestro autor. Esta misma ley rige toda enseñanza; lo mismo que los secretos mensajes del alma, las obras de arte más geniales y los libros que encierran inagotables tesoros de ciencia y de filosofía, son letra muerta para aquel que no está moralmente a la altura de tales maestros. En todas partes puede tomar lo que pertenece a su dominio espiritual; pero no puede tomar ni un adarme más...

Existe, no obstante, otra índole de enseñanza que hace posible la comunión con los espíritus superiores, y es el ejemplo:

El hombre enseña obrando y no de otro modo, dice también el Maestro; y en verdad existe una sugestión infinitamente más noble y más poderosa en los actos que ponen de manifiesto una conciencia superior, que en todos los discursos que procuren reflejar sus elucubraciones.

No terminaré, pues, este pálido reflejo de algunas enseñanzas del autor de los *Ensayos*, sin evocar aquellos actos de su vida que son la demostración elocuente de esas enseñanzas y de los cuales derivan ellas su verdadera autoridad.

A pocos autores se habrá podido aplicar con más exactitud que a Emerson el hermoso aforismo de Goethe, de que *la vida y la obra forman un todo armónico*... A tal punto ha realizado este espíritu de energía y de verdad tan alto ideal, que casi no es posible hablar de su vida sin evocar su obra, ni comentar ésta sin evocar aquélla.

Descendiente de una vieja generación de Puritanos desterrados y educado, a su vez, austeramente en el seno de una familia de principios rígidos y acendrada religiosidad, el espíritu profundo y meditativo del Maestro se inclinó de preferencia hacia los estudios abstractos y los grandes ideales invisibles.

La verdad fué el faro elegido para orientar su vida; sus obras todas y todas sus acciones gravitan hacia ella desde sus primeros años. Él sabía que Dios da a elegir al hombre entre la

verdad y el reposo; que hay que optar por ésta o por aquél, pues ambos son incompatibles... El hombre oscila entre ellos como un péndulo; aquel en quien predomina el reposo, abrazará la primera creencia, la primera filosofía, el primer credo político con que tropiece; por el contrario, aquel en quien predomina la verdad, huye de echar el ancla, temeroso de abandonarse en el error, respetando siempre la más alta ley de su sér.

Este respeto hacia la *más alta ley de su sér*, esta sed ardiente de verdad le decidió a buscar en el sacerdocio una fórmula de vida apropiada a sus nobles ambiciones; pero si sus padres habían podido vivir en él sin sacrificar los ideales de su naturaleza, la del Maestro se sintió deprimida y violenta entre las trabas inflexibles y las estrechas fórmulas que imponían silencio a sus más caras aspiraciones y encarcelaban las alas de su misticismo abstracto. Valientemente, sin oír otra voz que la de su conciencia, renunció entonces a la carrera elegida, con la misma serenidad de espíritu y elevación de miras que la había abrazado...

En este momento decisivo de su evolución espiritual, encontróse en el más desfavorable y esterilizante de los medios. Aquel nuevo mundo en formación, en que los más diversos elementos sólo concurrían a una encarnizada lucha por la vida, no podía proporcionarle los medios de completar su educación moral y hubo de alejarse de él, abandonándolo todo, relaciones, familia, bienestar, para buscar en el viejo mundo al maestro que pudiera orientarle hacia la luz; la solución de los altos problemas que agitaban su espíritu, la paz interior, en fin, que era como el oxígeno para su alma.

No obtuvo de su peregrinación tan bellos frutos; pero aprendió, en cambio, aquella gran verdad que nos enseña tan luminosamente en sus obras; comprendió que la suprema Belleza y la Verdad imperecedera no se encuentran en ningún país, ni son el lote de ninguna obra, ni pueden ser comunicadas por ningún maestro: que sólo el alma puede crearlas perpetuamente dentro de sí misma, con los propios elementos que la forman y de acuerdo con los cánones de su visión interna... Comprendió

que el que viaja para adquirir lo que no lleva dentro de sí mismo, sólo consigue hacerse viejo entre las cosas viejas; agregar ruina a las ruinas.

¿En qué cenáculo, ni con qué maestros habría podido obtener más fecundas enseñanzas que las que alcanzó de esta manera por sí mismo? ¿Qué descubrimientos habrían podido compararse al gran descubrimiento de la amistad casi divina que, al término de su valiente peregrinación, encontró entre las brumas de Escocia, visitando en su austera soledad al inmortal místico del *Silencio*?... Carlyle fué, en efecto, para el gran pensador la revelación viviente de la verdadera amistad, y aun que su encuentro duró muy pocos días, la comunión de sus almas se continuó hasta la muerte. Una correspondencia no interrumpida entre ambos filósofos, da elocuente testimonio de lo que sería esta amistad, que ha hecho exclamar casi extático a nuestro autor: *Guardemos silencio para que podamos percibir el murmullo de los dioses.*

¡Qué consoladora lección para el alma que busca valientemente la verdad por la verdad, sin pararse en sacrificios, y deja que las demás cosas le sean dadas por añadidura. Esta anhelada verdad que, a través de las más penosas formas de vida y de las más diversas tendencias y países, había perseguido con ferviente humildad el poeta incorruptible y que, durante tanto tiempo, había ido alejándose del horizonte de su espíritu, como un miraje, había construido, por fin, en él su propio templo.

Y como todo conocimiento implica una asimilación con el objeto de tal conocimiento, la verdad irradiaba de él, en sus discursos y en su silencio, en sus obras y en su vida, con la irresistible sugestión que adquiere cuando emana de las fuentes mismas de la fuerza, del amor y de la sabiduría; cuando es una misma cosa con el intelecto que la expresa.

Y mientras el Apóstol hacía resonar por los cuatro ámbitos del mundo moral la palabra de vida, estremeciendo los espíritus, como *des coups de canon*, al decir de los que le han oído, en la humilde casa de campo de Concord, en el círculo de intimidad de su familia y de algunos amigos privilegiados, la luminosa revelación que resplandecía en el fondo de su alma, pro-

yectaba como una aureola celestial en torno de su vida sencilla, de armonía y de trabajo, y lo hacía realizar sin esfuerzo en la dulce ingenuidad de la existencia diaria, en medio de los suyos, lo que los filósofos y trascendentalistas que lo proclamaban de su círculo, perseguían en vano por los medios más audaces e inusitados.

De esta belleza sencilla de su vida; de esta impecable sinceridad, que le inducía a abrazar una carrera de sacrificio y abandonarla desde que no respondía a su intuición de la verdad; de la igualdad serena de su vejez encantadora, emana en gran parte el ascendiente irresistible de sus enseñanzas sobre aquellos espíritus que anhelan vivir en armonía consigo mismos, con pureza, elevación y serenidad...

Comentar las obras de Emerson prescindiendo del espíritu práctico que las completa y hace fecundas en la sencillez cotidiana de la vida, equivale a deformarlas. No conozco ningún pensador de tan alto vuelo espiritual y que haya triunfado tan gloriosamente como él de la aparente vulgaridad de nuestra vida. Diríase que ha conseguido desvanecer como una niebla las profanas ideas que velan el mundo del espíritu y ha hecho transparente la inefable belleza y la armonía prodigiosa que es origen y presta significación hasta a los más pequeños detalles materiales. El nos ha enseñado a hacer con grandeza la más humilde obra, no fijando empecinadamente los ojos en ella sino en la verdad que ella debe expresar y por cuyo amor debe ser hecha.

Esta hermosa comprensión de la vida que nos enseña a descubrir la belleza oculta hasta en un grano de arena y a reverenciar a Dios en todos los momentos sin necesidad de fórmulas ni de oraciones, le han inducido a tratar con la misma elevación y sencillez del *Intelecto*, de *Las Fuerzas Eternas*, de *Las Leyes del Espíritu*, del *Alma Suprema*, y de *La Política*, las *Maneras*, *La Riqueza*, *Los Modales*, etc.

Todas sus obras expresan en diversas formas el mismo convencimiento, que ha sido como un alto pináculo desde donde su visión moral se alza sobre todas las cosas y las domina sin limitaciones ni obstáculos, ese convencimiento que le permite

asegurar que el Universo está vivo; que todas las cosas tienen una naturaleza moral; que el alma, que en nosotros es un sentimiento, fuera de nosotros es una ley; que en la naturaleza cada cosa tiene todas las energías naturales; que todo está formado de una sola materia desconocida y que la verdadera doctrina de la omnipresencia consiste en la presencia de Dios con todos sus atributos en cada musgo, en cada telaraña...

Ideas semejantes son familiares a los místicos y panteístas de diversas escuelas; pero existe entre esas enseñanzas y las del Maestro esa substancial diferencia que existe entre los pensadores sagrados y los profanos; estos últimos nos hablan desde fuera, por lo que han oído y no consiguen llegar hasta nuestra alma; en tanto que los primeros, nos dan testimonio de lo que dicen y, como nos hablan desde adentro, desde esa secreta afinidad en que nos reconocemos semejantes, el alma se conmueve hondamente, como un pobre desterrado al que traen una flor que da testimonio de su patria.

Todas las obras de Emerson dan testimonio de esa patria común, por la cual suspira el alma, en las horas solemnes de su vida; pero vivimos habitualmente tan lejos de ella como infieles emisarios que hubiesen sido enviados a buscar en regiones desconocidas cooperadores de la obra de su patria, y fijasen su tienda, su familia y sus intereses en el primer punto abordado, sin cuidarse de la misión que les ha sido encomendada ni de la patria que ha confiado en ellos.

Necesitamos que la mano enérgica que guía nuestro destino oculto, nos arranque de viva fuerza a las engañosas redes en que nos aprisionan los intereses pueriles, y los perezosos hábitos de la inercia que nos tiraniza.

Así ha necesitado mi alma de un año de prueba y aislamiento para penetrar el sentido de esta ley tan luminosamente demostrada por el Maestro.

Siempre había observado, con el secreto rencor de la ignorancia, que una mano invisible se complacía en arrancarme despiadadamente cada objeto de afecto exclusivo que llegaba a ser la verdadera razón y el objetivo supremo de mi existencia, lo mismo en el dominio de los sentimientos que en el del arte

y la literatura. Las amigas de mi intimidad me han oído muchas veces esta absurda queja, que el autor de *Los Círculos* me ha hecho convertir después en ferviente acción de gracias.

A la luz de la verdad, he comprendido que la condición impuesta a todos los dones del Señor es el uso que debemos hacer de ellos y que, desde que convertimos en fines personales estos dones, que son sólo medios de progreso y evolución, labramos con ellos nuestro propio daño y traicionamos la confianza que el gran Dador ha depositado en nosotros, haciéndonos reos de nuestra propia infelicidad...

No hay otra vejez que esa estéril inacción de la permanencia, en que se estancan, como aguas muertas, nuestras energías morales.

La naturaleza nos repite esta misma lección en cada uno de sus objetos, de sus formas y de sus momentos: Las avecillas, dóciles a su voz, olvidan sus cantos y se desprenden dulcemente del suave plumaje que las engalana, sin temor de que el frío del invierno pueda encontrarlas desnudas; el árbol deja caer sus hojas, en espera de la estación que ha de traerle nueva frescura y verdor, y cuando la savia lo abandona, alarga con humildad sus miembros rígidos e inclina su tronco, ofreciéndose, como una ofrenda de vida, a la hoz del segador que debe convertirlo en lumbre, porque ya no le es dado contribuir en otra forma a la economía universal y sabe que el secreto del mundo es la solidaridad de sus energías... La luz y las tinieblas, el frío y el calor, los animales y las plantas, todo es una demostración de este perpetuo devenir que equilibra las fuerzas naturales y responde de su conservación, todo y sobre todo nuestro sér en cada uno de sus momentos.

Cada ley general es solamente un caso particular de otra ley más general pronta a verificar su aparición, y cada hecho último es sólo el primero de nuevas series, dice nuestro autor. La vida es una serie de sorpresas y lo único que buscamos con ansia insaciable es olvidarnos de nosotros mismos, *trazar un nuevo círculo*.

¡Cuántas veces tuve que aprender la misma lección para lle-

gar a hacerla innecesaria! antes había sido despojada sucesivamente de cada uno de mis pobres bienes; en este largo período de la última prueba me encontré un buen día despojada de todos: salud, amigos, actividad, lecturas, arte, entretenimientos, afectos, de todo, hasta de mis hijos...

Si fué éste el precio de mi rescate moral... bendito sea!...

.....
Los *Ensayos* permanecían sobre mi mesa de luz abiertos en la página que fué mi última lectura. Eran los mismos *Ensayos*; pero cada una de sus páginas había adquirido una nueva significación que antes no tenía: les había comprendido intelectualmente; pero la virtud casi sobrenatural de su espíritu no había encontrado eco en mi espíritu... ¡Bien conocía el alma el pensador que dijo que la nueva posesión del ser en su progreso posee todas las fuerzas de la antigua, pero las posee rejuvenecidas y fecundas!... Todas las ideas con que el gran pensador había sembrado en mi espíritu su simiente de verdad, surgían ahora luminosas y llenas de vida: eran la letra y ahora alentaba en ellas el espíritu!!!

¡Oh! Maestro inmortal de la Verdad, que me has abierto de par en par las puertas del templo del Altísimo: mis brazos suplicantes se tendían en la sombra y yo no sabía a quien orar... Mi alma estaba enferma de nostalgia, de duda, de inquietud, y le has traído la paz... Los seres que yo amaba se alejaron, y tú, dulce amigo de los solitarios, me has enseñado a encontrarlos en la soledad...

TERESA PRATS DE SARRATEA.

EL LACUNZISMO: SUS ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y SU EVOLUCIÓN

(Conclusión)

V.—PROPAGACIÓN DEL LACUNZISMO

La escasez de documentos fidedignos que aquí, lejos de las bibliotecas y archivos europeos, dificulta nuestro trabajo, es particularmente sensible cuando se trata de seguirle los pasos al lacunzismo desde el momento en que el P. Lacunza dió por terminada la edificación de su sistema.

El primer problema que se nos presenta, es el de la fecha en que, poniendo punto final a su obra, el P. Lacunza mandó hacer (o permitió que se hicieran) copias o compendios de ella.

Al final del capítulo XVI (y último) de la tercera parte de su libro, dice Lacunza, a modo de conclusión definitiva:

«Véis aquí, Cristófilo carísimo, que hemos llegado, con el favor de Dios, al fin y término de nuestra larga conversación. En ella he propuesto a vuestra consideración todo cuanto os había prometido; y puedo decir con verdad que mucho más: pues *inter scribendum*, han ido ocurriendo cosas, en que yo ciertamente no había pensado jamás» (19).

¿A qué cosas o ideas alude aquí el P. Lacunza?

(19) LACUNZA, *La Venida del Mesías*, edición de Carlos Wood, 1816, tomo IV, p. 433.

Parece difícil que la ocurrencia de éstas no haya sido provocada por la serie de magnos acontecimientos que precedieron, causaron y aun constituyeron la «Revolución Francesa».

Creemos que, mientras escribía su obra (*inter scribendum*) vió el autor ocurrir cosas cuya realización le pareció anunciada en ese libro del Apocalipsis, objeto de su exclusivo estudio y de su ininterrumpida meditación.

¿Cómo no había de llamarle poderosamente la atención la embestida que venían entonces dando al cristianismo los batallones de la irreligión o como entonces se decía, de la filosofía, del cisma, de las herejías y del clero católico infiel a su misión? ¿Cómo no había de parecerle natural que esa combinación o coalición de fuerzas anticristianas fuese el verdadero anticristo, el cual, según el lacunismo, ha de ser, no una persona individual, como lo creen casi unánimemente desde antiguo los católicos, sino un cuerpo moral?

Esta embestida, de cuyo primer empuje fueron víctimas los jesuitas en 1767, creció en violencia a medida que iba acercándose la fecha fatal de 1789. Lacunza la vió triunfar cuando, en virtud de una alianza de filósofos, de jansenistas y de galicanos, la Francia pasó legalmente de la unidad católica al cisma constitucional (12 de Julio de 1790).

Sea de esto lo que fuere, consta que en ese mismo año de 1790, quedó completa la obra de Lacunza.

Compruébase esta fecha por medio de una explicación puesta por el señor don Ignacio de Andía y Varela, al final del tomo III de *La Venida del Mesías*, manuscrito que se conserva en el Archivo de la Biblioteca Nacional de Santiago.

Dice: «Este tercero tomo (cuyo original dado a luz el año de 1790 por su autor, el abate don Manuel de Lacunza, ex-jesuita, natural de Santiago de Chile, lo copió de su consentimiento en Bolonia, de Italia, el presbítero, también ex-jesuita, don Juan González Carvajal, residente hoy en Valparaíso, su patria, donde se le bolverá) se acabó de copiar por mí y a mi costa en dha Capital de Santiago en 3 de Agosto de 1814» (20).

(20) El presbítero don Juan José González Carbajal era secretario del P. Lacunza. Fué él quien copió el ejemplar que sirvió de original para im-

Por otra parte léense al pie de la página 2 del mismo manuscrito, las siguientes líneas: «Hoc ab Auctore, aliena quamvis persona induto, Abbate (*sic*) tamen Emmanuelli (*sic*) Lacunza nomine cognito, Jacobopoli in Chile nato, volumen primum Imolæ in Italia editum fuit, anno feliciter a primo adventu Christi Domini 1784, ætatis suæ 53».

Con lo cual queda demostrado que la publicación de su obra le tomó a Lacunza seis años, contados desde 1784 hasta 1790.

La propaganda del lacunzismo hubo de empezar en 1784 y se intensificó, sin duda, más y más a medida que iba arreciando y extendiéndose la tempestad de la Revolución Francesa cuyos acontecimientos principales (constitución civil del clero, supresión de la monarquía, proclamación de la República, suplicio de Luis XVI, el Terror, guerra universal, toma de Roma por los franceses, prisión, destierro y muerte de Pío VI, en Valencia de Francia, etc.) parecían ser cumplidas realizaciones de las profecías explicadas por Lacunza.

Sobre esto dice el conde de Maule en su *Viaje de España, Francia e Italia*: «En la posada (de Imola) logré conocer al abate Lacunza que escribió el comento (*sic*) del Apocalipsi, el cual sin haberse impreso, tal vez *por contener doctrina nueva*, se ha traducido a casi todas las lenguas cultas de Europa» (21).

primir la edición de Carlos Wood. (Londres, 1816, 4 vols. in-4.º). Al final del tomo IV de esta edición encuéntrase la siguiente inscripción latina:

Anno Domini 1793, die 6 Martii

J. J. G. C. V.

Annunte Autore Bononiae Scripsit.

Las iniciales deben leerse *Joannes Josephus Gonzalez Carbajal Vallis-paradisiensis*.

Sobre el amanuense de Lacunza véase TORRES SALDOMANDO, *Titulos de Castilla*, t. I, p. 46.

(21) NICOLÁS DE LA CRUZ Y BAHAMONDE: *Viaje de España, Francia e Italia*. Madrid. 1808, t. VI, p. 61.—Las palabras *por contener doctrina nueva* han sido subrayadas por nosotros, para llamar la atención hacia e carácter de novedad teológica que ya en 1797 era publicamente atribuído al lacunzismo.

Esta entrevista del viajero chileno con su compatriota, el jesuíta desterrado, tuvo lugar en 1797.

El dato acerca de la traducción de la *Venida del Mesías* a «casi todas las lenguas cultas de Europa», obtúvolo, sin duda, el conde de Maule del mismo padre Lacunza o de alguno de los sesenta o más colegas de éste y compatriotas suyos que encontró en Imola (22).

Consta, pues, que ya en 1797 circulaba en Europa la *Venida del Mesías en Gloria y Majestad*.

Pero la propaganda del lacunzismo no parece haberse tornado verdaderamente intensa, sino hacia el año 10 del siglo XIX.

En aquella época, según refiere Eduardo Irving, existían en España, unas como logias, cuyos socios se dedicaban en secreto a leer libros prohibidos o sospechosos. Entre éstos figuraba el del Padre Lacunza (23).

Poco antes de proclamarse la libertad de la prensa en la constitución española de 1812, los lacunzistas se valieron de las circunstancias políticas para imprimir furtivamente en ese mismo año las primeras ediciones de la *Venida del Mesías*, las cuales no tardaron mucho en agotarse (24).

«Aparecieron remitidos a la biblioteca pública de la capital de Buenos Aires, por el vicario general castrense del ejército

(22) «... A los ex-Jesuitas de Chile les tocó por departamento esta ciudad (Imola). Apenas salí de la posada a la calle, cuando me encontré con más de sesenta, entre ellos uno que había conocido en mis primeros años. Nos encaminamos a casa de don Martín Recabarren, donde me mantuve desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche, siempre visitado de estos buenos paisanos. En la posada logré conocer al Abate Lacunza... etc.»—*Ibid.*, p. 60-61.

(23) Eduardo Irving, en el discurso preliminar a su traducción de la obra de Lacunza, tomo I, pág. XV-XVI.

(24) Sobre la edición «impresa en la isla de León», corren opiniones erradas que pueden verse corregidas en MEDINA, *Jesuitas Expulsos*, p. 186-187.

¿Cómo no se habían de agotar éstas (y las futuras ediciones), cuando el público español y latino-americano estaba desde antiguo mantenido en estado de curiosidad aguda por la propaganda de emisarios lacunzistas? Prueba de esto es lo que cuenta don Judas Tadeo de Reyes: «Mucho antes

oriental, don Bartomé Muñoz, dos tomitos a la rústica, que sólo comprendían la primera parte, y algo de la segunda de la obra.»

Fueron leídos con entusiasmo, y provocaron en sus lectores el deseo de adquirir la obra entera. No recibéndola, a pesar de haberla encargado repetidas veces, resolvieron los argentinos imprimirla por medio de suscripciones.

«Principiaba a tratarse de esto con el mayor empeño, cuando he aquí que inesperadamente me veo en la necesidad de pasar a la Corte de Londres. Desde el punto que resolví mi viaje a este destino, resolví también hacer a mis compatriotas el servicio de imprimir y publicar una obra que, aun cuando no hubiese otras, serviría para acreditar la superioridad de los talentos americanos»... (25).

(de 1797, fecha de la entrevista entre el conde de Maule y los jesuitas chilenos de Imola) era conocida aquí [en Chile] por haberla traído manuscrita el abate don Xavier Ignacio Zapata su compañero ex-jesuita, natural también de esta capital, que anduvo por este reyno de incógnito, por su extrañamiento. Este divulgó al autor; prestó la obra a Fr. Lorenzo Núñez, Misionero del colegio de Chillán, buen literato, quien la denunció a la Inquisición de Lima, cuio tribunal mandó recogerla, y remitirla junto con el introductor; pero este presintió el golpe, y se desapareció.» (Del manuscrito intitulado: *Impugnación a la obra del P. Lacunza sobre el Reino Milenario titulada «La Venida del Mesías en Gloria y Majestad. Escrita por el Sor. Coronel y Secretario de la Presidencia del Reino de Chile D. Judas Tadeo de Reyes. Año de 1820. Núm. 243»*.—Agradecemos al Sr. D. Miguel Luis Amunátegui Reyes, el favor que nos ha hecho al comunicarnos el manuscrito del Sr. D. Judas Tadeo de Reyes.—Conviene advertir aquí que el Apocalipsis era estudiado no sólo por Lacunza, sino también por otros jesuitas de Chile. El Padre Domingo Anthomas, jesuita navarro, misionero en Chile y colega del P. Lacunza, junto con quien fué desterrado a Imola, dejó escrita una obra cuyo título, según Laserna, era: *Christianus hujus sæculi illuminatus per epistolam D. N. J. C. Apocalipsis*. (Este dato se halla en *Bibliothèque des Ecrivains de la Comp. de Jesus*, por A. y A. de Baker, t. V, p. 13. No consta que aquella obra haya sido impresa.)

(25) El autor de estas líneas (Plenipotenciario argentino en Londres) añade lo siguiente que, aunque ajeno al presente asunto, merece copiarse; «al mismo tiempo que la suma sandez de un señor diputado español europeo, que en las cortes extraordinarias instaladas en la Isla de León de

Fruto de esta resolución fué la hermosa edición de Londres, 1816, impresa por Carlos Wood en 4 magníficos volúmenes in-4.º

No sólo cundía el lacunzismo en España y América, sino que también penetraba en Francia, merced al galicano y jansenista Agier (26), quien publicó la siguiente obra: *Vues sur le second avènement de J. C. ou analyse de l'ouvrage de Lacunza sur cette importante matière*. (Paris, 1818. 120 págs. in-8.º (27).

La entusiasta acogida que muchos dispensaron a la obra de Lacunza, no impidió que la Inquisición, recién restaurada en España y América, intentase estorbar su circulación.

Así, de las aprobaciones que acompañan a una traducción latina manuscrita de la *Venida del Mesías*, perteneciente a la Biblioteca de Niza, resulta que la Inquisición de México, por edicto de 1.º de Mayo de 1819, prohibió la obra, mientras no fuese calificada (28).

Peor aun fué la suerte que le tocó en España y en el Perú,

Cadiz, se hizo distinguir con el arrojo escandaloso de preguntar a qué clase de bestias pertenecían los americanos»!...

Edición de Carlos Wood, Londres, 1816, t. I. pp. XI-XII.—La edición, dice Irving, loc. cit., p. XVI fué de 1,500 ejemplares.—«Sobre quién fuese ese editor no puede haber duda de que era americano, y bien se deja comprender también que argentino, y creemos no equivocarnos mucho al decir que lo fué don Manuel Moreno». (MEDINA, *Jesuitas expulsos*, p. 188).

(26) Pedro Juan Agier (1748-1823) presidente de la Corte de Apelaciones de París, fué muy dado al estudio de las profecías, sobre las cuales escribió una obra en 9 vols. in-8.º (París, 1820-1822. También publicó en 2 vols in-8.º un *Comentario sobre el Apocalipsis* (París, 1823).

(27) E. IRVING, op. cit., p. XVI, dice que el libro de Lacunza penetró en Francia «I know not when» en forma de un compendio o extractos y que fué muy leído. Añade que, en Francia, era muy corriente la doctrina lacunziana relativa a la Apostasía de la Gentilidad, *alias* de la Iglesia Romana. Muy común era, en efecto, aquella doctrina, pero no entre los *members of the Gallican Church*, como dice Irving, sino entre los jansenistas. Esta opinión, como hemos dicho arriba, cundió merced a Du Guet y al abate d'Etemare, jansenistas ambos, y acérrimos.

(28) Según MEDINA, *Jesuitas Expulsos*, p. 191, intitúlase aquella traducción: *Tractatus de glorioso Dei hominis adventu, excerptus ab opere cui*

puesto que, según lo refiere D. Judas Tadeo de Reyes, «se halla mandada recoger por edicto de la Suprema antigua Inquisición de España, motivado de delaciones contra ella de muchas personas doctas y zelosas de la religión, publicado y fixado en las iglesias de Lima el año de 1820» (29).

En Chile, fray Lorenzo Núñez, franciscano, del colegio de Chillán, la denunció (probablemente antes de 1820) a la Inquisición de Lima (30).

«Entre los ex-jesuitas chilenos, que alzado su extrañamiento volvieron a esta capital, fué uno don Juan Crisóstomo de Aguirre, respetado aun en Italia por su ciencia, y gravedad. El era acérrimo declamador de la impericia de Lacunza y que por su obra había sido el descrédito de sus hermanos, y paisanos.

«Don Felipe Villafañe, otro ex-jesuita natural de Córdoba del Tucumán donde aun vive, es también público desaprobante de esta obra, sobre cuías implicancias y contradicciones consigo mismo ha escrito un volumen, que presentó en Mendoza al Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis Dr. don José Santiago Rodríguez, de cuja boca lo he sabido» (31).

A lo cual, por vía de conclusión, añade el señor J. T. de Reyes: «Y si así esta obra ha sido mal recibida, y desconceptuada en todas partes desde su aparición, y entre los compatriotas y hermanos de Lacunza, siendo de un cuerpo eclesiástico el más unido para defenderse; menos debe extrañarse que yo la refute en obsequio de la verdad, de la doctrina católica y de los santos doctores, que vulnera injustamente» (32).

titulus: Messiae adventus in gloria et majestate, auctore D. Emmanuele Lacunza, olim S. J. professore sub nomine Joannis Josaphat Ben-Ezra, in-4.º, III partes, con 172, 382 y 154 págs.

(29) Del manuscrito citado en nota anterior. Las líneas copiadas se hallan en el párrafo N.º 2.

(30) Ibid., párrafo 243.

(31) Ibid., párrafos 244 y 245.

(32) Ibid., párrafo 246 y último. El manuscrito de don Judas Tadeo de Reyes termina con la siguiente advertencia: «*Esta obra se halla posteriormente rehecha más correcta, ilustrada y aumentada por el mismo autor*». Sería curiosa y provechosa a la vez la lectura de la obra «rehecha»... ¿En qué biblioteca será posible hallarla?

Poco después de compuesta la «Impugnación», de donde hemos sacado los anteriores párrafos, llegó a Chile el vicario apostólico Monseñor Juan Muzi, arzobispo de Filipos, a quien el señor J. T. de Reyes sometió el manuscrito de su obra en busca de aprobación.

El vicario apostólico, en contestación, le dirigió una carta (33) de la cual conviene traducir la parte en que el docto prelado expresa el juicio que le merece la doctrina de Lacunza: «Me ha tocado en suerte admirar, dice el señor Muzi, la magnífica disertación manuscrita que has compuesto para refutar los principios fundamentales del autor [es decir, de Lacunza], los cuales están contenidos en el cap. 5 de su obra. Muchos méritos has adquirido atacando las perniciosas novedades del autor y defendiendo con todo empeño la sana y antigua regla de interpretación de las Sagradas Escrituras en conformidad con la unánime [interpretación] de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. Como pudo ocurrírsele a un hombre verdaderamente católico, so pretexto de seguir el sentido literal de la S. Escritura, eliminar el sentido espiritual, el cual muy a menudo es literal, y de allí reproducir a costa de improbables estudios, el reino terrestre milenario de Cristo antes del día del juicio final, y además proponerlo por cierto y evidente a los ignorantes, es cosa que apenas puedo entender. Es también de advertir la incoherencia del autor, quien, en efecto, por más que defiende con toda energía el sentido literal de la Sagrada Escritura, no por esto se priva de abandonarlo para acudir al sentido metafórico tan pronto como advierte que el literal no favorece su opinión. Así resulta que el Antecristo no es una persona [individual], ni lo son tampoco Enoch y Elías, por más que la Sagrada Escritura les atribuye las cualidades de personas verdaderas. Con lo cual el autor, dejándose llevar de su sentido privado, ha dado un pésimo ejemplo y favorece la causa de los Novadores. Y ¿qué tiene de común el reino espiritual de Cristo

(33) El original de esta carta, escrita en elegante latín, de puño y letra del Sr. Muzi, se halla encuadrado al principio del manuscrito del Sr. J. T. de Reyes.

con ese reino terrenal de los Judíos que habrá de ser restaurado algún día, juntamente con las ceremonias y sacrificios de la ley mosaica? ¿No es ver turbio a las doce del día el imaginar tales cosas? Por fin, es digno de condenación el autor cuando a menudo inculca que, durante muchos siglos, los Doctores de la Iglesia han sido obstáculos para la conversión de los Judíos, ni han cuidado lo suficiente de la instrucción de los católicos y esto por no haber (los citados doctores) descubierto en la Sagrada Biblia las fabricaciones que (él) da por verdades ciertas. ¡Oh! jactancia! ¡Oh! temeridad singular!» (Santiago, 7 de Agosto de 1824).

Ampliando las declaraciones del vicario apostólico, el señor José Sallusti, secretario de aquel prelado, dice en carta al mismo señor J. T. de Reyes: [la lectura de la obra de Lacunza] me había movido a indignación grande por el desprecio que se hace en ella de la Iglesia Romana, y de los Santos Padres, atreviéndose de decir, que la primera es la Babilonia reprobada, y mostrando en sus caprichosas interpretaciones y extraños pensamientos sobre las autoridades divinas, que los Santos Padres no han sabido entender bien la fuerza y la verdadera expresión de la Sacrosanta Escritura. Esta sola audacia y temerario ardimiento es suficiente por condenar y reprobar una obra, la qual con las bellezas de su purificada eloquencia, con su novedad y con su mucha erudición, llama a todos a leerla, en particular los curiosos, a los cuales insinúa y comunica insensiblemente sin apersevimiento de ellos el más fino veneno de las máximas corrompidas contra el respeto y la veneración debidas a los Santos Padres y sobre todo a la Iglesia Romana, que es la verdadera sede de la Iglesia de Jesu Christo» (34).

Las medidas tomadas por la Inquisición en España y América y la reprobación expresada por jesuitas de grande autoridad, harían, sin duda, gran fuerza en la mente de los chilenos que, como el Sr. J. T. de Reyes, podían, merced a sus conocimientos teológicos, apreciar su alcance. De mucho mayor peso,

(34) El Sr. Sallusti escribía en castellano. Su carta figura al lado de la de Monseñor Muzi en el manuscrito del Sr. Reyes ya citado.

empero, sería la opinión de Monseñor Muzi, vicario del Sumo Pontífice, investido de una autoridad espiritual que no reconocía superior en América.

Aunque no se publicara oficialmente, la carta del Ilmo. Sr. Muzi al Sr. Reyes, fué sin duda alguna puesta por este en conocimiento de los católicos santiaguinos los cuales, al poco tiempo de tomar conocimiento de ella, pudieron leer en la *Gaceta de Madrid*, N.º 151 (30 de Noviembre de 1824) las siguientes líneas: «Roma, 29 de Octubre: En 6 de Setiembre la congregación del Indice dió un decreto, por el que se condenan muchas obras, la mayor parte españolas, fruto desdichado de la revolución: Entre éstas: *La Venida del Mesías en gloria y majestad*, por Juan Josaphat Ben-Ezra; su verdadero nombre Lacunza, etc. El Santo Padre ha aprobado este decreto, y mandado su publicación (35)».

En el mismo año en que fué prohibido en Roma el libro de Lacunza publicáronse varias obras en pro y en contra del mismo.

En México (36) salió a luz una *Carta apologética en defensa de la obra de Juan Josafat Ben-Ezra, escrita por el P. D. José Valdivieso ex-jesuita. Con las licencias necesarias*. México. 1824. Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés. 257 págs. in. 4.º.

Esta «carta», escribióla en Ravena, muchos años antes de que se publicase en México, el R. P. José Joaquín Fernández de Valdivieso, salteño (37).

(35) Estas líneas son copiadas de una esquelita añadida al final del manuscrito del Sr. Reyes y copiadas de puño y letra de la misma persona que copió el citado manuscrito.

(36) Publicóse después del 5 de Junio, puesto que la licencia del ordinario, con que viene acompañada aquella carta lleva aquella fecha. Es claro que, en aquellos días, no se vislumbraba en México la próxima condenación del libro por la Congregación del Indice...

(37) Véase su biografía en MEDINA, *Jesuitas Expulsos*, p. 117-118. Según allí se ve, el P. Valdivieso falleció en 1789 en Forlì. De donde se infiere que la obra de Lacunza ha de ser bastante anterior a aquella fecha. Esto, en aperiencia, está en contradicción con lo dicho arriba, y en particular con la fecha de 1790 que, fundados en documentos fidedignos, hemos atribuído a dicha obra. Pero conviene tener presente que, antes de com-

En España publicóse una obra intitulada *Observaciones que Fr. Juan Buenaventura Bestard*, Padre de la Provincia de Franciscanos de Mallorca, Teólogo de S. M. C. en su Real Junta para Inmaculada Concepción, y Comisario General del Orden de S. Francisco en Indias presenta al público, para precaverle de la seducción que pudiera ocasionarle la obra intitulada *La Venida del Mesías en gloria y Majestad*, de Juan Josafat Benezra. Madrid. Año de 1824. Imprenta de D. Fermín Villalpando. Impresor de Cámara de S. M. 2 vols. in-4.º. Tomo I, 3-171; II, 3-380 págs (38).

La prohibición promulgada en Roma en 1824, no puso fin a la circulación de la obra en Europa y América.

«Nosotros poseemos, dice el señor Medina, un *Extracto* hecho en México en 1825, firmado con las iniciales Y. M., que cuenta 17 pp. en 4.º, de muy hermosa letra; y otro más extenso, como que consta de 692 páginas, escrito en caracteres menudísimos, que se dice traducción del latín al castellano, suscrito: D. J. V. C. H. A. (39).

El mismo año imprimiéronse dos ediciones de la *Venida del Mesías*, una en México (40) y otra en París (41).

En 1826 y con el fin, principalmente, de satisfacer la demanda latino-americana, el librero Ackermann, cuyas relaciones

pletada la obra de Lacunza empezaron a circular «extractos» de ella más o menos voluminosos y copias imperfectas. «El escrito todavía informe se divulgó antes de tiempo, y sazón...» (LACUNZA t. I, p. XXVIII, Edición de Londres 1816). Contra uno de esos extractos escribió un señor Toribio Caballería y atacó al lacunzismo. En defensa de éste salió el P. Valdivieso. —No hay, pues, contradicción en lo relativo a la fecha que hemos asignado.—El P. Enrich, citado por el Sr. MEDINA *Jesuitas Expulsos* p. 118, no está de acuerdo con este autor en cuanto a la fecha de la muerte del P. Valdivieso. El Sr. Medina indica 1789; el P. Enrich la pone en 1795. Nos faltan datos para resolver este problema de cronología.

(38) Véase pormenores en MEDINA, op. cit., p. 192-193.

(39) MEDINA, op. cit., p. 191.

(40) Pormenores bibliográficos en MEDINA, loc. cit., p. 188-189. Viene precedida del parecer del mercedario Fr. Manuel Mercadillo, México, 1.º de Septiembre de 1824, dictamen del Dr. Manian y Torquemada, México, 5 de Octubre de 1824, licencia del ordinario 23 del mismo mes.

(41) Pormenores bibliográficos en MEDINA, op. cit., p. 189.

comerciales se extendían a México, Colombia, Buenos Aires, Chile, Perú y Guatemala, publicó su magnífica edición en tres volúmenes in-8.º.

Esta, a la vez que superior a todas las que precedieron, ha sido la última en lengua castellana.

La controversia acerca del lacunzismo, se mantuvo activa en México (42) y en España (43), en 1826, sin que la prohibición dictada por la Congregación del Índice, en 1824, lograra acallarla ni apagar el hambre y sed de profecías que reinaba entonces en todo el mundo, tanto católico como protestante.

VI.—EDUARDO IRVING Y LA PROPAGACIÓN DEL LACUNZISMO EN LOS PAÍSES ANGLO-SAJONES Y GERMÁNICOS

En capítulo anterior hemos visto que milenarismo y protestantismo distan mucho de excluirse mutuamente.

Baste recordar aquí los anabaptistas alemanes (1525), los mennonitas y los «Fifth Monarchy Men» contemporáneos de Cromwell. Desde el siglo XVI jamás han faltado milenaristas en los países protestantes, y en Inglaterra menos que en ningún otro.

No es raro, pues, que el lacunzismo encontrara allí un campo más propicio que en cualquier otro país, sobre todo si se considera que Inglaterra era entonces el país europeo donde más se leía la *Biblia* y donde la inventiva o especulación religiosa gozaba de mayor libertad.

Tocóle además en suerte al milenarismo conquistar en la persona del ministro presbiteriano escocés Eduardo Irving, al

(42) El señor MEDINA (loc. cit., p. 193) cita la sig.: «Contestación sobre la venida del Mesías en gloria y majestad». Tomo Primero. México. 1826 4.º (Del catálogo de PUTTICH AND SIMPSON. Bibl. Mex. London, 1869, n. 181).

(43) «Cartas de Dumvicefeld o Cristófilo, sobre el sistema de la Venida del Mesías... por E. C. D. M. Y. F. E. D. L. V. D. V. Valencia. 1826. in-4.º (Véanse pormenores en MEDINA, loc. cit.—El autor es D. Antonio Gabiana. El anagrama corresponde a *El Catedrático De Mecánica Y Física Experimental De La Universidad De Valencia*».—(MEDINA, *ibid*).

más apostólico propagandista y al más elocuente predicador de aquella época.

«No he de callar, dice Irving, la muy admirable y providencial manera cómo vine a conocer la obra [del padre Lacunza] que ahora ofrezco a las iglesias inglesas (44).

Pero aquí es menester volver un poco atrás para relatar menudamente la llegada del original de la presente obra a este país, y en seguida, explicar el origen de la presente traducción...»

Dicho esto, da Irving pormenores (que hemos copiado en capítulo anterior) acerca de la impresión y divulgación del libro de Lacunza en España, y llegando al punto que actualmente investigamos, agrega: «En 1816 [aquel libro] vino a Inglaterra por la vía indirecta de las colonias españolas. Envióse acá al agente diplomático del Gobierno de Buenos Aires para que éste lo mandase imprimir, y se hizo de él una edición de 1,500 ejemplares para uso de las colonias españolas. Pero, aunque se haya servido ayudarme el mismo amabilísimo y honorable caballero a cuyo cargo corrió esta impresión, no he podido conseguir una sola copia de aquella edición, cuyo paso por este país no me parece haber dejado rastro alguno en forma de semilla doctrinal, puesto que jamás he oído decir que nadie [aquí] la haya recorrido o haya tomado conocimiento de sus enseñanzas.

«Hace cosa de tres o cuatro años un clérigo de la Iglesia de Inglaterra, cuyo nombre, si fuese yo autorizado para mencionarlo, demostraría que era digno de ser instrumento de Dios en este ministerio y cuyos esfuerzos en pro del consuelo temporal y espiritual de los españoles y de España, tal vez le hicieron digno a los ojos de Dios de traer a Inglaterra esa presa española, más valiosa que ninguno de los galeones hasta entonces llevados a puerto inglés. En el Continente aquel cura recibió de manos de un amigo católico, cuyo nombre no puedo

(44) Esta frase y las que siguen son traducidas del discurso preliminar con que E. Irving encabezó *The Coming of Messiah*, o sea, la traducción inglesa que hizo del libro del P. Lacunza, y que publicó en 1827.

dar, pero cuyos trabajos en el Señor son muy conocidos, ese ejemplar de la edición de 1812, con el cual se ha hecho esta traducción, y lo trajo a Inglaterra. Aunque conociendo la importancia de aquel libro y la verdad de las doctrinas contenidas en él, no le dió publicidad fuera del círculo de sus más íntimos amigos y conocidos, de los cuales uno, y por entonces sólo uno, era amigo mío muy querido y respetado (45).

«Oyéndole, durante una visita en la vecindad, hablar mucho de esa obra española aquel amigo, conocedor de la lengua castellana, pensó, o más exactamente fué inducido por Dios a pensar, en pedir prestado a Ben-Ezra para hojearlo durante aquella visita y, en seguida, para llevarlo a Londres.

«Hondamente impresionado por la verdad y el grande alcance de las doctrinas contenidas en él acerca de la gloriosa venida del Señor, púsose a pensar largamente en la manera de hacer participar a otros de este beneficio. Y aconsejándose con algunos amigos, resolvieron preparar algunas partes de aquel libro, traducidas por uno de ellos y revisadas por otro, con el objeto de presentarlas a manera de muestras a aquellos miembros de la Iglesia que ellos considerasen más competentes para resolver acerca de la mejor manera de publicarlo, y así esperar las oportunidades de la Divina Providencia. Cuando el Señor tiene una obra por realizar, no tarda en hallar los necesarios instrumentos, y hace que de todos lados vengan socorros. Así, por una maravillosa disposición de la providencia, aconteció en este caso, como paso a relatarlo.» (*The Coming of Messiah*, vol. I, p. XVI-XVII).

Un ministro protestante, amigo de Irving, oyó hablar del libro de Lacunza y, después de informarse de sus doctrinas, descubrió que éstas eran análogas a las que estaba Irving pre-

(45) Es imposible señalar con seguridad las personas aludidas en este relato. Puede ser que el «cura» a quien se debió la introducción del libro de Lacunza en Inglaterra, sea el ex-canónigo español y entonces «parish priest» anglicano, don José María Blanco-White. Con toda probabilidad el «amigo único» es el rico banquero y miembro del Parlamento *Henry Drummond*, acerca del cual algo se dirá en el curso de este estudio.

dicando entonces en medio de las burlas de la prensa londinense.

Por intermedio de aquel amigo, el libro de Lacunza llegó a poder de Irving quien después de tomar unas cuantas lecciones de castellano se encontró capaz de entenderlo.

«No bien leí, dice Irving, una pequeña parte de aquel libro, cuando, antes de terminar la lectura de la dedicatoria, vi en él claramente la mano de un maestro; y más avancé en aquella lectura, y más manifiesta se hizo aquella mano. Púseme entonces a cavilar acerca del objeto que Dios había tenido al poner en mis manos, en aquel momento, semejante obra maestra de raciocinio sobre premisas escripturales...»

«... Mi primer pensamiento fué que aquella obra debía publicarse, no a pedazos y abreviada, como lo pedían algunas personas, sino entera y completa.»

¡Cuán honda sería la impresión que hiciera Lacunza en la mente de Irving cuando éste, a pesar de conocerle por jesuita bajo su disfraz de judío (46) se resolvió a traducir su obra sin quitar ni poner cosa alguna. Hasta las más «romish» doctrinas de Lacunza fueron respetadas por su traductor, quien comparando al ex-jesuita con los teólogos protestantes de su época, dice: «Hasta creo yo que, entre los teólogos protestantes actualmente vivos, no hay uno capaz de escribir un libro tan largo con tan escaso espíritu de sectarismo, como logró hacerlo aquel digno jesuita. Y estoy seguro de que, con toda nuestra tan sonada libertad, no hay entre nosotros quien se atreva a hablar con tanta sinceridad y libertad de los males y errores de su comunión como aquel honrado católico lo ha hecho con respecto a la Iglesia Papal» (p. XXIII).

(46) Irving tiene sospechas acerca de ese disfraz. Dice: Por informes sabíamos «that the character of converted Jew was assumed for the same reason (es decir, por temor a la Inquisición Romana); but, agrega Irving, *of this I confess that I am still sceptical.*» (op. cit. Vol. I, p. XX). De donde se infiere que, para él, Lacunza era judío. En una conferencia sobre Lacunza, dada por mí en Santiago, en 1914, cuando aun no conocía a Irving, emití análogo juicio, fundándome en el espíritu claramente judaico que se manifiesta a cada página en la *Venida del Mesías*.

Mientras se preparaba la traducción y publicación de la obra de Lacunza, reunióse en Noviembre de 1826, en la casa de Henry Drummond en Albury Park (Surrey), un «pequeño parlamento profético» o más exactamente, un congreso milenarista (47). Allí «veinte ingleses de todo rango, de toda iglesia y de toda comunión ortodoxa» se juntaron para discutir acerca del cumplimiento de las profecías concernientes al Mesías y al pueblo de Israel.

Las principales lumbreras de aquel congreso fueron el judío converso (primeramente al catolicismo, y después al anglicanismo) Joseph Wolff y Eduardo Irving. Unificáronse allí los pareceres acerca de la fecha en que habían de cumplirse los grandes castigos y las grandes misericordias pronunciados por los profetas. Los veinte congresales estuvieron de acuerdo en que los 1260 y los 1290 días de Daniel estaban ya cumplidos y que ya habían empezado a correr los 45 días restantes (48) con cuya conclusión habría de coincidir la Venida del Mesías en Gloria y Majestad y la restauración de los Judíos. (*Ibid*, p. CLXXXIX).

En su iglesia londinense de Hatton Garden (o sea en la *Caledonian Church*) Irving, convertido al lacunzismo, predicó esta doctrina con todo el entusiasmo de que era capaz su alma de fuego. Poco a poco llegó a creer que al acercarse la venida del Mesías, habían de resucitar en la iglesia los milagrosos dones (o charismata) que San Pablo describe en el capítulo XII de la primera epístola a los Corintios: don de sanidades (o curaciones), milagros, profecía, discreción de espíritus, don de lenguas, etc. De una iglesia enriquecida de dones apostólicos pasó lógicamente a imaginar una iglesia apostólicamente organizada en que Dios, así como en la de San Pablo, pondría «a unos... primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero doctores; luego facultades; luego dones de sanidades, ayudas, gobernaciones, géneros de lenguas». (I Cor. XII, 28). Más aun, conta-

(47) La historia de este congreso puede verse en *The Coming of Messiah*. Vol. I, p. CLXXXVIII y sig.

(48) Alúdese aquí a *Daniel*, IX. 21-27.

giado por el P. Lacunza, ideó un sincretismo religioso en que los ritos judaicos y los ritos católicos se combinaron en forma análoga a la que el autor de *La Venida del Mesías* esboza al pintar el cuadro del Nuevo Templo (49).

Así nació la secta vulgarmente llamada de los *Irvinguitas* cuyo nombre oficial es *The Catholic Apostolic Church*.

Hija, si así puede decirse, de Eduardo Irving, creció merced al banquero Enrique Drummond, de quien, al principio, recibió asistencia de todo orden y, en especial, pecuniaria (50).

En 1835, seis meses después de la muerte de Irving, completóse, hasta enterar el número de doce miembros, la primitiva junta de apóstoles en quien residía la suprema autoridad de la nueva iglesia.

Andando el tiempo, aquellos doce apóstoles ordenaron «por inspiración divina», a doce profetas, doce evangelistas y doce pastores que compartieron con ellos el «episcopado católico único».

Para la administración temporal de la iglesia, fueron ordenados siete diáconos.

Los «apóstoles» son los intermediarios de que se vale el Espíritu Santo para comunicar los misterios de Dios y, en especial, para interpretar las profecías (51).

A los «profetas» toca explicar las sagradas escrituras y exhortar a los fieles a que practiquen con perfección la ley de Dios.

Los «pastores» desempeñan las funciones indicadas por el título que llevan.

El episcopado de 48 miembros fué creado «por inspiración

(49) Véase *Extracto de La Venida del Mesías* (Ed. E. Vaisse), núm. 31 y sig.

(50) En Albury edificóse a costas del Sr. Enrique Drummond la iglesia matriz de la nueva secta. SIDNEY LEE. *Dictionary of National Bio*, t. XVI, p. 28.

(51) Las profecías aquí no son únicamente las del Antiguo y del Nuevo Testamento, son también las que actualmente brotan de los labios de los profetas, los cuales profetizan bajo la acción de los «carismas» divinos.

divina» y para realizar el símbolo de las 48 tablas del tabernáculo mosaico.

La Iglesia Católica Apostólica, se divide en doce tribus, y a la cabeza de cada una de éstas hállase uno de los doce apóstoles.

El colegio apostólico tiene su centro en Albury, cerca de Guilford en el condado de Surrey (Inglaterra).

En realidad, nunca se realizó plenamente este curioso plan en que, así como en el libro de Lacunza, se mezclan hasta confundirse el antiguo judaísmo y el cristianismo primitivo interpretados ambos literalmente.

La iglesia irvinguiana, propagada fuera de Inglaterra por Enrique Drummond, tiene adeptos en Escocia, Irlanda, Estados Unidos y Alemania.

En este último país convirtiéndose a la secta de Irving el doctor H. Thiersch, profesor de Teología en la Universidad de Marburgo, a cuyo influjo se debió la fundación de iglesias irvinguianas en Berlín, Liegnitz, Königsberg, Hamburgo y otros lugares (52).

Hoy en día la Iglesia Católica Apostólica parece ser más vigorosa en Alemania y Estados Unidos que en Inglaterra; pero, como sus jefes no publican estadísticas, es difícil calcular con exactitud su grado actual de actividad.

Es, en todo caso, un curiosísimo remedo del catolicismo romano y de las iglesias orientales, cuyos siete Sacramentos y ceremonias eucarísticas ha copiado y cuyas órdenes sacerdotales reconoce por válidas.

Profetismo milenarista (o sea lacunzismo), ritualismo católico, apostolicismo (o sea reviviscencia artificial de los usos y prácticas que se mencionan en la epístola a los Efesios (IV, 11), y en la primera a los Corintios (XII, 10 y 28), he ahí, con el espíritu protestante heredado de Irving y Drummond, los cuatro elementos constitutivos de la *Catholic Apostolic Church*.

(52) Este dato es sacado del *Herders Konversations Lexicon* (tercera edición) t. IV columna 897 *sub voce* IRVING.—Segun este mismo léxico los irvinguianos eran, en 1895, 50,000, de los cuales 22,610 eran alemanes.

Pecaría de injusticia el historiador que quisiese hacer al Padre Lacunza responsable de la secta cuya constitución viene esbozada en estas páginas.

Pero es lícito tomar nota de la ironía que se desprende de los hechos relatados en el presente estudio.

Por un lado, muchos y muy fervorosos católicos acogen con entusiasmo y amor una doctrina teológica que, por otro lado, es acogida con mayor entusiasmo aún por protestantes fanáticos, como, por ejemplo, Irving y Drummond.

Mientras los primeros sacian en el libro de Lacunza su enfermiza curiosidad acerca del fin del mundo y su amor por el pueblo judío, los segundos se valen del mismo libro para predecir (a veces hasta señalándole fecha) la próxima venida gloriosa del Mesías y el castigo de la Gran Ramera (*alias*, en lengua milenarista-protestante, la Iglesia Romana).

Prescindiendo del carácter más o menos heterodoxo del lacunzismo (acerca del cual solos los teólogos están llamados a dictaminar) diremos, a manera de conclusión, que sí, en su libro, el Padre Lacunza dió claras muestras de una erudición bíblica, de un vigor dialéctico y de una libertad de criterio nada comunes entre los teólogos de su época, no menor fué la muestra de clarovidencia que dió la Iglesia Romana al poner en el índice de los libros prohibidos la obra del P. Lacunza. No podía dar patente limpia a una teoría que identifica a Roma Cristiana con la Gran Ramera del Apocalipsis.....

Por lo demás, el lacunzismo, en cuanto sistema teológico, parece ser, entre católicos, un mero recuerdo, un difunto (53).

Después de muertos los que fueron, por decirlo así, nietos espirituales de Lacunza (ya que sus verdaderos e inmediatos hijos habían fallecido en la primera mitad del siglo XIX), sólo en dos ocasiones notables se ha vuelto a hablar del lacunzismo.

Fué la primera cuando el presbítero Sr. Rafael Eyzaguirre,

(53) Ni Harnack en su artículo sobre el *Millennium* (en la *Encyclop. Britannica*) ni H. Lesetre (en el *Dictionnaire Biblique*) mencionan a Lacunza. Igual silencio de otros graves autores es señalado por Leo Par (D. Ricardo Dávila) en *La Nación*, Marzo 4, 1917.

lacunzista ecléctico, pidió y obtuvo licencia del Maestro del Sacro Palacio para publicar su Comentario latino sobre el Apocalipsis, *Apocalypseos Interpretatio Litteralis ejusque cum aliis libris sacris concordantia* a Raphaele Eyzaguirre presbytero. Romae 1911. 806 págs. in-4.º, libro en que sería inútil, después de la poda efectuada en Roma, buscar tesis verdaderamente Lacunzianas.

La segunda ocasión fué cuando el Pbro. Sr. Miguel Rafael Urzúa publicó en Santiago de Chile su *Doctrina del P. Lacunza* (1917) o compendio de *La Venida del Mesías*.

En años anteriores el Sr. Lorenzo Beytía, inspirándose en ideas lacunzianas, publicó en Chile *La Gran Semana de la Humanidad y el Gran Día del Señor* (1892, 46 págs. in 16), *El Pueblo Judío y su esperanza, o Mesías* (1895, 88 págs. in 16) y *el Gran Monarca y el Gran Papa futuro y las últimas tres épocas concordadas con el Apocalipsis* (1906, 123 págs. in 16).

A estos tres libros el Sr. Beytía agregó, en Septiembre de 1914 sus *Pronósticos sobre la actual guerra europea escritos en 1904* (1914, 128 págs. in 4.º) los cuales, así como la literatura actual de tendencias proféticas, demuestran que la credulidad humana varía poco de un siglo a otro y que el lacunzismo bien o mal entendido la fomenta.

OMER EMETH
(Emilio Vaisse).

LA BIBLIOTECA DE VEINTE VOLÚMENES

DE LA CRÍTICA LITERARIA

Hace tiempo estuvo en boga en París, en los artículos de prensa y en las tertulias de salón, preguntar a los críticos literarios cuáles eran los veinte mejores libros que se han escrito. Y como si la pregunta pudiera tener respuesta precisa, y la respuesta no fuera más que un acto de buena voluntad, los críticos contestaban, con ligeras variantes, que los veinte mejores libros eran de los Homero, Esquilo, Cicerón, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare, Corneille, Molière, etc. Hasta que un día Julio Lemaître, con ser un espíritu esencialmente inclinado al clasicismo, dijo con rara franqueza:—«Sin duda, esos son los mejores libros para comprarlos, guardarlos y no leerlos». Desde entonces concluyó la moda de la pregunta.

Pero no ha concluído definitivamente en todas partes; todavía algunos críticos suelen ser o suponerse consultados por algún lector que no se resigna a no conocer siquiera los veinte mejores libros que ha producido el ingenio humano, y contestan con la lista ya consagrada para el caso: Homero, Cicerón, Cervantes, Shakespeare, Racine, etc. Sinceros o nó, estos críticos pierden, en todo caso, su tiempo: si la consulta es efectiva, la respuesta, aun de buena fe, es excusada; quien haga esa pregunta deja presumir, por eso solo, que no ha de leer a Homero ni a Cicerón, ni tal vez a Cervantes. Preferirá, y con ra-

zón, ocupar su tiempo en lecturas más modernas, más interesantes para él, y más conformes al gusto y a las necesidades del día presente.

La literatura antigua no puede agradar a la generalidad de los lectores actuales, como no puede agradar a los hombres de hoy viajar en carros etruscos o en diligencias, ni atravesar el océano en trirremes o en carabelas, ni comer en triclinios, ni calzarse coturnos. Para complacerse en esa lectura se necesita, o una falta de gusto literario, que haga indiferente leer cualquier libro, o una cultura superior, que permita apreciar todas las circunstancias en que aquellas obras se produjeron y que las hacen las obras maestras de su tiempo. El mérito actual de los libros antiguos,—hablamos del conjunto, no de algunos modelos perdurables como la belleza misma,—es principalmente relativo, y para comprenderlo y sentirlo es preciso conocer la época en que fueron escritos, la cultura general de la sociedad en que vivió el autor, las ideas y las costumbres, todos los agentes que concurrieron para que sobresaliesen y fuesen la manifestación de una inteligencia superior.

La producción antigua vale hoy porque valió en su tiempo, nó porque supere a la moderna en las ideas ni en su expresión; interesa por curiosidad, por sana y elevada curiosidad, no porque la inteligencia y el gusto encuentren en ella el alimento que actualmente necesitan para satisfacerse. Así como cualquier alumno de Humanidades sabe hoy sobre el estado de la Grecia en tiempo de Pericles más que Pericles mismo, así también, consideradas en absoluto, las letras antiguas han quedado debajo de las modernas, como consecuencia natural del progreso. Obras de la infancia de la humanidad, deben ser juzgadas con el criterio de relación con que se aprecian las obras de un niño; una composición literaria que en un estudiante de doce años puede ser un prodigio, en un hombre de treinta años puede ser una simpleza. No decimos que una y otra cosa sean lo mismo, insinuamos una analogía.

Nos equivocamos, seguramente, al pensarlo, pero se nos figura que los críticos que aconsejan la lectura de autores antiguos que ya nadie lee, o que sólo leen los bibliófilos y los es

pecialistas que quieren hacer estudios de literatura comparada, no siempre son sinceros; más que dar un consejo para que sea seguido, desean tal vez mostrar su propia erudición y prestigiar su autoridad. Como quiera que sea, los críticos que creen que el público recibe sus opiniones como dogmas y que subordina al de ellos su criterio, padecen una ilusión. Un crítico ilustre, Emilio Faguet, hace estas afirmaciones:—«No creo en el papel moral ni en la influencia del crítico, porque no creo que la crítica tenga influencia. Cuando el público lee a un crítico, lo lee por el crítico mismo, para saber lo que piensa y cómo piensa, tal como lee a un filósofo, pero de ninguna manera para consultarlo sobre lo que conviene leer. El público se forma su opinión propia, y aun se la forma con tal rapidez que el crítico, por mucho que se apresure, llega siempre tarde; el público lee después al crítico para discutir y disertar sobre literatura, cosa que le encanta. El error, en esta materia, consiste en confundir al *público* con la *multitud*. La multitud sigue a jefes en quienes tiene confianza; y aun eso! Pero en fin, sigue más o menos a jefes en quienes tiene confianzá. Pero el público no es la multitud; es aun lo contrario; se guía absolutamente por sí mismo».

Se podría casi afirmar que, en vez de ser guiado por los críticos, el público impone a menudo a los críticos su propio juicio. La opinión de los críticos, sobre todo cuando hablan de «las obras inmortales» del pasado, no es casi nunca una opinión personal, ni por consiguiente una opinión original. Como lo observa Mr. Balfour en sus *Bases de la creencia*, el crítico procura ser el intérprete de «la opinión ilustrada», y sus juicios no son más que la confirmación de una tradición ya formada por sus predecesores. El acuerdo que se establece entre ellos, cuando se establece, no se debe únicamente a que con distintos ojos ven una misma cosa y dicen, en consecuencia, lo mismo; proviene en buena parte de su común deseo de ver como otros han visto, de sentir y juzgar como otros han sentido y juzgado.

Para convencerse de esta influencia que una opinión ya formada por otros ejerce sobre el espíritu del que se propone dar

su opinión, basta recordar los curiosos fracasos de los críticos al juzgar obras nuevas o sobre las cuales no existe todavía una tradición establecida. El juicio de Voltaire sobre Shakespeare es un dato bien expresivo en esta materia. Una multitud de obras maestras, de las primeras entre las mejores, fueron juzgadas como secundarias en su tiempo; aun no había sobre ellas una tradición formada que respetar. El Dante fué largo tiempo desdeñado antes de que se conviniera en que debe ser admirado. Los contemporáneos de Cervantes apreciaban una comedia de Lope de Vega en más que el Quijote. Corneille consideraba a Boursault, hoy por completo olvidado juntamente con sus dramas, como superior a Racine. La Academia francesa eligió miembro suyo a Eugenio Scribe antes que a Victor Hugo y Alfredo de Vigny, y por cierto que este no es más que un ejemplo de las muchas decisiones equivocadas de las altas corporaciones consideradas como los tribunales más autorizados en asuntos literarios.

El caso de Osian es de los más elocuentes. En la segunda mitad del siglo XVIII, Macpherson publicó una colección de cantos épicos, declarando que eran de un bardo galés, Osian, que había vivido en el siglo III antes de Jesucristo: Macpherson no hacía más que traducir al inglés moderno la antigua lengua del país de Gales. La epopeya fué recibida, no sólo en Inglaterra, sino en Francia, en Alemania y en el mundo entero, con una verdadera explosión de entusiasmo y admiración. Los más eminentes críticos y literatos, comenzando por Goethe, gran pontífice entonces de las letras, se mostraban maravillados y afirmaban que Homero quedaba eclipsado. Pero después, cuando se supo que los cantos de Osian eran obra exclusiva de Macpherson, un simple preceptor de escuela escocés, la reacción fué tan general y violenta como había sido la exaltación. La crítica gastó en deprimir el poema tanto ensañamiento como había gastado entusiasmo en aclamarlo; no comprendía ahora cómo el público había podido dejarse engañar con una superchería sin arte ni talento. Los críticos posteriores han modificado uno y otro fallo: sin considerar los cantos de Osian una maravilla, reconocen en ellos las grandes bellezas que tienen y en

Macpherson a un verdadero poeta. Y probablemente, si el ardid no se hubiera descubierto, Osian seguiría hoy eclipsando a Homero.

De estos percances está llena la historia literaria. Se dirá, sin duda, que esos errores son corregidos al fin, que los corrige la posteridad, cuyos fallos son infalibles y definitivos. Pero es fácil observar a esto, como lo observa Anatolio France, que la posteridad no es infalible, porque la posteridad somos nosotros, que somos hombres, y por lo mismo falibles y mudables en nuestros juicios. Los que vivimos actualmente somos la posteridad de una larga serie de obras que conocemos muy mal, incompletas, alteradas y no bien comprendidas. La posteridad de los griegos y los latinos ha conservado muy pocas cosas, y en lo poco que ha conservado se encuentran obras detestables. Vario, al decir de sus contemporáneos, era el émulo e igual de Virgilio, y ha desaparecido; Eliano era un imbécil, y dura todavía. Los juicios de la posteridad no son tampoco definitivos; ¿cómo podrían serlo, cuando la posteridad no tiene término fijo, y las nuevas generaciones pueden discutir, y están continuamente discutiendo y modificando los fallos de las generaciones anteriores? Una posteridad juzga según sus gustos y sus ideas, lo mismo que ha juzgado la anterior y lo mismo que juzgará la siguiente, y tan falibles y transitorios pueden ser los juicios de una como los de otra.

Estas divergencias y contradicciones son inevitables, porque la crítica no es una ciencia, no tiene axiomas ni principios inmutables; según la frase de un crítico eminente, «en estética hay inclinaciones y preferencias, pero no hay dogmas y es inconveniente que haya prejuicios». Cada tiempo, y dentro de un mismo tiempo cada autor tiene su gusto y su estilo, y sería absurdo juzgarlos a todos conforme a una norma única e invariable. Otro crítico ilustre, y precisamente uno de los que con más talento y erudición se han empeñado en fundar la crítica sobre bases generales y científicas, en hacer de ella casi una ciencia, Hipólito Taine, dice:—«El buen estilo es el arte de hacerse oír y entender; este arte varía según varía el auditorio; lo que desagrada a uno agrada a otro; lo que es obscuri-

dad y fastidio para éste, es luz y placer para aquél. Nadie tiene el derecho de imponer a otro su gusto y su temperamento; nadie tiene la obligación de amoldar a los de otro su temperamento y su gusto. Hay pues un número infinito de buenos estilos; los hay tantos como siglos, naciones y grandes talentos. Todos difieren entre ellos. Si escribieseis hoy a la manera de Heródoto y Homero os tratarían de niños; si hablaseis como Isaías o como Job, os creerían locos. La pretensión de juzgar todos los estilos en conformidad a una regla única es tan absurda como el intento de someter todos los talentos a un solo molde y reconstruir todos los siglos según un mismo plano».

Si es imposible que la crítica tenga normas absolutas para lo general y en cierto modo abstracto, es igualmente vano pretender que tenga reglas fijas para los detalles y procedimientos. Comenzando por lo que parece más elemental, ¿debe hacerse la crítica de las bellezas o la de los defectos? La de las bellezas, según piensan y practican algunos críticos, porque la belleza es precisamente el objeto de una obra de arte; porque la suma y calidad de sus bellezas es lo que la hace valiosa, interesante y duradera; porque son las bellezas lo que conviene que el lector sepa distinguir y apreciar; porque son ellas las que gradúan la categoría de un autor y la originalidad de una obra; y por otras razones más.—Otros, en cambio, piensan como Brunetière, que debe hacerse la crítica de los defectos, que están casi siempre más disimulados y exigen más atención para distinguirlos; las bellezas brillan, y el público las nota desde el primer momento; los defectos, por lo general, son el punto débil, casi invisible, que aparecerá en algunos años, que «formará arruga», y por el cual morirá la obra. Los defectos son muchas veces falsas bellezas, rasgos seductores, fascinaciones que atraen y arrastran al público, y es necesario señalarlos y perseguirlos. La crítica debe ser, ante todo, fuerte, y hay más fuerza en descubrir un defecto secreto que en elogiar una belleza resaltante.

¿Debe estudiarse al autor juntamente con la obra, o debe la crítica limitarse a esta sola? Para unos, la crítica deber ser «impersonal», porque su fin es apreciar el arte y no a los hombres;

porque la personalidad del autor no agrega ni quita nada al valor intrínseco de la obra; porque el carácter, las cualidades y los sentimientos del autor son con frecuencia muy distintos de los que revela la obra, de modo que inducirían a desnaturalizar y deformar el juicio que ésta infunde y merece; y también por muchas otras razones.—Para otros, como Sainte Beuve, que tal vez con más brillantes dotes ha practicado el procedimiento, es no sólo interesante sino indispensable el estudio y conocimiento del autor para comprender y apreciar debidamente su producción; el juicio exacto y justo de una obra requiere numerosos datos que ella misma no suministra y que es necesario buscar en las múltiples circunstancias que han influido en la personalidad del autor.

¿Debe el crítico conformar sus juicios al principio de «el arte por el arte», o debe adoptar el principio del arte por la moral, el arte por la verdad, el arte por la vida, o cualquiera de las fórmulas que exige en una obra algo más que el arte, que no sea el arte mismo, y sin lo cual no puede ser enteramente bella, fecunda y digna de vivir? Es la interesante y delicada discusión entre artistas y moralistas, que llena millares de páginas de la historia literaria, muchas de ellas escritas con admirable talento y que parecerían irrefutables, si el contrario no las refutase con igual talento, pero que dista mucho de estar terminada, y que probablemente no ha de terminar mientras el mundo de las letras esté entregado a las disputas de los hombres.

¿Basta a una obra de arte la imaginación, o necesita como base algo real y verdadero? Variante de lo anterior, germen de controversias entre idealistas y naturalistas, en que tampoco la crítica se ha puesto ni seguramente se pondrá de acuerdo. Un crítico de gran autoridad, juzgando una marina pintada por un artista notable: «Es un crepúsculo supuesto, decía, en un mar inventado». Y aunque la juzgaba hermosa y bien pintada, la censuraba de falsa, porque no reproducía con exactitud la naturaleza. Otro crítico de tanto gusto como talento dice de otro pintor ilustre: «El verdadero paisaje natural de Holanda no es más que una torpe imitación de Ruysdael». Es decir, que el mérito del artista consiste, no en copiar la naturaleza, sino en

corregirla, en embellecerla, en desentenderse de ella si es necesario, lo mismo en literatura que en las artes plásticas.

No menos interesantes y prolongadas querellas sobre si la crítica debe ser *subjetiva* u *objetiva*; esto es, si el crítico debe juzgar una obra por su impresión personal, por el placer o fastidio que de ella recibe; o si necesita salir de sí mismo, de sus sentimientos propios, y juzgar la obra según principios generales, independientes de sus gustos y preferencias, sometiendo a examen sus impresiones para ver si son razonables y fundadas, con la absoluta imparcialidad con que se puede estudiar y juzgar una operación matemática o un fenómeno natural. La célebre polémica entre Fernando Brunetière y Anatolio France sobre este punto permitirá al lector resolver si tiene razón el uno o el otro, o si uno y otro carecen de razón para sostener procedimientos exclusivos, que importan la afirmación de que uno es siempre bueno y el otro siempre malo, o bien todavía, si los dos tienen razón dentro de ciertos límites, que es lo más probable.

En la primera mitad del siglo XIX, cuando surgió con extraordinario brillo el romanticismo y se difundió con fuerza avasalladora, los críticos enseñaban que la condición del valer, la belleza y el progreso en literatura consistía en desdeñar y olvidar el clasicismo, la antigua tragedia, el poema antiguo, los viejos moldes, toda la venerable herencia griega y latina, y la de los siglos de oro de las naciones modernas: los clásicos eran «fósiles, simples objetos de museo», buenos para la curiosidad, pero ya inaceptables como modelos. Apagóse el astro del romanticismo, y hoy no se creería de buen gusto ni de autoridad el crítico que no manifestase por los clásicos la admiración y el respeto debidos a los más grandes artistas y maestros. ¿Qué vendrá después?

No es necesario, y podría ser demasiado largo, continuar el índice de las falencias y contradicciones de la crítica; lo repetimos: ellas son inevitables, porque la crítica no es una ciencia y no está sometida a principios fijos. Muchas de las normas literarias preconizadas por los críticos se parecen a la retórica de Crisipo, de la cual decía Cicerón que era excelente para enseñar a callarse. A tener que ceñirse a esas reglas para hacer

algo, numerosos autores de obras merecidamente aplaudidas por el talento y la originalidad, habrían tenido que desistir de escribirlas. Tal vez la única regla invariable y absoluta es la que un escritor de ingenio indicaba a los críticos, la de ser inteligentes, ilustrados y de buen gusto. Regla no fácil de seguir por todos, pero que al fin es la única que puede darse como definitiva.

¿Significa esto que la crítica literaria es un género inútil, estéril y desdeñable? Nó, por cierto; significa que es un género literario muy útil, muy interesante, muy fecundo y muy elevado, cuyo cultivo exige grande erudición y escogidas cualidades; pero significa también que así como haría mal el autor que se desentendiera de las justas observaciones del crítico, no hace muy bien el lector que le pregunta cuáles son los veinte mejores libros que se han escrito. Cada crítico, sin dejar de rendir tributo a la tradición ya establecida, resolverá según sus tendencias y sus gustos; y aunque el gusto, el bueno, es único y positivo, los gustos son muchos, muy diversos, y todos discutibles. El lector tendrá la sorpresa, según sea el número de críticos a quienes consulte, de ver que los veinte mejores libros son cuarenta, sesenta u ochenta, y su noble curiosidad quedará insaciada. Los veinte mejores libros son un atributo, que varía con el sujeto; son para cada cual, nó los que otro le diga, sino aquellos en cuya lectura encuentre mayor suma de agrado, de utilidad, de emoción estética.—No discurremos sobre lo que debiera ser, hacemos constar lo que es.

JACOBO EDÉN.

EL SISTEMA DE ELECCIÓN PRESIDENCIAL EN CHILE

NECESIDAD DE SU REFORMA

Toca a su término el actual período legislativo y todo hace creer que no se ocupará en las sesiones que aun quedan de despachar alguno de los proyectos de reforma constitucional que dicen relación con el sistema de elección del Presidente de la República y que desde hace muchos años penden de la consideración del Congreso. Se aleja la posibilidad de que la elección presidencial, que habrá de verificarse en 1920, se haga por otro sistema que el establecido en nuestra Constitución, ya que la reforma, cualquiera que sea, necesita la ratificación del Congreso que debe elegirse en Marzo de 1918.

Inmediatamente después de verificada la elección presidencial de 1915, la opinión pública, que había seguido con tanto interés el desarrollo de la contienda electoral, se agitó y en el Parlamento como en la prensa se debatió el problema acerca de si era o no necesario proceder a la reforma de nuestras disposiciones constitucionales, a fin de evitar los inconvenientes que había puesto de manifiesto la última campaña política.

Desgraciadamente el interés del primer momento pasó luego, y transcurridos unos cuantos meses nadie volvía a acordarse de este problema que es de importancia capital para el país.

En las Repúblicas la elección del Presidente afecta los más

vitales intereses de la nación, despierta las pasiones populares, abre camino a las ambiciones de los hombres y, si bien es cierto, que en la vida republicana las luchas políticas son necesarias, no lo es menos que debe perseguirse que éstas se realicen en condiciones que sean garantía de acierto para la elección misma y sin que se perturbe la tranquilidad pública.

La Constitución Política de 1833, lo mismo que la de 1828, dispuso que la elección del Presidente de la República se efectuaría por sufragio indirecto, por medio de electores que los pueblos nombrarían en votación directa y en número triple del total de Diputados que corresponda a cada Departamento. Los constituyentes tuvieron presente, al idear este sistema, la Constitución de Estados Unidos de Norte América, dictada en 1787 y enmendada en 1803 y que respecto de éste, como de otros puntos constitucionales, sirvió de modelo a los países de la América Latina. En Estados Unidos el Presidente es elegido por electores que se nombran en la forma que determina la legislatura de cada Estado, y cuyo número es triple del total de los miembros que el Estado envía al Congreso Federal.

Al establecer su sistema, los norteamericanos quisieron que el Presidente de la República fuera escogido por un pequeño número de ciudadanos, los mejores de cada Estado, los más independientes, los más aptos, los más ajenos a toda influencia corruptora de la política. Expresamente dispusieron que no podían ser electores de Presidente de la República los miembros del Congreso Nacional. Los electores de Presidente deberían ser escogidos por cada Estado para llenar esa sola misión; cumplida ella desaparecerían.

Los constituyentes norteamericanos no consagraron la elección del Presidente de la República hecha por la nación entera temerosos de que excitara en forma peligrosa las pasiones políticas y afectara a la tranquilidad pública; temieron también que la elección directa despertara ambiciones fundadas más que en los servicios prestados al país y en el propio valer de los candidatos en el hecho de halagar las pasiones políticas del pueblo. Por otra parte, creyeron que el Presidente elegido por el Congreso sería, en la práctica, el servidor del partido que lo hu-

biera elegido y temieron verlo dependiente y subordinado del Congreso, idea que pugnaba en absoluto con el concepto que tenían del funcionario a quien llamaban a presidir la unión de los Estados Americanos.

Para salvar estos inconvenientes, idearon la elección indirecta o de segundo grado; pero el sistema funcionó sólo en la forma imaginada por sus autores en los primeros años que siguieron a la implantación de la Constitución. Ya el sucesor de Washington en la Presidencia Norte Americana, fué en realidad elegido por el pueblo, no por los electores. Hoy día es conocida la forma cómo se procede: los partidos políticos se reúnen en grandes convenciones, designan en ella al candidato del partido para la Presidencia de la República; los electores de Presidente elegidos en cada Estado reciben un verdadero mandato imperativo, no designan la persona que en su conciencia consideran más apta para desempeñar el cargo, sino que ejecutan un acto de partido, votan la lista de electores formada por el partido a que pertenecen. En Estados Unidos se consideraría un deshonor, un borrón no cumplir el compromiso que se ha contraído por el hecho de la elección. Media, pues, enorme distancia entre estos electores, simples instrumentos de los partidos políticos que los han elegido, y los electores que idearon los constituyentes norteamericanos, a quienes querían ver libres de toda influencia de partidos.

Entre nosotros no fué simple espíritu de imitación norteamericana el que hizo implantar, tanto en la Constitución de 1828 como en la de 1833, el sistema de elección de segundo grado. No poco debe haber influido en el ánimo de los constituyentes el temor de que la elección directa favoreciera el militarismo. Mientras el Ejecutivo fué árbitro de las elecciones, el sistema de elección indirecta para designar al Presidente de la República funcionó con regularidad; pero, en realidad, no era la Nación la que escogía. Después de 1891 en que se estableció, en el hecho, la no intervención gubernativa en las elecciones, la elección indirecta ha dado origen en tres diversas ocasiones a situaciones políticas peligrosas para la estabilidad de nuestras instituciones, y que han sido solucionadas, más

que todo, gracias a la cordura, a la tranquilidad y a la elevación de propósitos de nuestros partidos políticos. Sería ocioso recordar las luchas políticas de los años 1896, 1906 y 1915. Están aún frescas. Es curioso observar que en los tres casos se han repetido los mismos inconvenientes, agravados en uno, más que en otro, por ciertos puntos de detalle.

La adopción del sistema de elección indirecta, explicable en otro tiempo por los peligros que pudiera haber ofrecido la elección directa en un país que empezaba a organizarse políticamente y que carecía de una opinión pública consciente, que ilustrara el criterio del Gobierno y de los ciudadanos, no corresponde hoy a nuestros hábitos; por eso ha sido atacada a fondo, y creemos que con razón.

Quien examina la forma cómo se desarrolla el mecanismo de la elección, ve luego que el sistema está falseado en su base, falla en su concepto fundamental: supone la elección indirecta que la gran masa de electores no tiene la capacidad y la ilustración suficiente para designar por sí misma al representante. Y trata, entonces, que esta elección se haga por intermedio de una persona en que el elector de primer grado deposite su confianza. Es este el papel que desempeña el elector de Presidente de la República entre nosotros.

La elección directa crearía un poder Ejecutivo poderoso, lo que lejos de ser un mal es una necesidad imperiosa en el Gobierno Parlamentario.

No puede dudarse que la elección directa se conforma más con las ideas democráticas.

Pero, como a todas las instituciones políticas, es posible achacarle defectos. Hay quienes ven en la elección directa un grave peligro: el Presidente de la República que recibe su investidura de la Nación podrá fácilmente colocarse frente a frente al Congreso y producirse entonces un choque entre los dos poderes constitucionales, cuyos resultados serían funestos para la estabilidad de las instituciones y para las libertades públicas. Ese peligro es, a nuestro juicio, más aparente que real, ya que lo más probable será que el partido que triunfe en las elección-

nes del Congreso triunfe también en las elecciones de Presidente de la República.

Hay quienes sostienen que el sistema de elección directa, con apariencias democráticas, no lo es en el fondo porque una elección hecha en todo el país como colegio único exige derroche de dinero que facilita el triunfo, no de las grandes personalidades, sino de los políticos audaces. Creen otros que la elección directa se presta más que otros sistemas a la intervención gubernativa y a la venalidad del sufragio. No creemos que estos peligros sean inherentes a la elección directa. La intervención gubernativa puede producirse con cualquier sistema y la venalidad del sufragio no desaparecerá, porque se aplique tal o cual sistema de elección presidencial, irá extinguiéndose a medida que la educación haga que los ciudadanos den la importancia que debe tener al ejercicio de sus derechos políticos.

Aceptando que la elección directa es más conforme con el espíritu democrático de nuestras instituciones, no es posible dejar de reconocer que su aplicación práctica exige mucho mayor cultura cívica que cualquiera otro sistema de elección presidencial, exige hábitos electorales de honradez política y de respeto a la libre manifestación del sufragio.

La idea de elegir al Presidente de la República por el Congreso Nacional, si bien es antigua, ha sido popularizada, por la aplicación que de ella se ha hecho en la tercera República francesa. Los resultados prácticos obtenidos allá, han servido para que muchos consideren el sistema como el ideal a que debe tenderse en materia de elección de Presidente de la República.

En las varias situaciones presentadas, sea que el período presidencial haya llegado a su término natural o que el Presidente haya dimitido o fallecido, el mecanismo de la elección ha funcionado correctamente.

La elección del Presidente de la República por el Congreso, consagrada en las leyes constitucionales de 1875, se presentó

en Francia como reacción contra la idea de la elección directa que había sancionado la Constitución Republicana de 1848. La elección de Presidente, hecha bajo la vigencia de aquellas disposiciones, preparó el advenimiento del segundo imperio, por eso los republicanos miraban con terror la vuelta a una forma de elección que podía llevarlos nuevamente a la dictadura. Tenían además una experiencia reciente; la elección verificada en la persona de Mr. Thiers al investirlo con el carácter de Jefe del Poder Ejecutivo de la República francesa y la realizada poco tiempo después en la persona del Mariscal Mac-Mahon.

Los partidarios de este sistema han manifestado que el Congreso representa a la Nación, que los diputados y senadores son personas conocidas y vinculadas en las provincias y departamentos que los eligen, de tal manera que tienen carácter más popular que los electores de Presidente de la República, que con muchísima frecuencia no son conocidos en la localidad por donde son elegidos; cae así por su base el argumento hecho en contra de considerarlo antidemocrático.

Agregan que con él se realiza el ideal de la elección indirecta, pues no podría encontrarse un cuerpo electoral de segundo grado más consciente y más escogido que el Congreso Nacional.

La elección por el Congreso, lejos de perturbar el funcionamiento del régimen parlamentario, lo facilitará grandemente ya que el Presidente contará para gobernar con la misma mayoría que lo ha elegido.

Todo hace pensar a sus partidarios que la elección se hará con seriedad y tranquilidad, el personal ilustrado que la practica, aleja en absoluto el temor de que influya el dinero en su resultado.

El escrutinio hecho rápidamente, entre un número reducido de personas, hace imposible todo fraude. Si a estas facilidades se agrega la sencillez del procedimiento, su rapidez y la ninguna agitación que provoca en el país, fuera de los círculos parlamentarios, se comprende fácilmente que muchos espíritus se sientan atraídos por este sistema que, en apariencias, elimina

muchos de los inconvenientes que se achacan a la elección directa o indirecta.

Pero si se le examina con detención, luego se ve que adolece de defectos capitales que no harían, por ningún concepto, que fuera deseable su implantación entre nosotros. Salta a la vista que es un sistema antidemocrático: en el Gobierno representativo, la Nación debe designar por sí misma los titulares de los poderes Ejecutivo y Legislativo; si es incapaz para elegir al Presidente de la República no se le puede suponer capacidad para elegir a sus representantes ante el Congreso; la capacidad política es una sola, no puede dividirse.

Es asimismo contrario al principio de la división de los Poderes Públicos. Sus partidarios manifiestan que es posible delimitar en forma perfecta las atribuciones de uno y otro poder, pero eso no es exacto, está desmentido por la experiencia práctica. No hay paridad alguna entre la situación que tiene el poder judicial en aquellos países donde no es elegido popularmente y sí nombrado por una combinación en que toman parte los otros poderes públicos, con la situación que se produciría si el Poder Ejecutivo llegara a ser generado por el Parlamento.

La elección hecha por el Congreso deprime la autoridad del Presidente de la República, aparece debilitada su acción frente al Poder Legislativo, a pesar de que una vez elegido, sus atribuciones no emanan de la voluntad del Congreso, sino de la Constitución.

Ofrece un peligro gravísimo, que no desconocen ni sus más ardientes partidarios, la facilidad para que se provoquen crisis presidenciales, es decir, situaciones que obligarían al Presidente de la República a la dimisión de su cargo o le harían imposible su continuación al frente del Gobierno.

No son éstos, por supuesto, los únicos inconvenientes de este sistema de elección presidencial. Tiene muchos otros que sólo podemos insinuar: el Congreso puede no reflejar en el momento en que se verifica la elección la voluntad nacional, en el transcurso de uno o dos años las corrientes de opinión pueden haberse modificado. El Presidente elegido en esas condiciones, no llevaría al Gobierno el prestigio necesario, no sería

el representante de la Nación. Es necesario también tener presente que la diferente composición de las dos ramas del Congreso hará que la más numerosa sea un factor preponderante en la elección presidencial.

En la práctica la elección por el Congreso, salvo raras excepciones, no ha facilitado el triunfo de las grandes personalidades políticas del país. El juego de los intereses o de las combinaciones de los partidos hace que el elegido sea siempre una persona que no despierte resistencia. No creemos que ninguna razón de conveniencia pública aconseje implantar en Chile este sistema de elección que consagraría la omnipotencia parlamentaria.

Los tres sistemas de elección presidencial han sido aplicados: la elección directa está establecida en el Brasil, Perú, Bolivia, Ecuador y en la mayoría de las Repúblicas Centro Americanas; la elección por el Congreso se practica en Francia, Suiza, Uruguay, Cuba y Portugal; Estados Unidos, Chile, República Argentina mantienen todavía el sistema de elección indirecta. No puede desconocerse que en los últimos años ha ganado terreno la idea de practicar la elección por el Congreso.

Como una manifestación del interés que ha despertado entre nosotros la resolución de este problema vale la pena recordar alguno de los numerosos proyectos presentados al Congreso Nacional y que tienen por objeto reformar el sistema de elección presidencial.

La elección directa ha sido propuesta en numerosas ocasiones: don Manuel Antonio Matta lo hizo en un extenso proyecto de reforma constitucional presentado en las sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados en el año 1871. En 1890 el Excmo. señor Balmaceda envió un mensaje en igual sentido. También el Excmo. señor don Jorge Montt, inició un proyecto de reforma en las sesiones ordinarias del Senado del año 1896, y en la misma época presentó otro el senador don Carlos Walker Martínez.

El año 1892, los señores senadores don Manuel Egidio Ballesteros, don Vicente Reyes, don Pedro Letelier y don Raimundo Silva Cruz presentaron un proyecto de reforma constitucional

basado en la elección directa. Finalmente en las sesiones ordinarias de la Cámara de Senadores del año 1915, el señor don Angel Guarello se manifestó francamente partidario de esta misma forma de elección.

La elección por el Congreso ha tenido también muchos partidarios: fué propuesta por el distinguido constitucionalista don Jorge Huneeus en las sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados del año 1886. Es curioso recordar la idea lanzada en 1890, en las sesiones de la Comisión Conservadora de ese año, por don Manuel José Irarrázaval, para organizar el poder Ejecutivo de la República en una forma que tiene mucha analogía con la de la Confederación Helvética. Don Maximiliano Ibáñez en las sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados del año 1896, abogó por la idea de entregar la elección a un gran colegio electoral formado por los miembros del Congreso y por los primeros Alcaldes de las Municipalidades de cabecera de Provincia y de Departamento. Tiene también ciertas analogías con este proyecto el insinuado por don Santiago Aldunate Bascuñán en las sesiones extraordinarias de la Cámara de Diputados del año 1901.

Los señores senadores don Luis Claro Solar, don Ismael Valdés Valdés y don Francisco Valdés Vergara, presentaron en 1915 un proyecto de reforma, según el cual el Presidente de la República sería elegido por una gran convención, compuesta de los senadores y diputados en ejercicio, los senadores y diputados pretéritos, los Consejeros de Estado, los magistrados jubilados de los Tribunales Superiores de Justicia, el Rector y los Decanos de las Facultades Universitarias. Este proyecto sirvió de base a la Comisión Especial designada por el Honorable Senado para proponer un proyecto en que se llega a esta doble solución: la elección ordinaria del Presidente de la República se hará por el Congreso Nacional; y la elección extraordinaria, es decir, aquella que deba efectuarse en los casos en que el Presidente de la República haga dimisión de su cargo y cuando se haya declarado que el impedimento que lo priva del ejercicio de sus funciones es de tal naturaleza que deba procederse a una nueva elección, directamente por el pueblo.

Los últimos proyectos que aceptan la elección por el Congreso han tratado de salvar los dos inconvenientes más graves del sistema. El Congreso es un cuerpo electoral poco numeroso, de aquí la necesidad de ensancharlo, llamando a su seno a otros elementos que tengan carácter popular, como los Alcaldes de las Municipalidades, o que sean representativos de los altos poderes del Estado. Esta idea corresponde, a nuestro juicio, a la necesidad de hacer más democrática la elección del Presidente de la República.

El otro peligro es el de las crisis presidenciales: para salvarlo, la Comisión del Senado ideó el doble sistema de elección: por el Congreso, cuando se trata de elección ordinaria, y de elección directa, cuando se trata de elección extraordinaria, entendiéndose, por tal, la que tenga su origen en la dimisión del Presidente de la República.

Finalmente, ha habido entre nosotros partidarios de mantener el sistema de elección indirecta establecido en nuestra Constitución, modificando algunos de los principios consagrados en nuestras leyes secundarias. Opiniones muy claras ha manifestado en este sentido el señor senador don Enrique Mac-Iver en las sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados de 1896 y en las sesiones ordinarias del Senado en 1915. A su juicio, el sistema de elección indirecta, a pesar de sus defectos, es preferible a la elección indirecta o a la elección por el Congreso.

Como se ve, pues, el problema ha sido muy estudiado y sería difícil decir algo nuevo a lo ya expresado al respecto. Puede afirmarse que hay acuerdo unánime para modificar el sistema vigente, que en la práctica ha dado malos resultados. Sería de desear que los partidos faciliten la reforma en condiciones de que, hecha en el actual período, pueda ser ratificada por el Congreso que debe elegirse en 1918.

CARLOS ESTÉVEZ G.

LAS DIFICULTADES DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Santiago, Marzo 23 de 1880.

Dicto esta carta, mi querido don Victorino, no para contestar todas las de Ud. que tengo en mi poder, aunque en casi todas ellas me flajela Ud., sino para decirle pocas cosas, aun cuando quisiera decirle muchas.

Rodeado de diversos quehaceres, fatigado y gastado en la salud, nervioso y fastidiado con los últimos sucesos, no tengo tiempo ni calma para escribir a Ud. sobre los diversos puntos a que Ud. llama mi atención.

Yo no me desespero, ni se me ocurre hacer la paz por los desaciertos que se cometan o puedan cometerse, aun cuando esos desaciertos me lleven muchas veces la sangre a la cabeza. Es menester no olvidar jamás que los pueblos americanos no tienen escuela militar, que carecemos de hombres y de elementos y que en nuestros hechos entregamos mucho a lo que se llama la suerte o el acaso. Pero no es culpa nuestra ser así, puesto que ayer no más hemos comenzado una vida independiente, bien que tempestuosa, sin que se nos haya enseñado a pelear de otra manera que como pelearon Bolívar, San Martín, O'Higgins, Freire, Bulnes, etc. Peleamos conservando la fisonomía de nuestras razas y de nuestros pueblos, y sin poder tampoco cambiar la fisonomía de nuestros lugares, que en ocasio-

nes presentan dificultades mayores que los ejércitos enemigos mismos.

Como nada elaboramos y nada tenemos, es natural que carezcamos de muchas cosas necesarias para el servicio regular de un ejército. Y esta carencia de cosas y de hombres llegó a ser mayor en Chile porque todos creímos, y no sin razón, que el militarismo era un peligro y un amago constante contra la libertad que servíamos.

Obligados hoy a combatir repentinamente, nos hemos encontrado faltos, no sólo de elementos bélicos, sino de manos diestras que supieran gobernarlos. Sólo una cosa habíamos conservado intacta: el corazón chileno; pero impetuoso, irreflexivo y hasta petulante. De aquí que hayamos dado malones y no batallas esplendorosas. Pero con estos malones, en que el valor personal ha sido todo, hemos dominado al Perú y a Bolivia, nos hemos apoderado de todo el litoral boliviano, de todo el departamento peruano de Tarapacá y nos apoderaremos— aunque sea con quebrantos y por medio de asaltos araucanos— de Moquegua, Tacna y Arica.

No me disimulo ninguna de nuestras faltas, no desconozco la impericia de nuestros jefes y no se me ocultan todas las dificultades con que habremos de luchar; pero, a pesar de todo esto y mucho más, y a pesar de nuestras miserias interiores, que nunca serán pocas sino muchas, porque en todas partes se cuecen habas y en mi casa a calderadas, Chile será la primera república sudamericana por su poder, por su riqueza, por su ilustración, por su progreso material y por su fuerza moral. No lo dude Ud., mi querido don Victorino. La guerra actual ha tomado tales proporciones que no podemos darle un tijeretazo para cortarla donde mejor nos plazca. Hoy, resueltamente, tenemos que acentuar el dominio de Chile hasta Camarones, y hasta allí llevaremos nuestra organización política y nuestro sistema administrativo, de manera que esos lugares no tengan en adelante otra fisonomía que la chilena. Bolivia habrá de reventar. O muere extrangulada y se descuartiza, o viene a nosotros a pedirnos que le aseguremos una espaciosa puerta de calle.

El Perú, es la suerte que le cabe, servirá de provechosa lección a todas las demás repúblicas sudamericanas. Está pagando su corrupción de siglos.

En estos momentos tengo fastidios inmensos. La *Unión* se nos ha escapado de Arica, y nuestro ejército, que ha desembarcado en Ilo, no marcha con la rapidez que debiera. Todo esto es una fatalidad y una contrariedad que acusa nuestra impericia marítima y militar; pero, no obstante esto, tengo fe en que el desenlace nos será glorioso.

.....
Por más que se irrite a veces Ud. conmigo, siempre lo querrá a Ud. apasionadamente su afmo.

DOMINGO SANTA MARÍA.

WERTHER

Una gran tentación y un gran respeto,
una ansia audaz de acariciar sus ojos,
de morder, sin piedad, sus labios rojos
y un trémulo fervor de amor secreto.

A este doble sentir siempre sujeto
ora venciendo impúdicos antojos,
ora tomando a burla mis sonrojos,
mi amante corazón nunca está quieto.

Ella, en tanto, medrosa en la defensa,
de su altivo silencio el casto broche
no se atreve a romper; y así la ofensa

Jamás dice do está, ni do el reproche.
¡Quién me diera saber lo que ella piensa
en el soñar impune de la noche!

ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA.

DESDE LA CAPTURA DEL "HUÁSCAR"

HASTA LA BATALLA DE TARAPACÁ

Santiago, 6 de Octubre de 1879.

Señor don J. V. Lastarria.

Mi apreciado señor y amigo: Reparados ya algunos de nuestros buques nos encontramos en aptitud de poder hostilizar al Perú de una manera más activa que lo que hemos podido hacerlo en estos dos meses pasados, en que ya por el mal estado de nuestros buques, ya por la necesidad de proteger los transportes que venían de Europa, hemos estado, se puede decir, con los brazos cruzados.

Nuestra escuadra salió de Mejillones el 2 para Arica con la esperanza de encontrar allí a la escuadra peruana; pero desgraciadamente el *Huáscar* y *Unión* habían salido de ese puerto dos días antes y se nos aparecieron anteayer cerca de Coquimbo y Tongoy. Han venido separadamente con la esperanza de atrapar algún transporte.

Nuestros buques deben de haber llegado a Arica el 4; pero no encontrando allí a los buques peruanos, habrán regresado a Antofagasta.

El *Amazonas* salió a recorrer la costa norte del Perú. No sabemos aún lo que haya hecho por allá.

En la segunda quincena de este mes creo que habremos movido nuestro ejército sobre la costa de Tarapacá. Hecho esto, creo que llegaremos pronto al término de la guerra.

Santa María escribirá a Ud., según me dijo, sobre la cuestión argentina, y por este motivo, como por la falta de tiempo, no le hablo de este asunto.

La política interior tranquila. Le desea felicidad su afmo.

A. Pinto.

Santiago, 3 de Noviembre de 1879.

Señor don J. V. Lastarria.

Mi apreciado señor y amigo:

Ya Ud. estará al cabo de los detalles de la captura del *Huáscar*. Grau, acostumbrado a burlarse del poco andar de nuestros blindados, se metió imprudentemente en la ratonera que le habíamos armado. El *Huáscar* y la *Unión* estuvieron el 4 y el 5 del mes pasado en Huasco y Coquimbo. En la noche del último día salieron de Coquimbo con rumbo al norte, y calculando que pasarían por frente a Antofagasta a media noche del 7 al 8, dispusimos que el *Blanco*, la *Covadonga* y un transporte cruzasen frente a ese puerto y el *Cochrane*, la *O'Higgins* y el transporte *Loa* lo hicieron frente a Mejillones.

Los buques peruanos estuvieron a la entrada de Antofagasta y de allí se dirigieron al norte. Al amanecer fueron vistos por el *Blanco* que los persiguió; pero como ese buque se encontraba con máquina y calderas sucias, el *Huáscar* y la *Unión* lo dejaron muy atrás. En su carrera al norte fueron divisados primero por el *Loa*, el cual, por medio de cañonazos, dió aviso al *Cochrane*. Este alcanzó a cortar la retirada del *Huáscar* por el lado del norte, y con su buen andar pudo acercársele y obligarlo a trabar combate. Lo cañoneó durante una hora, destruyendo con una de sus primeras balas la torre del comandante,

perforando con dos la torre de los cañones y atravesando el casco en varios puntos. Una granada rompió el cabrestante con que se movía el cañón; pusieron para manejarlo ocho hombres y otra granada los mató. El buque quedó entonces sin gobierno andando ya de un lado, ya del otro, hasta que al fin, arriada la bandera y detenida la máquina, soltaron de nuestros buques botes que lo abordaron y tomaron posesión de él.

Por nuestra parte no hubo más desgracia que diez heridos, de los cuales uno murió.

El *Cochrane* recibió tres balazos que poco daño hicieron.

La captura del *Huáscar* nos ha facilitado la expedición terrestre. El 31 en la noche salió de Antofagasta nuestro ejército. El desembarque lo hará en Junín y en algunas de las caletas vecinas a Pisagua, procediendo, en seguida, a ocupar ese puerto. El desembarque será la operación más difícil de la campaña. Si se hace con facilidad y ocupamos a Pisagua, habremos vencido más de la mitad de las dificultades.

Amunátegui y Santa María escriben a Ud. sobre la cuestión argentina y su legación. Amunátegui me ha hecho presente que antes de nombrar a Ud., convendría esperar que el Congreso aprobase el ítem relativo a la Legación en Buenos Aires. Es de temer que aquí, por rencor y por represalia, quieran suprimir dicha legación, y en ese caso su posición sería difícil.

Mande a su afmo.

A. Pinto.

Santiago, 28 de Diciembre de 1879.

S. D.

J. V. Lastarria.

Mi apreciado señor y amigo:

Recibí su estimada, y quedo muy agradecido a su felicitación.

La guerra en que estamos comprometidos sigue con rumbo favorable.

El desembarco en Pisagua fué decisivo. Ocupado ese puerto, el ejército peruano se vió en la necesidad de venir a atacarnos y ofrecernos batalla en condiciones favorables para nosotros. Así sucedió, a pesar de la mala organización de nuestro ejército, tan mala, que al cabo de diecisiete días, cuando el enemigo se presentó en Dolores, nuestro ejército ni se encontraba reunido ni con los elementos necesarios, las condiciones en que dió la batalla bastaron para que fuera rechazado, habiendo tomado parte en la acción sólo una pequeña parte (como tres mil hombres) de nuestro ejército.

Rechazados en Dolores, los restos del ejército peruano se retiraron al pueblo de Tarapacá, sin ser perseguidos como debieron serlo.

Al cabo de ocho días salió de nuestro cuartel general una división de dos mil trescientos hombres para batir las fuerzas enemigas que dicen existían en el pueblo de Tarapacá, y si no es por el valor y empuje de nuestros soldados, sufrimos allí una derrota completa.

Es imposible imaginarse una dirección más estúpida que la que se empleó en esa acción. Se emprendió el ataque sin saber el número de enemigos que había en Tarapacá, y después de una caminata por el desierto de trece horas, los soldados estaban tan fatigados por el cansancio y la sed que poco más de la mitad pudieron tomar parte en la acción. El resto quedó tirado en el camino.

Para el ataque dividieron las fuerzas en tres pequeñas divisiones, separadas una de otra por una distancia considerable.

En fin, como he dicho a Ud. antes, si no sufrimos allí una derrota completa fué gracias al valor y empuje de nuestros soldados.

El combate fué muy sangriento. Duró siete horas. Nuestros soldados, a pesar de la mala dirección, mantuvieron el campo hasta que una división enemiga, que había salido la noche antes con dirección a Tacna, volvió y les obligó a retirarse.

De nuestra tropa quedaron en el campo de quinientos a seiscientos. El doble de las peruanas. He preguntado cómo es que ocupando los peruanos mejores posiciones han podido

tener más bajas. La explicación que me han dado es que los peruanos no apuntan, y algo de verdad creo que hay en esto.

En la noche del combate de Tarapacá, los peruanos abandonaron el pueblo y siguieron camino de Tacna, a donde llegaron disminuídos y extenuados.

El departamento de Tarapacá está ya libre de enemigos.

Con nuestra escuadra tenemos bloqueados los puertos de Arica, Ilo y Mollendo, y un blindado y dos buques más recorren la costa norte del Perú.

Anoche recibimos un telegrama de Iquique, en el que se nos dice había llegado a ese puerto una fragata de guerra inglesa, con la noticia de que Prado se había embarcado para Europa, y que Piérola había sido declarado Dictador. No dan detalles de las ocurrencias que han producido ese cambio.

En el interior no hay novedad. Se discute actualmente en la Cámara de Diputados la ley de presupuestos y se está luciendo su regalón don Luis Urzúa.

Deseando que su salud siga sin novedad, le pido disponga de su afmo.

A. PINTO.

LA CUESTION SALITRERA

I

Chile ha incorporado a su organismo en tal forma la industria salitrera, o más propiamente dicho, se ha incorporado el país tan completamente en la industria salitrera, que hoy día Chile y esa industria forman un todo indivisible. La salitrera en Chile es la industria madre. Es la industria nacional. Es la industria vital; y es por eso, que esta industria no puede perecer, porque la muerte de la industria salitrera sería algo parecido a la muerte civil de la República.

¿A quién le puede extrañar entonces que la cuestión salitrera, o sea, la Cuestión Nacional, preocupe a todos?

Los unos, desde allá, conocen mejor que los de acá, los detalles íntimos de los negocios salitreros, especialmente aquella parte de la cuestión, que los franceses llaman en su gráfico lenguaje el *dessous des affaires*, palpan allá las dificultades invencibles con que lucha la industria salitrera, las fatigas de la producción, los tropiezos del trabajo, la insuficiencia de la mano de obra, la escasez de los elementos de transporte, la dificultad de los embarques, las exigencias de los navieros, de los banqueros, de los aviadores, de ese cúmulo, en fin, de grandes y pequeñas dificultades, que entorpecen cada día la marcha de todos los negocios humanos y que hacen tan arduo y por lo tanto tan respetable el problema del éxito en la vida.

Las personas que han envejecido al servicio de los intereses de esa industria, que han formado su fortuna en ella y a ella han vinculado su porvenir y que han palpado las dificultades casi invencibles del largo camino, deben mirar a los demás, como es natural, con el desdén con que mira el soldado, después de una batalla, a los civiles que se permiten hacer nuevos planes estratégicos.

Los de acá que, si es cierto, no conocen el mecanismo de la producción salitrera ni son profesionales ni técnicos ni tienen conocimientos químicos de ninguna clase; que, en una palabra, son analfabetos en la técnica de la cuestión—como el que habla—pero que han estudiado con mucho ahinco las cosas extranjeras y que durante muchos años han seguido paso a paso el desarrollo de los negocios similares en el extranjero, que han presenciado el nacimiento de algunas de las industrias competidoras del salitre, que han sido testigos de su organización y de su éxito, pueden, como el civil que ha vivido en medio del campo enemigo, levantar su voz y en un momento dado indicar un rumbo con más acierto que los demás.

El que esto escribe, en 1907 visitó detenidamente, por orden del Gobierno, las fábricas de salitre artificial de Noruega, las que ese año estaban en construcción, y en unión del Director e inventor del procedimiento, señor Eyde, estudió, nó la cuestión técnica que no conocía, pero sí el negocio mismo que en aquel año dejaba de ser un proyecto para transformarse en una empresa industrial, gran empresa que hoy día ha sido el punto de partida de toda la producción alemana de ázoe; empresa que ha hecho que Alemania haya podido durante tres años de guerra producir sus explosivos sin necesidad de salitre de Chile; porque no hay que olvidar que los alemanes no han inventado el procedimiento, no han hecho otra cosa que adaptar el procedimiento noruego, imitándolo y perfeccionándolo,

Aparte de lo anterior, para los de acá hay todavía una cuestión de óptica. El que está allá doblado el cuello sobre el arado, entregado a su trabajo, limita su horizonte y no alcanza a ver, por hábil que sea, ni el cielo que se extiende detrás de sus montañas, ni los preparativos que hacen los ejércitos competi-

dores para desalojarlo de su terreno en la lucha industrial. Falta el explorador.

El industrial, como el soldado en el campo, sólo puede constatar el resultado de la maniobra enemiga una vez que ésta se ha producido, y el soldado cometería un error imperdonable, que podría costarle la vida, si se resistiera a creer lo que su explorador dice haber visto.

Por mucho que sea el conocimiento sobre el terreno en que operan los interesados en la industria salitrera en Chile, no deben desoir la opinión de los de acá. Sería un gravísimo error de ellos desdeñar la opinión de los que han observado el movimiento de los competidores en el extranjero, tanto como sería imperdonable la conducta del jefe militar que se encogiese de hombros al oír la voz de alarma dada por uno de sus exploradores.

Estas consideraciones me vienen a la memoria, al leer los artículos y comentarios que a menudo se hacen en Chile a propósito de los proyectos de la organización futura de la industria salitrera, de los programas en estudio, de los asuntos relativos al salitre y sus competidores, etc., programas y proyectos que son generalmente recibidos allá con indiferencia y rechazados muchas veces con desdén. No tomamos en cuenta, al decir lo anterior, a un grupo de intransigentes que no toleran siquiera que alguien se atreva a dar opinión sobre asuntos salitreros, asuntos, según ellos, que son sólo del dominio de un grupo de iniciados. Estos intransigentes me hacen recordar ciertas personas que no pueden encontrar en la calle un fraile sin sentirse provocados personalmente.

¡Proyectistas! llaman a toda persona que, fuera de ellos, se permiten estudiar la cuestión salitrera. Y olvidan, al decir esto, que todas las buenas cosas que hay en el mundo han empezado por una idea y que el mundo es de los que tienen fe y trabajan por sus ideas.

De las publicaciones hechas en Chile en estos años últimos, ha llegado a mis manos una serie de interesantes artículos publicados en *El Mercurio* por *Salitrero*.

Salitrero, felizmente, no es de los intransigentes. No sé a

quien pertenece este pseudónimo; pero en todo caso, conoce la cuestión a fondo. Contempla la cuestión salitrera bajo un punto de vista optimista y para él la hora actual es agradable y el porvenir de la industria lo mira con confianza.

Yo creo que en el fondo estaremos de acuerdo. *Salitrero* es persona que sabe lo que dice, pero que no dice lo que sabe y es por eso, que lo invitamos a entrar, sin prejuicios de ninguna clase, a estudiar juntos las diversas ideas emitidas sobre la Cuestión Salitrera.

A pesar de que uno de los proyectos de la Central de Ventas de Salitre fué presentado por el que suscribe, estoy dispuesto a modificar mis ideas por otras mejores a medida que la luz vaya haciéndose en mi cerebro, porque sabido es que es de los hombres el errar y sólo perseverar en el error es un mal. Como dicen bien los latinos, *errare humanum est, perseverare diabólicum*.

Estudiaremos con *Salitrero* en nuestra excursión, cuáles son los derechos y el rol del Estado en esta cuestión salitrera,—punto esencial, sobre el cual no nos será difícil ponernos de acuerdo—cuál es la situación actual de los negocios competidores del salitre, cuál el porvenir de nuestra industria mirada a la luz de los acontecimientos en la hora trágica en que vive el mundo y cuáles podrían ser a la vez las medidas que deberán tomarse, en el caso que éstas sean necesarias.

II

Al entrar en materia, deseo dejar establecido un principio.

El Estado de Chile, o sea la Nación, es el socio principal de la industria salitrera. Se ha formado entre el país y esta industria una unión tan estrecha que ella ha dado lugar a la formación de una sociedad de hecho. El Estado y la industria salitrera forman hoy día un todo indivisible, indisoluble. *For better, for worth*.

La industria salitrera comenzó a desarrollarse vigorosamente sólo después del 79. Recordemos también que la guerra del 79 se hizo en amparo de nuestros derechos salitreros vulnerados.

Desde esa época, todo el salitre del mundo quedó en manos del país.

No fueron los salitreros los que crearon el monopolio del artículo. Fué el Estado; fué la República. El Estado incorporó el 79 todas las salitreras a su dominio, no con el sólo propósito de venderlas a los capitalistas interesados en comprarlas, sino que especialmente con la mente de aumentar de año en año la producción de salitre y de obtener así un aumento anual en sus rentas. Una vez el salitre en poder del Estado, éste buscó socios para explotarlo y vendió o cedió las salitreras.

Al establecer el pago de un derecho de exportación o regalía de 28 peniques por quintal exportado, sin escribirse, quedó establecida la condición que produjo la formación de la sociedad de hecho de que hablamos, entre el Estado y los salitreros.

La nuda propiedad de la pampa salió de manos del Estado y pasó a manos de los particulares, como es sabido, ya por remate, por concesiones, etc., etc., pero sujeta el pago de una regalía permanente a favor del vendedor, tal como sucede con la venta de un bosque, vendido por un particular a un tercero en una suma alzada de dinero y en el pago permanente de un derecho o regalía que deberá efectuar el comprador al vendedor por cada metro cúbico de madera exportado.

Esa es, según mi opinión, la situación jurídica que se ha creado entre el Estado y la industria salitrera; una sociedad de hecho, una unión indisoluble, como la del maderero citado, unión para los buenos y para los malos tiempos. «For better for worth». Esto es lo desagradable que tienen todos los negocios indisolubles, que mientras las cosas van bien, todo es fácil para ellos, y se ve todo de color de rosa; pero, ¡ay! cuando empieza a soplar el viento helado de la desolación.

Los derechos de los salitreros son muy respetables, pero no son más que los derechos del Estado.

El Gobierno, al dejar en manos de los salitreros su pampa, no se comprometió a ayudarlos en sus negocios.

El trabajo, el flete, el saco, la oficina, etc., son de cuenta y riesgo del comprador.

El Gobierno, paternalmente, sin embargo, ampara en todo momento a los salitreros, les construye muelles, les hace puer-tos, escuelas, ferrocarriles, les presta dinero para el bolsillo, etc., etc., y todo esto lo hace, no por los bonitos ojos de los salitreros, sino por conveniencia fiscal, nacional, o sea por los 28 peniques de regalía. Casi no ha habido un apuro de los sa-litreros en los tiempos pasados, en el que no hayan acudido al Fisco, como al «pañó de lágrimas» y el Fisco paternalmente siempre les ha abierto el bolsillo. Naturalmente, el Fisco ha sido llevado siempre del mismo interés. Mantener su propio negocio, entonar su propia industria, sus 28 peniques.

Toda esta, es una cuestión de forma, de palabras, pues, en el fondo, estamos seguramente de acuerdo con *Salitrero* y con todos los chilenos. Esto es, que el Estado tiene derechos sa-grados, derechos que hay que respetar, que hay que defender, que hay que prestigiar, y sobre todo esos derechos, todavía, campea una razón suprema, la Ley de las Leyes: el interés na-cional, ante el cual todo debe ceder.

Ahora bien, ¿por qué razón hoy día se ha despertado de re-pente ese gran interés por velar por la industria salitrera y le-gislar sobre ella? ¿A qué obedece ese amor entrañable que sien-te el Estado renacer por esta industria tan abandonada, según unos, tan favorecida, según otros?

Para contestar a esta cuestión necesitaremos dar una rápida ojeada a la industria rival del salitre, en el momento actual y ver así si esta hora en que vivimos es una hora para inspirar confianza a la industria nacional del salitre o para sentir la hon-da inquietud que experimenta la tripulación de un barco en alta mar al oír acercarse la tempestad.

III

Las razones a favor de una Centralización de Ventas del Sa-litre, son de dos órdenes: unas de orden general y otras de orden especial.

Veamos las primeras: Cuando la naturaleza le ha dado a un país la posesión única de un producto necesario, este país

debe aprovechar esta circunstancia para engrandecerse y debe evitar por todos los medios posibles la competencia de otros artículos extranjeros similares.

El único remedio conocido hasta hoy para llegar a este fin es provocar un monopolio de producción y de venta.

En una palabra, cuando un Estado como Chile, dispone, en el hecho, de un monopolio mundial dado por la naturaleza, ese Estado tiene, no sólo el derecho, sino el deber de cuidar de la conservación, del manejo y del comercio de su producto.

Con uno u otro nombre, los monopolios han sido puestos en práctica por todos los pueblos de la tierra y desde la más remota antigüedad. Los Fenicios monopolizaron el comercio y la venta de la pintura purpurina, cuya fabricación sólo ellos conocían. Los Holandeses, en la Edad Media, tuvieron el monopolio de las especies, de los cereales y de gran número de productos, monopolio que defendieron con tanta energía, que llegaron hasta el punto de quemar sus mercaderías, para evitar la baja del artículo.

Los Brasileños, hoy día, para mantener los precios del café en el mercado universal, no han trepido en invertir cientos de millones de francos en la operación que ellos llaman *valorización*.

Esa misma política, con pequeñas variaciones, la han seguido, la siguen y la seguirán todos los pueblos de la tierra, que, como nosotros, se encuentran en el caso de poder aprovechar la posesión absoluta de un producto tan necesario como el salitre.

Todo país, que no sea un conjunto de individualidades sin carácter, sin cohesión, e incapaz, por lo tanto, de prever su porvenir, aprovechará siempre de una circunstancia tan favorable como la nuestra, para llegar a ser una gran nación por medio de su riqueza, de su organización y de su esfuerzo, únicas bases de las grandes naciones.

En tesis general, somos muy partidarios del principio de libertad. Creemos que debe ser la libertad la base de todos los negocios humanos, así como de la vida misma; pero cuando a un negocio, como el del salitre, está vinculada la vida entera

de una nación, creemos que ese negocio no debe quedar abandonado a su propia suerte; sería como si en nombre de la libertad abandonásemos sin rumbo al país mismo. Por esta razón, en primer lugar, creemos que el país debe organizar su industria salitrera por medio de una Central de Ventas.

Desde antes de la guerra, los productores de Sulfato de Amoníaco, se habían reunido en un *trust* con todos los fabricantes de abonos químicos de Alemania, y, organizados en una Central de Ventas, marchaban unidos con el fin de cerrarle el paso a los artículos similares extranjeros y especialmente al *salitre*.

En aquel momento, la situación se diseñaba como muy grave. Alemania era un país que consumía más o menos la tercera parte de la producción salitrera de Chile, y, fué por eso que, en aquel tiempo, con el fin de evitar la competencia victoriosa de los abonos artificiales, propusimos el estudio de un proyecto de centralización de ventas de salitre.

¿Con la guerra la situación se ha modificado?

Lejos de eso. Lo que entonces era una amenaza, un grave peligro, se ha transformado hoy en un hecho consumado. La ley del Imperio de 24 de Febrero de 1917—sobre sustancias azoadas—ha consumado el monopolio del ázoe en Alemania. Esa ley, en su artículo primero, crea un Comisario Imperial para reglamentar todo lo concerniente al ázoe. Ese comisario dispondrá de la fabricación, del consumo y del comercio del ázoe en Alemania. Ese es el monopolio en el derecho. El monopolio en el hecho existe en Alemania desde el comienzo de la guerra, pues toda la fabricación de ázoe desde 1914, está controlada y dirigida por las autoridades. Antes de la guerra, la producción de ázoe era ya tan considerable en Alemania, que ella fué suficiente para hacer frente desde las primeras hostilidades a la producción de explosivos y a las necesidades del país. Y durante estos años de guerra la producción de ázoe ha continuado desarrollándose paralelamente al fantástico gasto de explosivos; de tal manera que puede asegurarse que ella responde hoy a las necesidades presentes y futuras de Alemania.

Esa inmensa máquina de producción de ázoe forma hoy un solo todo. Es un monopolio dirigido por una sola voluntad. Mañana cuando se firme la paz y la fabricación de explosivos desaparezca—¿a donde irá esa producción? Alemania ha creado su monopolio de ázoe obedeciendo a la ley histórica a que nos referimos. Su industria química le ha dado la posesión efectiva de un producto necesario y quiere con él engrandecerse y por todos los medios a su alcance desalojar los productos competidores, especialmente *el salitre*.

Esa es la cuestión presente. Tengamos nosotros el valor de mirar los peligros de frente. Hasta hace 12 años era Chile el dueño absoluto de la producción de salitre en el mundo. Teníamos el monopolio del salitre y disponíamos, de hecho, del comercio universal de abonos azoados. Ese monopolio, por falta de organización, lo perdimos. Ya el pasado, es el pasado. Hoy es tarde para reaccionar. ¿Quejarnos?—¿De qué sirven las lágrimas? Miremos hacia adelante. Aun es tiempo de cuidar de la conservación de lo que nos queda. ¿La manera?—Está indicada por todos los pueblos de la tierra y en todos los tiempos.

El monopolio, o sea, el aprovechamiento exclusivo de la industria salitrera por medio de una Central de Ventas.

Nosotros, como nuestros competidores, busquemos en Chile la cohesión de todas las fuerzas nacionales esparcidas en la industria del salitre y hagamos que los intereses particulares bajo una sola bandera se reúnan en una *Central de Ventas de Salitre bajo la dirección del Estado*.

IV

Razones especiales para que el país se ocupe de la organización comercial de la industria salitrera hay tantas, que realmente no sabemos por cual empezar.

De las noticias alarmantes que desde 1898 más o menos, comenzaron a propalarse en el mundo sobre la duración probable de los yacimientos de Salitre en Chile, nació la idea en Europa de buscar la manera de producir químicamente el sustituto del Salitre, con el fin, según se dijo, de evitar que la agricultura

europaea quedase sin fertilizantes, el día, ya muy cercano, en que los yacimientos chilenos, muy disminuídos, estuvieren del todo agotados.

De ahí nació la competencia. Esas noticias produjeron casi un pánico en el mundo. Un verdadero ejército de químicos se dedicó en toda Europa y Estados Unidos a resolver el problema del Salitre. Al llamado, Birkerland y Eyde descubrieron su procedimiento, e instalaron en Noruega sus hornos productores de nitrato de cal, o sea del salitre artificial, captado del aire. Ese día Noruega, descubrió una pampa salitrera infinitamente más grande que la de Tarapacá. Se aseguraba en todo el mundo en 1898 que la duración probable de las salitreras chilenas era de 30 a 40 años a lo sumo. La agricultura universal no podía vivir bajo esa obscura nube. Era la escasez del pan en perspectiva.

Si la industria salitrera en Chile, hubiera estado en ese momento organizada en debida forma, si hubiera habido cohesión entre los productores, unidad en sus intereses, y una dirección única en la industria ¿habrían pasado casi sin protesta en Europa e inadvertidas en Chile estas afirmaciones?

Y si estas afirmaciones, hubieran sido oportunamente desmentidas y se hubiera del todo probado que los yacimientos salitreros son en Chile casi inagotables ¿se habría seguido en el estudio de la fabricación del salitre? Nó! Nuestra inercia facilitó el camino. La producción artificial del nitrógeno, nació sólo del peligro de que el salitre de Chile se agotara. Si mañana los enemigos o competidores de una industria organizada, verbi gracia, de las sales de potasa u otra análoga, propalasen en el mundo la especie de que este producto estaba condenado a morir ¿qué pasaría? Lógicamente, que los representantes en todo el mundo de esa industria, negarían el hecho con pruebas a la mano, y ahogarían en germen todo movimiento destinado a producir alarma en el comercio y así frustrarían las miras de sus competidores, porque los industriales en el mundo no arriesgan cientos de millones de pesos con el objeto sólo de resolver un problema en el aire, ni menos que eso aún, con el fin de establecer una industria de rentabilidad dudosa, como

era hasta ayer la producción artificial de abonos azoados. Esto lo hacen únicamente obligados por la necesidad.

Se comprobó en aquel tiempo casi sin protesta nuestra que era una necesidad urgente proceder a la fabricación artificial de salitre, porque se aseguraba en todo el mundo que el salitre de Chile tenía contados sus días de existencia. De este primer descuido nacional nació la industria competidora del salitre en Europa. El país, cuando conoció la noticia, se encogió de hombros, y dejamos pasar y dejamos hacer...

Algunos levantaron la voz y del cenáculo, salieron voces que los hicieron callar. ¡Ilusos, proyectistas! dijeron. El problema de la captación del ázoe del aire, es casi una quimera, aseguran, asunto sin importancia, sumamente difícil y poco comercial! Y, sin embargo, en 1914, ya la competencia que hacían al salitre los productos azoados en el mundo era formidable y más formidable aun, era la organización que establecían entre ellos con el legítimo objeto de quitarle el mercado al salitre y producir todos los abonos azoados necesarios para el consumo interior. En aquel año se comenzaban las instalaciones para fabricar salitre en casi todos los países europeos. Más de 500 millones iban ya invertidos en el mundo en la industria de salitre artificial—casi tanto como el capital invertido en las salitreras en Chile, nubes de privilegios exclusivos se habían tomado en los últimos años para procedimientos destinados a abaratar la producción del salitre artificial y miles de laboratorios se consagraban exclusivamente a la captación del ázoe del aire y mientras esto sucedía, nosotros continuábamos en nuestro «espléndido aislamiento».

Entre los procedimientos conocidos en aquel año, sobresalían:

1. Los hornos eléctricos de Birkeland y Eyde, explotados en Noruega. Sociedad que había obtenido permiso de explotación en Alemania, Austria, España, Portugal, etc.
2. El Procedimiento de Schönherr destinado a producir azoatos de sodium.
3. El nitrato de calcio.
4. Diversos procedimientos destinados a tratar los produc-

tos de destilación de la hulla, en la fabricación del gas de alumbrado y destinados a producir sulfatos de amoníaco.

5. El sistema de Buckler, de las turbas en los terrenos pantanosos.

6. El procedimiento Menetz, por medio del cual se extraen los nitratos de los terrenos pantanosos por medio de las turbas y de la concentración de las aguas madres. Etc., etc., etc.

Todos los fabricantes de abonos rivales del salitre, a lo menos, en Alemania, ya en aquel año 1914, se reunían en un solo y formidable trust; amenazando la existencia misma del salitre.

Y nosotros ¿qué hacíamos mientras tanto?

Como lo hemos dicho, continuábamos impassibles, con toda filosofía en nuestra industria libre. ¡Dejábamos hacer! ¡Dejábamos pasar!

Los productos rivales del salitre organizados en una gran Central de Ventas ponían directamente en contacto a los productores y a los consumidores. El salitre continuaba, en cambio, como hace 30 años, vendiéndose y revendiéndose en la costa por medio de los agentes de cada compañía salitrera a las diversas casas extranjeras, quienes a su vez lo vendían y revendían en Londres o en Hamburgo a los comerciantes o especuladores del artículo, los que volvían revenderlo a los agricultores del interior. En otras ocasiones, de Hamburgo y Londres el salitre era reembarcado aún a lejanos mercados—España, China, Brasil, etc.

El salitre, con este sistema, continuaba siendo un buen flete y un magnífico producto de especulación. Sólo Hamburgo vendía y revendía de este modo en la bolsa cada año más de diez millones de toneladas de salitre. Los precios del salitre subían y bajaban alterados por la fiebre de la especulación. Los consumidores ya comenzaban a retraerse de comprar un artículo expuesto a tantas fluctuaciones, sobre el que era imposible basar un cálculo serio. En cambio, el agricultor europeo, al lado del diagrama desconcertante salitrero, veía la cotización diaria del producto rival del salitre, con su tabla de precios uniformes y fijados por cierto número de meses.

Con este sistema, esto es, a la sombra de la desorganización

comercial de nuestra industria y de la expeculación sobre el artículo, nacieron, han crecido y se han organizado nuestros enemigos.

Si la Central del Salitre se hubiese organizado en aquel tiempo, hace años, la expeculación habría concluído y así habríamos podido luchar con armas iguales con nuestros competidores.

Para defender todavía nuestra situación en el mercado de abonos azoados, debemos en Chile proceder cuanto antes a la organización de una Central de Ventas de Salitres en todo el mundo, pues, en poco tiempo más, puede ser tarde.

V

La razón principal para proceder, sin más tardanza, hoy mismo, a la organización de la industria salitrera en Chile se desprende de la guerra misma.

Siendo el ázoe la base de los explosivos, ha pasado a ser esta materia—el salitre—el alma de la guerra.

Los beligerantes, especialmente Alemania y sus aliados, han dedicado un gran esfuerzo en crear en grande escala la producción artificial de ázoe o sea de salitre artificial, y lo han conseguido. La producción de esta materia ha redoblado en Europa.

Se han establecido durante la guerra, con este objeto, nuevas fábricas con inmensos capitales y todas ellas reunidas, han organizado su producción y su comercio.

Naturalmente que si nosotros queremos combatir a nuestros competidores, lo primero que necesitamos hacer, es combatirlos con armas semejantes, porque si ellos presentan en línea un gran ejército con el mejor armamento moderno, locura sería de parte nuestra oponerle sólo el pecho descubierto de nuestros ciudadanos. El ejemplo anterior, tomado de la guerra misma, puede en todas sus partes aplicarse también a la lucha industrial.

El comercio y las industrias se preparan para la lucha, como se preparan los ejércitos para la batalla. Guerra y lucha indus-

trial son ideas análogas. A un ejército organizado y bien armado hay que oponerle otro ejército más organizado y más armado. Los competidores del salitre están completamente organizados y frente a ellos la industria salitrera está del todo desarmada. Así como perdimos, por incuria, el monopolio de hecho que teníamos hace diez años sobre la producción de salitre, estamos expuestos hoy a perder lo que nos queda del negocio, si no oponemos a la excelente organización de nuestros rivales otra organización salitrera también excelente.

En cambio, si nos organizamos desde luego como nuestros rivales, si damos estabilidad a los precios del salitre en todo el mundo, si los productores de salitre se sindicán en Chile y se resuelven una vez por todas a hacer desaparecer la especulación, si crean con este fin una Central de Ventas de Salitre en Valparaíso, destinada a ofrecer el salitre a los consumidores de cada país, conseguiremos mantener y ensanchar los negocios salitreros actuales, porque tenemos aún una inmensa ventaja sobre nuestros competidores, debido a la mejor calidad de nuestro producto, muy superior aun al producto fabricado, y, entonces, toda la riqueza salitrera de la pampa, será aprovechada por la nación—de lo contrario, no.

Aun es tiempo de reaccionar. «Los negocios humanos tienen su marea, la que aprovechada en el momento del flujo conduce a la fortuna: la ocasión perdida, todo el viaje de la vida se persigue en medio de los bajos fondos y de las miserias. En este momento aun la mar está llena y estamos a flote, hay que tomar la corriente mientras nos es favorable o, de lo contrario, perderemos todas las probabilidades de victoria».

VI

¿Y cuáles razones se oponen a la formación de la Central de Ventas?

Salitrero, en su artículo de 4 de Agosto de 1916 de *El Mercurio*, intitulado «Los Obstáculos», las enumera como sigue:

1. ¿Cómo controlar la producción? O, en otros términos, cómo encontrar la norma en virtud de la cual quede estable-

cido o pueda establecerse la cuota con que concurrirá cada oficina salitrera a la elaboración total anual de la industria?

2. Tropiezos relativos a la diversidad de costos de producción en canchas, que deben necesariamente repercutir en la determinación del precio Standart;

3. Tropiezos relativos a la diversa nacionalidad de los productores, circunstancia que con la guerra europea ha adquirido mayor valor;

4. La cuestión de si aceptan o rechazan la nueva organización los actuales intermediarios y en caso de pronunciarse por el rechazo absoluto, inconvenientes que presenta el doble carácter de ciertos productores que son a la vez comerciantes en el artículo. Dificultad de reemplazar toda la maquinaria de ventas, que tienen montada los actuales comerciantes de salitre en grande escala, y peligro de que esa máquina pase a servir a algunos de los competidores del nitrato de soda;

5. Cómo determinar la intervención del Estado en las funciones y en la marcha del organismo centralizador. Hasta dónde tendría que llegar para ser efectiva y en caso de serlo, hasta qué punto quedarían absorbidos los productores por esa intervención;

6. Si la organización que se propone puede o no ser compulsiva u obligatoria.

Todos éstos son, indudablemente, obstáculos difíciles de salvar. Cada uno de ellos son una resistencia, que habrá necesidad de vencer con trabajo, con paciencia y con estudio, pues si no fuese así, haría ya muchos años que la Centralización de las Ventas de Salitre no sería un problema.

Estudiaremos de cerca y con buena voluntad cada uno de los obstáculos anotados y veremos cómo cada uno tiene una solución fácil.

ADOLFO ORTÚZAR.

(Continuará)

DIARIO

DE DON

JOSÉ VICTORINO LASTARRIA

DESDE JUNIO DE 1849 HASTA MARZO DE 1852

(Continuación)

Este interés nacional tampoco tiene valor para los miembros activos de la oposición, porque la mayor parte de ellos no tienen por él tanta fe, que puedan sacrificarse por obtenerlo. Hay algunos que han pertenecido siempre al partido retrógrado y que por circunstancias que todos conocemos se hallan ahora en la oposición: éstos solo militan por conquistar su posición perdida. Hay otros que ora en el gobierno, ora a su lado, ora en la oposición siempre han trabajado por realizar ese bien, ese interés nacional, pero éstos trabajan ya desalentados y por más que se esfuercen, sólo saben que nada pueden esperar de su abnegación, sino ultrajes y vilipendio. Mientras tanto, todos ellos son acusados por los ministeriales de ambiciosos, de servidores de un hombre y no del país y aun de anarquistas y tratados como tales. El pueblo puede creerlo y si no lo cree, a lo menos, desconfía. No inspirando, pues, interés la oposición, tampoco puede tener opinión.

3.º Porque no tiene relaciones. Si la oposición tuviera afi-

liados de corazón y de inteligencia en las provincias, podría esperar formarse alguna opinión, a pesar de su mal estado. ¿Pero que podemos oponer nosotros a la acción siempre constante de los infinitos empleados de la jerarquía administrativa? ¿Quién combate en los pueblos las calumnias que pesan sobre nosotros? ¿Quién explica nuestros propósitos? ¿Quién hace conocer nuestras intenciones? Ni siquiera la prensa nos sirve para esto, porque aun cuando mejoremos la triste situación en que ella se halla, no podemos hacerla llegar a manos de los provincianos.

Tal es la verdadera situación de la oposición. Para ocultárnosla, unos toman el partido de resignarse, como el reo condenado, y otros esperan, confían en el día de mañana, sin acordarse de que el tiempo fortifica las plantas más dañosas cuando han prendido en la tierra, y destruye las semillas preciosas que están esparcidas sin cultivo ni atención. ¿De qué podemos esperar? ¿Del carácter de Bulnes? ¿De las divisiones del partido retrógrado? ¿De la consideración que pueda tener ese partido por nuestros talentos, por nuestra actividad, por nuestro patriotismo y acaso por los servicios que algunos de nosotros le hemos prestado?

Yo protesto solemnemente contra tales esperanzas y declaro que seguiré mi suerte por mi cuenta y riesgo sino veo realizado lo siguiente:

1.º Que el señor Errázuriz haga a un lado las consideraciones y el desinterés que hasta ahora lo han dominado, y que, acordándose que nosotros corremos riesgo por él, venga a ponerse al frente de la oposición y a trabajar con nosotros sin disfraz y con lealtad.

2.º Que se organice la dirección de la oposición.

3.º Que se forme un fondo de cualquier modo que sea.

4.º Que nos propongamos echar abajo la dominación de 20 años, con su política restrictiva y egoísta. Este propósito es nacional. Comprende en sí mismo un sistema que es popular y que está al alcance de todos y es el único que puede dar más unidad. Perderemos a unos cuantos de nuestros afiliados, principalmente a los de la familia dominante; pero eso mismo ser

virá para darnos más unidad y para captarnos el apoyo del país entero. Desde Copiapó a Chiloé no hay otra idea política que la de la dominación de 20 años, ni otro sentimiento que el odio a esa dominación. Cartas de Copiapó y de La Serena me aseguran que la candidatura Montt gana prosélitos, porque los que trabajan por ella la hacen aparecer como la salvadora de esa dominación. Un satélite de Montt, hablando conmigo, me decía: «Basta que caiga esa familia, esa dinastía, para que todo patriota apoye a Montt». Yo le replicaba que en el mismo caso se hallaba la candidatura Errázuriz, y él agregó: «Con la diferencia que éste va de abajo para arriba y no tiene la probabilidad de la otra.» Nosotros podemos también fortificar nuestra candidatura del mismo modo, con el mismo arbitrio.

5.º Que se organice la prensa en el sentido de este propósito y por consiguiente, que hostilice a todo el partido contrario, sin excepción de personas y sin reticencias. Esta marcha franca nos trae prosélitos, despierta interés, hace popular nuestro partido y nos da todas las ventajas que lleva el que combate abiertamente y con energía. Los que aconsejan esas reticencias, esas excepciones en la prensa, van tras la esperanza incierta de halagar a Bulnes o a los retrógrados que pueden defecionarse, y mientras tanto pierden dos bienes seguros, es, a saber: el apoyo que hallarían en las provincias atacando a esos hombres odiados, y el prestigio que pueden adquirir a los ojos mismos de los adversarios atacando sin disimulo y con valor.

No hay partido si no se adopta este arbitrio. El señor Errázuriz teme que esta marcha nos lleve a la revolución o a la inercia, pero no advierte que está en nuestras manos el evitar ambos escollos. Si no podemos evitarlos, no nos mezclemos más bien en estos negocios.

Yo declaro que si no se adopta este arbitrio, planto yo mi pabellón por separado y emprendo esta cruzada con mis amigos, seguro que a la vuelta de poco tiempo tengo los sufragios de toda la nación.»

La lectura de este documento, en que revelo verdades que están en el ánimo de todos y que nadie se atreve a proclamar, causa una impresión profunda. Federico Errázuriz se resiente de

la manera cómo hago aparecer a su tío, nuestro candidato, y se traba una discusión acalorada, en la cual todos los asistentes, que eran Urizar (1), González, Tagle, Larraín, Eyzaguirre y después Sanfuentes, sostuvieron mis ideas. Se acabó por adoptar todas mis proposiciones y después salimos todos juntos al hotel, en donde estuvimos con otros muy contentos. En esos días se vociferó en el público que la oposición se había organizado y que había adoptado una marcha seria y enérgica, debiendo publicar un nuevo diario popular, en que atacaría de frente al presidente y al partido retrógrado. En efecto, así era: entre las varias medidas que adoptamos, una era la de popularizar nuestra oposición, explotando el odio que había en el pueblo contra la familia gobernante y contra la dominación de 20 años, haciendo representante de esa familia a Bulnes, y de esa dominación a Montt. Tan sólo este rumor nos concilió el afecto de Freire, de Godoy (2) y de otros antiguos pipiolo que estaban descontentos con nuestra marcha y puso en conflicto al Ministerio.

Los ministros y los suyos vieron que nosotros nos organizábamos y acordaron organizarse también ellos, proclamando su candidato y uniformándose. Pérez era un obstáculo para esto, porque él apoyaba las pretensiones de Bulnes y sostenía como éste que no convenía proclamar candidato. García y Tocornal no habían podido marchar juntos con Pérez jamás.

En la última semana de Marzo ocurre en Valparaíso la prisión del inglés Lyon, amigo y sostenedor de Tocornal; a propósito de este accidente y de los reclamos de los rancagüinos sobre la contrata del puente de Cachapoal, se enciende más la enemistad de estos ministros. García y Tocornal dicen al presidente sus propósitos y le declaran que si no los acepta, se separarán del ministerio. El presidente no los acepta y ellos se retiran de hecho el 1.º de Abril, día en que aparece por primera vez nuestro diario popular llamado *Amigo del Pueblo* y redactado por Lillo.

(1) Don Fernando Urizar Garfias.

(2) Don Ramón Freire y don Pedro Godoy.

Abril 19.—Durante todos estos días el ministerio está acéfalo. Infinitas combinaciones de ministros aparecen todos los días y ninguna es decisiva. Bulnes no quiere llamar a la oposición, tampoco quiere proclamar de candidato a Montt, ni aceptar el plan de los ministros salientes. Estos y Montt pugnan por quedar en el poder, menos Tocornal, que está retirado seriamente. Este choque de intereses entre los ministeriales mantiene la crisis. Bulnes ofrece el ministerio a algunos imparciales y Montt le desbarata su plan.

Ultimamente, da el de Justicia a Lazcano (1), el de Hacienda a Jerónimo Urmeneta, quedando Pérez y Vidal. En esta combinación no tiene apoyo Montt, y por eso obran los retrógrados en el ánimo de Urmeneta para que no acepte con Pérez. Le hacen presente que un ministerio así, será presa de la oposición, porque no hay en él ningún hombre de palabra y le disponen a que no acepte, si no es ministro del Interior Varas, que antes había sido llamado y que no había podido hallar quién lo acompañase. Urmeneta lo declara así al presidente. Pérez se enoja y se vuelve a separar de hecho. Lazcano también insiste si no entra Pérez.

El 19 aparecen nombrados Varas para el Interior y Urmeneta para la Hacienda. El de Justicia se encarga provisoriamente también a Varas.

Mientras tanto, la prensa nuestra hace una guerra tenaz a Bulnes y a todo el partido retrógrado, suponiendo una mancomunidad estrecha entre Bulnes y Montt, a fin de aprovechar en nuestro favor los odios que hay contra ambos. Yo he escrito en casi todos los números del *Amigo del Pueblo*, en este sentido.

Durante este tiempo hemos tenido muchas reuniones y la sociedad reformista también ha celebrado sus sesiones. Hay animación, la confianza está restablecida.

En una reunión de diputados que tuvimos durante la primera semana de Abril, escribimos a don R. Errázuriz una carta firmada por todos, llamándole. A la semana siguiente vino el señor Errázuriz. Se nos ha manifestado muy dispuesto. Tuvimos

(1) Don Fernando Lazcano.

con él una entrevista yo, M. C. Vial, el clérigo Eyzaguirre, B. Larraín, Sanfuentes y Federico Errázuriz. Se convino en la siguiente organización: El señor Errázuriz se pone al frente de los negocios y forma una Junta directora con todos los nombrados. Vial se encarga de comunicar a los senadores de oposición las resoluciones y de sostenerlas en el Senado; Eyzaguirre se encarga de los diputados; Sanfuentes y Larraín del movimiento de las provincias; y Federico y yo de la dirección de la prensa.

A los dos días se ha celebrado en casa de Federico una Junta General. Yo hice la exposición del anterior acuerdo y fué aprobado. Inmediatamente se nombraron para cada provincia un encargado de la correspondencia, todos los cuales deben entenderse con Larraín y Sanfuentes.

Hemos seguido reuniéndonos para dar movimiento a los negocios de la oposición y, sobre todo, para formar un fondo. Sanfuentes no asiste, sin duda porque su amistad con Varas le retrae.

Cada día observo más y me convenzo de que faltan elementos para hacer triunfar la buena causa. Se puede decir que los opositores, incluso los más activos, no conocen los principios, ni tienen fe en ellos, ni adoptan la política que hemos proclamado, sino como un arbitrio para hacer triunfar sus aspiraciones o sus venganzas. Por eso es que no hay entre nosotros un verdadero espíritu de secta o de partido que nos inspire en todas ocasiones. Yo quiero un Gobierno nacional, quiero la realización de la República, quiero la ruina de esa política restrictiva y de intereses mezquinos que ha triunfado durante 20 años, pero saliendo de Larraín, de González y de Federico Errázuriz, no sé, no puedo asegurar si los demás quieren lo mismo.

Actualmente se nos ofrece con Eyzaguirre una cuestión en que él hace valer sus pretensiones ultramontanas. Se opone violentamente a que se publiquen en el diario las *Palabras de un Creyente*, por estar prohibidas, y, sin embargo, se enoja porque no se publican los versos crapulosos e infames contra Sarmiento (1), que han venido impresos desde Mendoza. Así es el

(1) Don Domingo Faustino Sarmiento.

cristianismo de nuestros paisanos. El clérigo es tenaz, pretende dominar y está resuelto a que la oposición sea ortodoxa. De estas cuestioncillas se nos ofrecen todos los días, y es curioso ver la pretensión que todos tienen de ser *diplomáticos*. A fuer de tales, dicen que conocen el país, reconocen todo lo que hay de atrasado, de perverso y de antisocial en las costumbres y sentimientos de la generalidad, pero no quieren contrariar esos vicios, ni reprobarlos, sino por el contrario halagarlos para atraerse popularidad. No quiero yo una popularidad conquistada con la hipocresía y que una vez poseída no hará más que ligarnos para siempre y obligarnos a respetar esos vicios que hemos halagado. Sin embargo, cuando en el diario se habla al pueblo de sus intereses y de sus derechos, los opositores se alarman y me reconviene porque dicen que con *alarmar a las masas* no hacemos más que perder a muchos hombres serios que se amedrentan temiendo la revolución. Yo no les hago caso, porque entiendo que a la causa que defendiendo le sirve más el apoyo de esas *masas* que el que pudieran prestarle esos hombres medrosos, que con su miedo no hacen más que mantener al país en el *statu quo*. Esos son los hombres que conocen todo lo malo que hay en nuestra sociedad y que no quieren remediarlo porque prefieren su quietud, su inercia al bien general, a las reformas. ¿Puede ser esta nuestra bandera?

Abril 27.—Hoy a las 4 de la tarde, he ido hablar con Eyzaquirre sobre la publicación de las *Palabras de un Creyente* y lo he hallado con Urizar. Trataban de lo siguiente: Urizar se ha presentado a Varas «diciéndole que el motivo de la oposición a su ministerio, a pesar de que todavía no se conoce su marcha, es solamente el temor que se tiene que el gobierno tenga candidato e intervenga en las elecciones, haciendo difícil nuestro triunfo: que si el Gobierno promete no tener candidato y no intervenir en las elecciones y desde luego lo declara así removiendo a algunos intendentes que han dado muestra de estar decididos a trabajar por determinado candidato, la oposición moderará sus ataques y su marcha será diferente». Era tal la complacencia con que Urizar refería la buena disposición con que Varas había recibido esta propuesta y tal la aquiescencia

que a ella manifestaba Eyzaguirre que yo me impresioné profundamente hasta ver en este paso imprudente el principio de la ruina de la oposición. Incontinentemente ataqué con fuerza semejante propósito: dijeles que Urizar partía de una base falsa, porque el motivo de la oposición no era el que él indicaba, sino la diferencia que hay entre la política liberal que hemos proclamado y la política restrictiva del partido retrógrado; que la candidatura no era más que un medio de hacer triunfar nuestros principios y no el fin que nos proponíamos; que atacábamos al Ministerio de Varas porque por sus antecedentes y todas sus circunstancias era el fiel representante y continuador de la política restrictiva; que con las proposiciones no hacía Urizar otra cosa que presentar a los retrógrados el medio que ellos buscaban para triunfar, porque estando ellos seguros de que Bulnes podía tener otro candidato que Montt, se veían precisados a trabajar por éste aisladamente y en la necesidad de combatir al candidato del Gobierno y al de la oposición, haciendo en las elecciones el mismo papel desairado y estéril que hizo en las de 1841, don Joaquín Tocornal, y que, por tanto, nada les convenía a ellos más que forzar a Bulnes a no tener candidato, pues entonces ellos podían elevar al suyo a la sombra del compromiso con la oposición y poniendo en juego todos los prestigios e influencias de que podían usar estando en el Gobierno. Entre infinitos argumentos más, les hice presente que cualquier convenio con el Gobierno nos hacía perder la energía de nuestra prensa y nos traía la pérdida de nuestra mayoría en las Cámaras, pues que había muchos diputados que (aludía al mismo Urizar) por no comprender la causa de la oposición o por sentirse incómodos en su situación de opositores, se valdrían de esa transacción para cohonestar su neutralidad o para pasarse al Ministerio de una manera decente. Sin embargo, Urizar y Eyzaguirre rechazaron mis razones y se mantuvieron en su propósito.

En la noche hablé con los mismos y además con Sanfuentes, Tagle, Ugarte (1) y otros; todos estaban contentísimos con la transacción. Entonces adopté el partido de embarazarles la rea-

(1) Don Pedro Ugarte.

lización de sus deseos ya que ellos me vencían por el número. Al otro día nos reunimos para tratar la cuestión. De los 10 o 12 que habíamos reunidos, sólo yo y González opinábamos contra la transacción y por eso recurrí al arbitrio de pedir una sesión con asistencia de todos los diputados de la mayoría y de las personas más notables del partido. Se acordó así emplazándonos para el martes en la noche.

Abril 29.—Ayer y hoy me he ocupado en propagar mis ideas contra la transacción de Urizar y he conseguido tanto que el que no está conmigo, a lo menos vacila. Eyzaguirre ha cambiado en mi favor. Urizar con Sanfuentes y Ugarte están firmes. Observo que los opositores que tienen rentas o empleos son partidarios de la transacción. Sanfuentes está completamente neutralizado en la oposición por su amistad con Varas. Antes era tan empeñoso por sus odios contra García Reyes. Anoche le ha visto Alemparte (1) para que se encargue de la redacción de *El Progreso* y le ha dado por excusa su amistad con Varas.

Mayo 1.º—Anoche se verificó la reunión: había 22 individuos, entre ellos, el general Lastra, el señor Luco y otros varios señores de importancia. Yo entré temiendo que Urizar tuviera mayoría para su transacción y por eso me dispuse a enredar de modo que no se tomase resolución ninguna. Para este propósito contaba con la cooperación del coronel Arteaga y de otros varios. Urizar hizo su exposición, la combatió Concha, siguió Vial aceptándola con modificaciones, y luego reproduje yo mis argumentos con calor y con palabras enfáticas para producir impresión y sublevar recuerdos y afecciones contra la tal transacción. Mientras hablé, muchos mostraron aprobarme, y cuando concluí quedaron todos en un profundo silencio. Por lo menos, era la duda la que estaba pintada en todos los semblantes. Me apoyó Infante. Me combatieron Ugarte, Urizar, Marín (2) y los Viales, Manuel y Ramón; pero con tal sin razón que yo vi que no necesitaba replicar porque

(1) Don José Antonio Alemparte.

(2) Don Francisco Marín Recabárren.

todos pensaban ya en no transigir y en no entrar por proposiciones. Para aprovechar el resultado, conociendo yo lo que son estos señores, quise ahorrarles la *humillación* de aparecer convencidos por mí y adopté el partido extremo presentando escrita una proposición en que se declaraba que la oposición no se ocupaba de las proposiciones que Urizar trataba de hacer al ministerio, con lo cual mismo Urizar, por conseguir algo, debía desistir de su propósito y adherirse a la opinión general, que estaba por no entrar en convenio ninguno. No me alucino al asegurar que mi estrategia produjo el resultado que calculé. Lo que hace ¡Dios mío! aun entre los liberales, la opinión de que gozan los circunspectos! A mí me conceden talento, me hallan siempre razón, pero casi nunca siguen mi parecer, a menos que yo no me valga de algun arbitrio como éste para imponerlo o hacerlo aparecer como el pensamiento de otros. Véase una prueba de esto en lo que sucedió: al instante se formularon 13 proposiciones escritas. Se armó un guirigay, todos hablaban, cada uno sostenía su proposición, nadie se entendía. Yo me alegraba, porque deseaba que se enredaran para que Urizar no triunfara. Ugarte y otros conocieron mi ánimo y me interpelaron particularmente para que pusiese término al enredo. Todas las proposiciones escritas eran, más o menos, iguales, porque, excepto la de Sanfuentes y la de Urizar, las demás contenían el pensamiento de no entrar en transacción ninguna. La de Urizar tendía a que la oposición contrajera compromiso de no atacar por la prensa al Ministerio, sino con ciertas restricciones. Vial habría escrito tres veces la suya con muchas enmiendas, había muchos que gritaban *la de Sanfuentes es la mejor*. La de Sanfuentes se había leído y como a uno de los concurrentes se le antojó decir, con una especie de asombro, que era la mejor, el prestigio reunió en favor de ella casi todas las opiniones. Don Salvador estaba sin desplegar los labios, como acostumbra.

Pongo a votación esta proposición; la leo; todos se fijan en ella; hubo un momento de silencio, durante el cual luchaba, sin duda, el prestigio de don Salvador con lo malo de su proposición y de repente estalló la desaprobación, de modo que ni siquiera

votaron sobre ella. Si yo tuviera el prestigio de don Salvador, salvaría también a esta pobre oposición. La anarquía terminó, en fin, aprobándose ésta, que formuló Ugarte con otros: «La comisión directora simpatiza con las intenciones manifestadas por el Ministro del Interior al señor Urizar y a medida que el gobierno ponga por obra lo que ofrece, la oposición se hará un deber en aplaudirlo por su respeto a la Constitución y a las leyes». Este era mi triunfo y la derrota de Urizar. Sin embargo, yo voté en contra, para sostener mi papel y para no perturbar el contento que, más que todos, mostraban los partidarios de la *transacción*, como si hubieran triunfado. Urizar llevó el acuerdo de mi letra al Ministro. Mientras he combatido en estos días la transacción Urizar, he procurado darle toda la publicidad posible para llamar la atención de Bulnes y hecho algo para que se haga comprender a éste que con tal transacción el Ministerio le traiciona. Es probable que a la fecha Bulnes esté alerta y que Varas esté sumamente rabioso por el giro que ha tomado su conversación con don Fernando Urizar. Lo que importa es impedir que éste y otros como él vengan a cruzar la marcha de la oposición con esas transacciones que no tienen otro fin que salvar intereses personales a costa de la causa del partido. Si yo estuviera en otras circunstancias, habría llamado *traidor* a Urizar, tan solo por el hecho de meterse a hacer proposiciones sin consultar al partido. Quería traernos la cosa hecha para alucinar, cómo había logrado alucinar ya a los principales. Gracias a mi empeño y a mis mañas logré evitarlo, que de no a esta hora estaríamos ya vencidos.

Mayo 15.—En esta primera mitad del mes la prensa de ambos partidos se ha ocupado de la transacción. Urizar llevó el resultado de sus gestiones ante el Ministro Varas y éste se le manifestó frío y muy poco dispuesto a cumplir lo que le había prometido. La prensa ministerial negó la disposición del Ministerio a transigir. Urizar publicó una exposición de lo ocurrido y sobre esto se ha sostenido la polémica.

Otro asunto que ha ocupado a la prensa es el artículo que publicó la *Revista Católica*, declarando que era pecado mortal leer o fomentar *El Amigo del Pueblo*, cuyo papel es herético

porque publicó dos capítulos de las «Palabras de un Creyente». Yo propuse con Federico Errázuriz se acusara a la Revista; pero en la Junta prevaleció la opinión contraria, sostenida por Vial. A consecuencia de esto se ha sostenido una fuerte polémica entre los papeles retrógrados y los de oposición.

Hoy 15, he defendido ante el jurado a don Pedro Cueto contra las calumnias que le dirigió en sus palabras Correa Da Costa. El jurado condenó, y sin embargo, mis adversarios han sacado de esto motivo para calumniarme e injuriarme, suponiendo que he obrado por motivos innobles y que me he puesto de acuerdo con el jurado.

31.—Hasta hoy me ha atacado la prensa sobre el negocio de Cueto. No ha tratado ninguna cuestión.

El Ministerio ha estado empeñadísimo en formarse mayoría en la Cámara, a cuyo fin ha hecho venir a Gana Francisco, sacándolo de la Intendencia de Atacama, en donde hace gran falta, según lo confiesa, combatiendo esta medida, el mismo *Copiapino*, periódico ministerial, a Gana Segundo, Vallejo, Cousiño Ventura, que el año anterior era nuestro y que hoy se ha pasado al Ministerio hasta el extremo de venir, abandonando sus negocios y obligaciones, y a Ariztía que nunca había asistido, porque sus ocupaciones lo sujetaban en el norte. La oposición trabaja también por conservar su mayoría y cuenta con 28 diputados para la elección de Presidente de la Cámara, que es el punto disputado.

Junio 1.º.—Hoy se ha hecho la apertura del Congreso. El mensaje del Presidente, que leyó Varas, es insignificante y no hace más que repetir lo que dijo el año anterior.

4.—Anoche hubo sesión; en la elección de Presidente, que fue lo único que se hizo, había 54 Diputados, 27 por cada parte, pues que no contando con los votos de Lira Santos, nuestro candidato y Pérez, candidato del Ministerio, obtuvieron cada uno de ellos en dos votaciones repetidas 26 votos. Esto prueba que nos han traicionado dos diputados de los 28 que contábamos: las presunciones están contra Plata, que es un cobarde, y contra Formas (1) que prometió su voto y en cuya

(1) Don Fernando Márquez de la Plata y don Carlos Formas.

promesa nunca creí. También prueba este resultado que por extraordinarias que hayan sido los esfuerzos del Gobierno para tener mayoría, apenas ha alcanzado a igualar a la oposición; igualdad que seguramente no le durará.

Después del empate se procedió a sortear conforme a reglamento, los nombres de los candidatos. Salieron, Lira para presidente y Solar Borja para vice. Montt ha cometido en este acto una puerilidad que le ridiculiza: ha manifestado dudar de la honradez del presidente y secretario, levantándose de su asiento y yendo a la mesa para ver el sorteo; pero fué tanta la silba que le hizo la barra, que se cortó y se contentó con ver las cédulas, volviéndose a su asiento antes del sorteo.

En esta sesión presenté una moción para declarar puertos francos los de Valdivia y Chiloé, y otra para que se conceda ciudadanía a Cicarelli.

6.—Anoche hubo sesión. Estuvo pacífica. Se discutió el proyecto de Instrucción Primaria y se aprobó hasta el 11 artículo. Se dió segunda lectura a mis mociones y pasaron a comisión.

8.—Ayer 7, hubo también sesión pacífica. Se continuó el proyecto de Instrucción primaria. Yo he retirado mi moción sobre Cicarelli, porque *El Mercurio*, la atribuye a un convenio con dicho Cicarelli (1), en que éste se compromete a hacerme mi retrato. Hay ataques que me incomodan, tales son los que *El Mercurio* y a su imitación la prensa ministerial me dirige siempre, atribuyendo mis actos y palabras a motivos ruines e impuros. Mis opiniones pertenecen al dominio de la crítica: hagan mis enemigos lo que les guste de ellas; y aun ridiculicen mi persona; pero nunca tendré yo bastante sangre fría para tolerar ese ataque infamante e inmoral que consiste en ultrajar mis intenciones y en suponerme obrando siempre por móviles sucios e indignos. ¿Será posible que no se me conceda siquiera desinterés en mis intenciones?

(Continuará)

BIBLIOGRAFÍA

Dario E. Salas. — *El problema nacional. Bases para la reconstrucción de nuestro problema escolar primario*.—Santiago, 1917.—1 vol. de xiii+362 págs.

El problema nacional, por antonomasia, ha llamado el Sr. Dario E. Salas a su obra sobre «reconstrucción de nuestro sistema escolar primario». Pocas veces se habrá empleado con más propiedad esta figura de retórica: si se investigan las causas de nuestros vicios sociales, desde la rapacidad del magnate que se enriquece despojando al Estado, hasta la ratería y el alcoholismo del *roto*, se encuentra como origen una falta de educación, o bien otra causa que puede corregirse por medio de la educación. Por eso todos cuantos han tenido oportunidad de conocer a fondo las llagas nacionales vuelven la mirada angustiosa hacia la instrucción pública, que, por desgracia, en casi todas sus ramas dista mucho de corresponder a sus fines.

Pocas veces también se ha afrontado un problema nacional con tanto patriotismo, con tanta valentía y con tanta preparación como lo hace ahora el señor Salas. Analiza en su libro este distinguido pedagogo las múltiples deficiencias de nuestra instrucción primaria, demuestra la imperiosa necesidad de su reforma y luego traza el plan completo de lo

que debiera ser esta importantísima rama de la administración pública.

El programa que el señor Salas ofrece a los directores de nuestra educación nacional comprende lo mejor que se practica en los países más adelantados, en los Estados Unidos sobre todo. Naturalmente no podrá realizarse de la noche a la mañana; pero debe ser el desiderátum de todos los que de veras anhelan el progreso y la felicidad de nuestro pueblo.

Por estas razones, este libro debería ocupar un puesto de preferencia en la biblioteca de los legisladores y en la de todos cuantos se dedican a la enseñanza, desde el Ministro de Instrucción hasta el modesto preceptor de una escuela rural. Realizarán una obra patriótica las instituciones que trabajen por difundir este libro en el país.

En momento muy oportuno ha llegado la obra del señor Salas. Ahora, cuando se habla tanto de instrucción primaria obligatoria, y la inmensa mayoría de los que de esto tratan cree que el problema queda resuelto con improvisar unas 4,000 escuelas atendidas por unos 8,000 maestros elegidos entre los primeros que pasen por la calle, y enseñar a leer y escribir por angas o por mangas al formidable ejército de analfabetos que afrenta a nuestro buen

nombre de pueblo civilizado, ahora llega el libro *El Problema Nacional* a hacer ver que no basta obligar a asistir a las escuelas a todos los niños que tienen la edad necesaria, convocar a los adultos a las escuelas nocturnas y enseñarles a unos y a otros a leer y escribir; no basta darles los rudimentos de la Aritmética, de la Geografía, la Historia, el Dibujo y otras disciplinas: es necesario, antes que todo y por sobre todo, *educar*, es decir, desarrollar armónicamente las facultades morales, intelectuales y físicas del alumno para transformarlo en un hombre sano, hábil y bueno, capaz de labrar su propia felicidad y de contribuir al bien común. Y esto no lo pueden conseguir los maestros improvisados, ni tampoco esa legión de preceptores que sin entusiasmo ni estímulo trabaja hoy en las escuelas del Estado. Para que la Instrucción Pública sea verdaderamente provechosa, es necesario que cada uno de sus maestros sea un educador, y esto no podrá conseguirse sin una transformación completa de nuestro régimen de instrucción nacional.

* * *

Lo dicho hasta aquí no significa que la obra del señor Salas sea perfecta y no merezca algunos reparos.

Al autor, al trazar el plan de «la reconstrucción de nuestro sistema escolar primario», le ha ocurrido lo que a un arquitecto que, encargado de la renovación de un ruinoso palacio, tiene que habérselas con un dueño tacaño, y para no asustarle con lo mucho que hay que destruir y transformar, y ver con ello fracasado su proyecto, deja subsistentes en su plano muchas cosas inútiles que confía se podrán hacer desaparecer más tarde.

No da lugar a dudas que el señor Salas temió aparecer como pesimista y desalentar a sus lectores si pintaba con fidelidad el cuadro lastimoso de nuestra Instrucción Primaria. Pasa en silencio muchas cosas

repugnantes que no han transpirado aun a la generalidad del público; y otras veces hace verdaderos esfuerzos de dialéctica para atenuar defectos o vicios que están en conocimiento de todo el mundo.

Es interesante a este respecto el capítulo en que trata de la dirección de la Instrucción Primaria. El autor reconoce todos los gravísimos defectos de esa rama de la administración pública; pero no se resigna a hacer responsable a su jefe, y culpa a la organización de la oficina: no está el mal en el empleado sino en el empleo, que exige un super-hombre para ser bien desempeñado. En confirmación de esto, enumera el señor Salas todas las responsabilidades que pesan sobre el Inspector General y las múltiples cualidades y conocimientos que deben adornar a este funcionario: argumento especioso es éste, porque igual enumeración puede hacerse respecto de los Ministros de Estado, del Director de Ferrocarriles, de los Intendentes y Gobernadores, de los Rectores de liceos y en general de muchos jefes de oficinas. Es indudable que en un departamento cualquiera de la administración, cuyo jefe no sabe buscar buenos colaboradores, ni distribuir el trabajo, las cosas no pueden andar bien.

Esa suma enorme de poder que las leyes y las circunstancias han puesto en manos del Inspector General, considerada por el señor Salas como un grave obstáculo para el desarrollo de la Instrucción Primaria, podría convertirse en elemento poderosísimo de progreso. En efecto, póngase al frente de la Inspección a un Enrique Molina, a un Maximiliano Salas Marchan, al mismo señor Darío E. Salas, o a otro educador que una a sus conocimientos pedagógicos, gran entereza de carácter, verdadero patriotismo y cariño a la juventud, y en menos de tres meses se verá completamente transformada la Instrucción Primaria, porque los maestros sabrán que el único medio de surgir es el honrado cum-

plimiento del deber, y los que están ahí sin más méritos que el empeño de sus protectores, cederán el paso a los maestros de valer, quienes, estimulados por tener de jefe a un educador que sabrá estimarlos, trabajarán con entusiasmo y darán frutos hasta hoy desconocidos.

En lo tocante a las reformas que propone el señor Salas, creemos que no todas se pueden aceptar sin beneficio de inventario. Estudio y meditación requiere antes de ser adoptada, particularmente aquella que el autor llama educación vocacional y que tiende a formar desde los últimos años de la escuela primaria algo como especialistas en oficios y artes menores. Muy útil será investigar, antes de dar un paso definitivo, si la preparación de esos obreros especialistas, tan útil y necesaria en Estados Unidos y otras naciones de gran desarrollo industrial, será igualmente benéfica en nuestro país, donde el obrero no siempre encuentra (particularmente en las poblaciones pequeñas y en los campos) trabajo que corresponda a su oficio, y es corriente ver a un carpintero que invade el campo del albañil, del hojalatero o del pintor y vice-versa. ¿No habrá en esto alguna semejanza con los médicos especialistas, tan necesarios en las grandes ciudades, e inaceptables en las pequeñas? Quién sabe si no sería más discreto limitar las aspiraciones de esta educación, como se ha hecho en Bruselas en los cursos de cuarto grado de tendencia industrial y comercial, los cuales, según la información de M. Arthur Nyns, «no preparan para una función bien determinada», sino que «habilitan a sus alumnos para moverse un día con facilidad en el medio en que han de aprender su profesión».

Otro punto digno de ser notado es que el señor Salas, en su Ensayo de un proyecto de ley sobre Reconstrucción de la Educación Primaria Nacional, en la parte que se refiere a la enseñanza particular, exija que los establecimientos de esta naturaleza cumplan los progra-

mas de las escuelas del Estado *únicamente* «en lo que respecta a la educación cívica, los himnos patrióticos y la enseñanza del idioma patrio, de la Higiene y de la Historia y Geografía nacionales»; y deje entera libertad para la determinación de los programas de las demás asignaturas. Esto parece muy bien pensado para un país como la República Argentina, donde la escuela nacional tiene como antagonista a la escuela extranjera de las numerosas colonias que allí residen. Pero entre nosotros, el adversario de la educación del Estado, es la instrucción dada con fines religiosos o mercantiles, y en ambos casos es perjudicial dejar amplia libertad a los particulares para fijar las materias que habrán de enseñar.

Por otra parte, las escuelas privadas, que quedan sometidas a una vigilancia superior «en cuanto a la moralidad y el orden, al estado sanitario de los locales y a las condiciones en que se realiza el trabajo de los alumnos desde el punto de vista higiénico», no tendrán fiscalización alguna sobre los métodos que empleen; de tal manera que podrán seguir usando los procedimientos irracionales que hoy están en práctica en muchas de ellas y que causan a los educandos males mucho mayores que las salas mal alumbradas o los bancos inadecuados a su desarrollo.

Una última observación. Un libro de la importancia de «El Problema Nacional», destinado a correr en manos de políticos y educadores, es digno de un ropaje más cuidado que aquel con que lo hemos visto aparecer. No somos de los que creen que sólo en las obras estrictamente literarias se puede poner esmero en el estilo; juzgamos por el contrario, que aún en aquellas producciones de carácter puramente científico o expositivo sientan bien la corrección del lenguaje y la belleza de la forma compatible con la materia de que se trata. Muchas obras muy bien pensadas y de fines muy lau-

dables no alcanzan el éxito que merecen porque están escritas en forma poco atrayente, o predisponen a los lectores en contra del autor por el poco conocimiento que demuestra de la lengua en que escribe. La pureza y corrección del lenguaje deben ser, como la finura y delicadeza de los modales, que no se reservan para las grandes ceremonias, sino que acompañan a la persona culta en todos los actos de la vida.

No dudamos que, dada la importancia de la obra que acabamos de analizar, pronto habremos de ver una segunda edición, que acaso el Gobierno se apresurará a adquirir para repartirla a las bibliotecas y a todos los establecimientos públicos de educación, y para entonces esperamos verla espurgada de los neologismos innecesarios, impropiedades y demás defectos que hoy la deslustran.

DR. JULIO VALDÉS CANGE.

The Cambridge History of English Literature, tomos XIII y XIV. —Cambridge at the University Press. —1916.

Con estos dos volúmenes, aparecidos el año próximo pasado y que acaban de llegar, concluye esta interesante publicación hecha bajo los auspicios de la Universidad de Cambridge. Termina con la literatura inglesa del siglo XIX, materia de los tres últimos volúmenes y ha sido escrita por especialistas y profesores universitarios ingleses. He aquí el índice de los dos tomos últimos. Vol. XIII:

Cap. I. Carlyle, por J. G. Robertson (prof. U. de Londres).

Cap. II. Los Tennyssons, por Herbert J. C. Grierson (prof. U. Edinburgh).

Cap. III. Roberto Browning, por Henry Jones. (Prof. U. Glasgow).

Cap. IV. Matthew Arnold, Arthur Hugh Clough y James Thomson, por W. Lewis Jones. (Prof. U. C. North Wales).

Cap. V. Los Rossettis, William

Morris Swinburne y otros, por A. Hamilton Thompson (St. Johns College).

Cap. VI. Poetas menores del siglo XIX, por George Saintsbury. (Prof. Merton, College Oxford).

Cap. VII. La prosa del siglo XIX, por el anterior.

Cap. VIII. El Drama del siglo XIX, por Harold Child. (Braseur College).

Cap. IX. Thackeray, por A. Hamilton Thompson.

Cap. X. Dickens, por G. Saintsbury.

Cap. XI. La novela política y social (por A. W. Ward).

Cap. XII. Los Brontës, por A. A. Jack (prof. U. Aberdeen).

Cap. XIII. Novelistas menores, por W. I. Young.

Cap. XIV. George Meredith, Samuel Butler, George Gissing, por W. I. Young.

Bibliografías de los autores tratados.

Vol. XIV:

Cap. I. Los Filósofos, por W. R. Sorley. (Prof. Filosofía Moral King's College).

Cap. II. Los historiadores, Biógrafos y oradores políticos, (por A. W. Ward).

Cap. III. Críticos y prosa miscelánea, por Hugh Walker.

Cap. IV. Periodismo, por J. S. R. Phillips.

Cap. V. Periodismo Universitario, por Verum Horace Rendall. (Trinity College).

Cap. VI. Caricatura y literatura deportiva (Punch), por Harold Child. (U. de Oxford).

Cap. VII. Literatura de Viajes hasta 1900, por F. A. Kirkpatrick. (Trinity College).

Cap. VIII. Literatura de la Ciencia (Física, Química, Biología), por diversos autores, profesores universitarios.

Cap. IX. Literatura Anglo-Irlandesa, por Alfred Perceval.

Cap. X. Literatura Anglo-India por Eduardo Farley Oaten, profesor de literatura en Calcutta (College).

Cap. XI. Literatura Anglo-Canadiense, por Pelham Edgar (Prof. U. de Tarento).

Cap. XII. Literatura de Australia y Nueva Zelandia, por Harold Child.

Cap. XIII. Poesía Sud-africana, por I. Herbert Warren, profesor universitario de Oxford.

Cap. XIV. Educación, por J. W. Adamson, profesor E. U. de Londres.

Cap. XV. Cambios en el lenguaje desde el tiempo de Shakespeare hasta hoy, por W. Murison, M. A. Aberdeen.

El fin.

Bibliografías.

A. C.

Dr. Grasset.—*La Biologie humaine*.—París, Ernest Flammarion, éditeur.—1917.—I vol. de 344 págs.

«El manuscrito de este libro, dice Mr. Grasset en el Prefacio, estaba terminado a principios de Agosto de 1914 y habría iniciado su impresión a no haber estallado la guerra. La doctrina que en este libro desarrollo no ha sido, pues, inspirada por la guerra; pero creo que los acontecimientos que desde hace dos años estamos presenciando y el estado de alma que ellos han desarrollado en nosotros, no solamente no contradicen su publicación, sino que, por el contrario, la hacen más oportuna. Es hoy día cosa banal—pero no por eso menos verdadera, decir que el olvido o el menosprecio de la moral es la base y la raíz de las desgracias que atormentan a la humanidad. El menosprecio de la moral internacional explica las atrocidades cometidas en esta guerra: la violación de los tratados, el asesinato de los no combatientes, el incendio de bibliotecas y catedrales. El olvido de la moral individual y social explica y hace posibles las intoxicaciones voluntarias euforísticas (alcohol, cocaína, morfina, éter), la disolución de la familia, la despoblación, ... todas, en una palabra, las llagas sociales que han paralizado o enervado la esterilidad de las naciones.

A la cabeza de las causas de los

crímenes de la guerra y de las debilidades de la época que precedió a la guerra figura ciertamente y en primer término la decadencia de la moral pública.

Como remedio—curativo y preventivo—de esta situación será necesario—después de la guerra—enseñar la moral a los que la han olvidado o la ignoran y, sobre todo, imponerla a los que, conociéndola, la menosprecian y pisotean.

Es fácil enseñar la moral; pero ¿cómo imponerla más eficazmente que en el pasado?

La ley no puede imponer la moral a las naciones que no quieren aceptarla y que momentáneamente pueden disponer de la fuerza necesaria para sostener su insubordinación. A los individuos mismos, en una nación, la ley sólo puede imponer una parte de la moral. No puede obligar a casarse, a tener hijos, ni puede impedir el envenamiento voluntario, a puertas cerradas.

Sin embargo, toda la terapéutica de este grave peligro social estriba en la necesidad de difundir y de imponer la moral. ¿Cómo imponer la moral a los individuos y a las naciones con una fuerza de persuasión y una autoridad indiscutibles? ¿En nombre de qué puede promulgarse una moral indiscutida?

Cuando una sociedad dice a los individuos: «no debes suicidarte ni envenenarte, debes fundar y educar una familia numerosa»; cuando una nación dice a otra nación: «debes respetar la fe jurada, no invadir ni tratar de conquistar los territorios de tus vecinos», el individuo y la nación interpeladas pueden volverse al que pretende morigerarlas y contestarle con la palabra trágica de Robespierre (recordada por Paul Bourget): «¿en nombre de qué?»

¿Con qué título, dirá el individuo, se pretende impedirme vivir mi vida lo más agradablemente posible y evadirme de esta vida si en ella sólo encuentro desgracias, sufrimientos y sinsabores? ¿Con qué título, preguntará la nación, se pretende impedir-

me extender por todos los medios posibles la felicidad y la vida agradables de mis ciudadanos? ¿Con qué título se me puede impedir el sacrificio de los no combatientes o de los neutrales si a ese sacrificio está vinculado el interés inmediato de mis nacionales?

Es este todo el problema de mañana: ¿en nombre de qué principio se va—vuelta la paz—a imponer la moral cuyo desconocimiento originó los crímenes de la guerra y las debilidades del período precedente?

En otro tiempo el problema habría tenido una sencillísima solución: la gran mayoría de los hombres reconocía que Dios es el gran legislador de la moral humana, que él habla directamente a cada uno, y, por la revelación religiosa y el Evangelio, a la humanidad entera. De Dios dependían ciertas sanciones terrestres (el juicio de Dios) y todas las sanciones de la vida futura (inmortalidad del alma).

Hoy día—con razón o sin ella—soy de los que creen que sin razón, esta autoridad divina no es, en el hecho, unánimemente aceptada. Entre las naciones religiosas, algunas desnaturalizan y falsifican las nociones más santas, se hacen absolver por *su Dios* los delitos más espantosos y de esa suerte desacreditan esa autoridad, en otro tiempo indiscutida. En gran número otras naciones y, sobre todo, muchos individuos no tienen fe religiosa o creen no tenerla o, por lo menos, no aceptan la intervención de la idea religiosa en la vida pública, social e internacional. En el hecho, no se puede ya legislar en moral, ni imponer a individuos y gobiernos el respeto a sus deberes en nombre de la religión y de Dios. Por eso el problema se presenta en forma más y más angustiosa: ¿en nombre de qué principios pueden imponerse a hombres y naciones los principios de la moral?

Permaneciendo deliberada y exclusivamente en el terreno de los hechos, creo poder decir que actual-

mente sólo existe una autoridad indiscutida: la ciencia, la ciencia positiva y experimental. Si en cierta época y determinados países los sabios se han dejado arrastrar a actos de un particularismo falso, ello se debe a que han salido de su papel y abandonado el terreno científico. Olvidados de sus métodos, se han convertido en anticientíficos. Obra de todos los países, la ciencia no pertenece a ningún hombre ni a ninguna nación. Se impone, en consecuencia, a hombres y pueblos sin distinción posible.

¿Podremos encontrar en la ciencia, cuya autoridad todos aceptan, la base y el fundamento que la moral necesita?

El problema no es nuevo. Muchos sabios lo han planteado y esforzándose por resolverlo. Pero ninguna de las soluciones propuestas ha sido satisfactoria. La explicación es bien sencilla. Los muy notables progresos verificados en el siglo XIX, en anatomía comparada y en el conocimiento de la evolución de las especies, han puesto de manifiesto las analogías que aproximan el hombre a los animales y demás seres vivos, y producido una confusión entre la ciencia del hombre y la biología general. Y aun en la físico-química, el monismo científico ha tratado de abarcar el universo entero en una sola ciencia.

La biología general, lo mismo que la físico-química, se han querido dar como bases y punto de partida de la moral y de la sociología. Ahora bien, la ley primordial—esencial y única—de la biología y de la físico-química, es la ley de la lucha y de la batalla o la ley de reacción o de oposición.

De esa ciencia y de esa ley sólo puede resultar la negación de toda moral y de toda sociología humanas, y la apología de la fuerza y del egoísmo universal.

Se comprende—y podía preverse,—esta impotencia de la biología general y de la físico-química para fundar las ciencias morales y socia-

les, porque la físico-química es la ciencia del universo todo, y la biología general la ciencia de todos los seres vivos, en tanto que la moral y la sociología son propias al hombre, no pueden apoyarse sino sobre una ciencia humana, y no pueden tener, como punto de partida, consideraciones comunes al protozoario y al vegetal.

Todo, por el contrario, se facilita si se asigna como fundamento de las ciencias morales y sociales, no la biología general, sino la ciencia del hombre o biología humana que, sin ocuparse del origen del hombre (evolución o creación), ni de las analogías morfológicas que lo acercan a los otros animales, estudia únicamente la especie humana, fijada desde hace ya un gran número de siglos, basándose en el estudio de las funciones, en especial de las funciones psíquicas, que diferencian completamente al hombre de los animales superiores y, con más razón todavía, de todos los seres vivos y de los cuerpos de la naturaleza inanimada.

En este libro me propongo definir y exponer sintéticamente esta ciencia.

Desde hace cuarenta años observo al hombre vivo, sano o enfermo, leo, reflexiono, hablo y escribo sobre esta ciencia, positiva y experimental, del hombre y este libro resume las ideas que me he formado en Biología humana.

Este libro tiene, pues, el objeto de demostrar los derechos de la biología humana como ciencia independiente, distinta de la biología general y de las biologías animal y vegetal, como las biologías todas son, a su vez distintas de la físico-química y como la biología animal es distinta de la vegetal.

Establecido esto, me será fácil demostrar que la biología humana, así comprendida y constituida, da a las ciencias morales y sociales una base y un punto de partida que la biología general es incapaz de darles.

Y así queda resuelto el problema

planteado en el comienzo de este prefacio: en nombre de la biología humana es necesario enseñar e imponer la moral a los individuos y a las naciones, si se quiere dar a la moral—social e internacional—una base y una autoridad indiscutidas y acatada por todos.

Esto no quiere decir—claro está—que la biología humana abarque toda la moral (los deberes para con Dios, en especial, le son extraños), ni una moral nueva. Quiere decir, solamente, que la moral natural, eterna, por todos bien conocida; pero menospreciada por un gran número, puede y debe ser enseñada—por lo menos en sus grandes líneas—en nombre de la ciencia positiva y experimental, única autoridad que todo el mundo reconoce hoy día.

Durante largo tiempo todos hemos repetido que la ciencia es inmoral, por lo menos amoral. Fué esto cierto mientras se quiso aplicar al hombre la ciencia de todos los seres vivos (biología general) o todo el universo (monismo físico-químico). Pero si se separa la ciencia del hombre de la ciencia de los otros seres vivos y de los cuerpos inanimados del universo, la biología humana—tal como la defino en este libro—puede servir de base y de fundamento a una moral (y a una sociología) muy precisa y muy profunda.

La biología humana, que se impone a los hombres de todas las religiones y a los hombres sin religión, como a los hombres de todas las filosofías (materialistas y espiritualistas), siendo una ciencia positiva y experimental, comprende y analiza el fenómeno psíquico humano: la idea; admite la fuerza de la idea, que es el fenómeno más importante de la fisiología humana.

En una palabra, que justifica, en mi sentir, la publicación de este libro, la biología humana es no solamente el fundamento y el punto de partida, no solamente de una moral individual e interindividual, nacional e internacional, no solamente de una sociología humana e idealista, sino

también una doctrina filosófica completa, que podría denominarse «el idealismo positivo, e imponerse a todo el mundo en nombre de la ciencia, el ídolo soberano del presente».

Nada podríamos agregar a lo que, con tanta claridad se expone, en las páginas anteriores, sobre el objeto y la tendencia de este libro.

Debemos rendir un entusiasta homenaje a la suma claridad con que el Dr. Grasset expone sus ideas. A pesar de que trata materias abstrusas, cuya inteligencia requiere de ordinario nada vulgares conocimientos y sostenida atención, el autor ha sabido ponerse al alcance de cualquier lector que posea nada más que una cultura clásica y científica ordinaria.

Ha sabido igualmente evitar el escollo en que de ordinario caen los libros de medicina «al alcance de los profanos». Con su auxilio, lo dice el mismo, éstos—los profanos—no hallarán medios de curar enfermos, de diagnosticar enfermedades, de prescindir de los médicos o de apreciar su conducta. «Es un libro que tiene sus raíces en la observación clínica del enfermo; pero que es por completo una exposición científica, sin aplicaciones prácticas de ningún género».

Una observación final. El autor, espíritu profundamente religioso, según diversos pasajes de su obra lo permiten entrever, distingue con perfecta claridad el terreno religioso del científico. Y aun cuando cree que nada se opone a que el sabio pase sucesivamente «de su laboratorio a su oratorio», cuando, como en la ocasión presente, *hace* ciencia, no se le pasa siquiera por mentes entrar a su oratorio. Ni por un momento abandona el terreno de la ciencia positiva y experimental.

D. S.

Peter H. Goldsmith.—A Brief Bibliography of books in english, spanish and portuguese relating to the republics commonly called latin American with comments. — New

York.—The Macmillan Company.—1915.—1 vol. de xix+107 págs.

La obra del señor Goldsmith no pretende ser una bibliografía completa, se refiere tan sólo a los libros que fácilmente pueden encontrarse en las librerías de la ciudad de Nueva York. Estas circunstancias quitan toda importancia al libro desde el punto de vista bibliográfico. Considerado como catálogo de catálogos de librerías, puede prestar algunos servicios. Los juicios que hace sobre los libros que cita son, por lo general, vagos e insustanciales. La persona que quisiera estudiar a Chile en los libros que el señor Goldsmith cita, se llevaría soberbio chasco. Son poco más de una docena y casi todos ellos en extremo vulgares. Hace contraste con la franciscana pobreza de esta obra, otra que se publicó en Washington en 1903 con el título de *A list of books, magazines articles and maps relating to Chile*. Sin ser una bibliografía completa, es un apreciable ensayo que en Chile mismo puede ser consultado con provecho.

S.

Santiago Marín Vicuña.—*Problemas Nacionales*.—Santiago, 1917.—1 vol. de iv+102 págs.

El autor ha tenido la feliz ocurrencia de recopilar en este volumen los estudios que publicó en la prensa en los últimos meses del año pasado y en los primeros del actual sobre diversos tópicos de grandísimo interés para las regiones norte y austral del país. He aquí los títulos de ellos: La Escuela de Minería de Copiapó, La red central norte, Chuquicamata, El Tofo, Defendamos nuestros valles, Los ferrocarriles internacionales de Arica y Mollendo, Ferrocarriles internacionales, El puerto de Arica, Por las cordilleras, Por los canales, La huelga de Magallanes, El istmo de Ofqui, El territorio de Magallanes, El Teniente.

X.

Oficina Central de Estadística.
—*Sinopsis Estadística de la República de Chile.*—Año 1916.—Santiago, 1917.—1 vol. de xiv+162 págs.

Sin tiempo, por ahora, para ocuparnos, con la extensión que merece, de esta interesantísima publicación, nos limitamos a anunciar que en el próximo número de REVISTA CHILENA publicaremos un estudio que sobre ella se ha servido enviarnos el profesor de Economía Política y Director del Seminario de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, don Daniel Martner.

Caribbean Interests of the United States, por *Chester Lloyd Jones*, profesor de Ciencia Política en la Universidad de Wisconsin; D. Appleton & Co.—New York, London, 1916.—1 vol. in 4.º menor; 379 págs., precedido de prólogo, y de un índice de materias y seguido de una lista de obras relativas a los países ribeños del mar Caribe, y de un índice alfabético.

Hemos tenido ya ocasión de informar al público acerca de este autor, ventajosamente conocido no sólo en su país, sino en el extranjero entre todos los que se ocupan en estudios políticos y sociales. La obra, objeto de estas líneas, es su trabajo más reciente y tal vez de mayor aliento. Versa acerca de los temas que mayor interés ofrecen a los estadistas y publicistas que siguen de cerca el movimiento internacional en el continente americano y es fruto de una vasta erudición y de estudios personales realizados en un reciente viaje por América.

Entre los diversos capítulos, son de mencionarse los relativos a la importancia internacional del Mar Caribe, a la regeneración de Puerto Rico, a las relaciones de Estados Unidos con Centro América y Panamá y los países hispano-americanos situados al norte de Sud-América, a las «concesiones» y a la doctrina Monroe.

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca de algunas opiniones interesantes que se contienen en este libro:

Cree que los problemas centro-americanos «envuelven no sólo la buena voluntad de Centro-América, sino también la de todos los pueblos de la América Latina. La política exterior de los Estados Unidos, aunque mundial en sus intereses y en su porvenir, es y continuará siendo siempre, principalmente, americana. Sin la buena voluntad y sin la cooperación de sus vecinos los Estados Unidos podrán hacer muy poco para mejorar las relaciones internacionales en el Nuevo Mundo». Aconseja que su política, además de ser fuerte, debe de ser justa, aun a costa de sacrificar ventajas presentes, por costosas que éstas hayan sido.

Contiene datos muy precisos sobre el desgobierno imperante en esa parte de América, que se ha traducido en cuantiosos y repetidos empréstitos; da los ejemplos más notables de la falencia de algunas de esas pequeñas repúblicas y de la cesación en los pagos de la deuda externa y de cómo, algunas, como Costa Rica, tienen su capital circulante controlado por un solo individuo, que posee más del 60% de todo el capital existente en el país. Preconiza la conveniencia de que los Estados Unidos asuman cierto grado de responsabilidad en el mantenimiento del orden interno de esos turbulentos países y cierto control sobre sus finanzas, con el objeto de que no se contraten empréstitos externos que no estén en aptitud de pagar; que ciertas fuentes de entradas empeñadas para garantizar el cumplimiento de obligaciones principales, se dediquen a éste y no a otro fin.

Cree que el moderno imperialismo obligará a los Estados Unidos a seguir el ejemplo de Europa en estas materias y que le hará buscar en los países inmediatamente al sur de sus propios límites un campo apropiado para invertir el excedente de sus capitales. Estima indispensable

para el éxito de esta política y seguridad de esos mismos países, el establecimiento de algunas bases o estaciones navales para la escuadra norteamericana. Pero, es indispensable dejar testimonio de que estas apreciaciones se refieren sólo a los Estados riberaños al Mar Caribe, que es, en realidad, un mar cuyo control pertenece a los Estados Unidos, desde que por hechos históricos conocidos y necesidades de su propia existencia el verdadero y real límite sur de la Unión Americana es hoy el Canal de Panamá.

Llama la atención a que «la explotación económica» en los países vecinos al Mar Caribe y en los países situados en la parte norte de Sud-América significa algo completamente distinto de lo que por tal se comprende en los Estados Unidos y en las naciones situadas al extremo meridional de Sud-América. Todas estas comarcas han tenido que recurrir al capital extranjero para el desarrollo de sus fuentes de producción, pero en los Estados Unidos, especialmente, el dinero prestado ha sido colocado en empresas o negocios manejados por los naturales del país. Las compañías que usaron ese dinero, no eran compañías explotadoras extranjeras, sino compañías americanas que obtuvieron en préstamo capital extranjero». Agrega después... «en Sud-América meridional, las compañías sustentadas por el capital extranjero, no eran manejadas, es cierto, por ciudadanos de los respectivos países, pero funcionaban en medio de pueblos que demostraban habilidad para establecer gobiernos de verdadero poder, capaces de garantizar la paz interior y de proteger la propiedad. Esto es, esos gobiernos, no ofrecían el menor peligro de convertirse en agentes de extranjeros, dueños de «concesiones o de meros tenedores de bonos».

Esta distinción que comienza a formular Lloyd Jones, entre los países de gobiernos estables y de clima más templado, por una parte y, por otra, los riberaños al Mar Caribe

o ubicados en la parte norte de Sud-América, la prosigue en el curso de su interesante obra por otros capítulos no menos importantes. Podríamos decir que en este particular respecto, ésta es la primera obra didáctica que, ocupándose en asuntos hispano-americanos, formula tan clara y neta distinción. Es verdad que anteriormente a la publicación de este libro, el ex-presidente Roosevelt en su memorable gira por Sud-América dijo también algo parecido, después de lo que *de visu* observara en estos países. Sin embargo, el coronel fué más allá que el docto profesor de Wisconsin, tal vez favorablemente impresionado por lo que viera en Argentina y Chile, en materia de eficiencia militar que siempre es la materia de su predilección; y llegó a expresar que la doctrina Monroe podrá ser una doctrina continental americana, sustentada no sólo por la fuerza moral de algunas repúblicas hispano-americanas bien organizadas sino también por sus armamentos que las convierte en capaces de defenderse por sí solas. Para Lloyd Jones, lo mismo que para el Presidente Wilson, la doctrina Monroe continuará siendo una doctrina unilateral de los Estados Unidos, aunque desea para ella la cooperación de los países latino-americanos.

Sostiene que los Estados Unidos no deben buscar la ayuda de los países del A. B. C. porque provocarían el resentimiento de los excluidos y porque, como nación soberana, no puede someter la decisión de un asunto que le interesara vitalmente, al buen o mal criterio o intención de otras potencias. Además agrega, que muchas de estas cuestiones pueden no interesar a los mediadores; y así dice: «Al fin y al cabo ¿el agrupar los problemas americanos no es un asunto más aparente o de método, que real? ¿Por qué los Estados Unidos han de considerarse interesados en controversias, como la de Tacna y Arica; y por qué Chile ha de manifestarse afectado por las discordias

suscitadas entre los caudillos de México o de Haití?».

«En el hecho hay en América dos grupos de intereses y no uno solo. Los países estables de Sud América tienen los suyos y nosotros los nuestros. Deben ellos tener libertad de acción en los problemas que existen más cerca de ellos, aprovechando de nuestra buena amistad y buenos oficios. Nosotros debemos ocupar la misma posición respecto de los problemas que nos afectan directamente. La armonía no se crea por vínculos artificiales, que a veces se oponen a los intereses geográficos, económicos y políticos.»

«Nuestras intervenciones al amparo de la doctrina de Monroe, para la protección de nuestros intereses en asuntos internacionales han sido incidentes típicos de nuestra política en el Mar Caribe. Esos son *nuestros* intereses. Inducir a las repúblicas meridionales de Sud-América a que trabajen de consuno con nosotros en este terreno significaría interesarlas en algo que sólo les concierne muy remotamente y en que podríamos encontrar nuestros deseos muy diametralmente opuestos a sus preferencias. Nosotros tenemos tan escaso interés en algunos de sus problemas internacionales como ellos en la mayor parte de los nuestros. En el hecho, en muchos casos, nosotros en los Estados Unidos estamos más lejos de los problemas internacionales de Sud América, que lo que lo estamos de la política europea o asiática. Buenos Aires se halla dos veces más lejos de Nueva Orleans que Liverpool de Nueva York. San Francisco se encuentra a seiscientas millas más cerca de Yokohama que de Valparaíso. Lo repetimos, algunos de los estables países sudamericanos ofrecen tan fuerte contraste con otras repúblicas latino-americanas como nosotros mismos con éstas. Haití y Argentina son «países latinos»; pero también es la única característica que ofrecen en común. Las relaciones entre esas dos clases de países son de escasísima importancia. Aun-

que no somos latinos, los asuntos internacionales que conciernen a Haití, México o Centro América, reflejarán siempre algún interés sobre nuestra política internacional, a pesar de que no coparticipemos con ellos ninguna herencia racial o lingüística.»

«En América, como en toda otra parte del mundo, las naciones fuertes dirigirán a las débiles. Los estados Sudamericanos más bien gobernados ganarán su partida en sus relaciones exteriores (1). Lo mismo se aplica a la sección norte del Nuevo Continente: aquí los Estados Unidos ejercerán inevitablemente una posición de supremacía. Lo que debemos buscar en nuestra esfera, como aquéllos en la suya, es la aprobación de los hombres buenos, pero debemos ser suficientemente inteligentes para conservar nuestra libertad de acción en nuestra propia esfera. Y lo mismo deben hacer ellos. En nuestra política en el Mar Caribe debemos actuar de manera que merezcamos la aprobación de los más fuertes estados sudamericanos, sin que permitamos que nuestra política sea determinada por ellos. Los intereses vitales de los Estados Unidos están íntimamente mezclados con los problemas del Mar Caribe; y los de aquellos estados no lo están. Por eso no podemos someter a la aprobación de nadie el curso de nuestra política en esa región, porque nadie tiene intereses allí comparables con los nuestros.»

Reside aquí, el principal mérito que para nosotros, los conciudadanos de *aquellos* países tan constantemente referidos, tiene este libro. El buen nombre de que el autor de estas teorías goza en su país y en especial en los centros intelectuales, es prenda segura de que estas ideas se abrirán prontamente camino. Nunca se han formulado en este lado del Atlántico

(1) La traducción es un poco libre, pero refleja exactamente la idea del original inglés que dice así: «The better governed of South American States will play the active part in her foreign affairs».

teorías más precisas y reales que éstas, que se hallan igualmente ajenas a las utopías de los pacifistas a *outrance*, de los *juristas* del mundo internacional y de los antimilitaristas; como a la de los exagerados que sostienen que no hay más derecho que el de la fuerza.

Es este el primer esfuerzo dirigido en este camino y la obra que lo contiene por la autoridad de su autor, por las justas y equitativas apreciaciones que encierra, y por la ordenación lógica de sus materias y el ligero, claro, y bien cortado estilo con que está escrito, constituye una de las más interesantes lecturas que pueden ofrecerse a los que siguen de cerca las evoluciones de la política internacional en el continente americano.

M. V.

G. K. Chesterton.—Ortodoxia (Calleja, Madrid, trad. del inglés por Alfonso Reyes).

Obra curiosa y pedagógica de uno de los principales espíritus ingleses contemporáneos, que, del campo del naturalismo de Darwin y de Spencer, ha pasado al catolicismo. Hace gala de «humour» y es ingenioso hasta el cansancio, sin embargo, su obra es original en extremo y digna de ser leída.

El autor nos cuenta en «Ortodoxia» cómo ha aplicado a la cerradura de los enigmas de la vida, diferentes llaves o sistemas, ideados por los filósofos y que sólo una ha calzado perfectamente que es la llave del Cristianismo, que abre todas las puertas, explica todos los enigmas, da sentido a la vida y tranquilidad a los corazones; de manera que después de un gran rodeo y creyendo hacer un gran descubrimiento, ha encontrado la verdad cristiana, predicada hace veinte siglos en un oscuro pueblo de Judea.

J. L. G-M.

M. Maeterlinck.—L'hôte inconnu (Charpentier, París).

Cada vez más, el ilustre autor belga, se hunde en los misterios del mundo invisible y recorre los diferentes fenómenos de telepatía, premonición, fantasmas, etc., sin tener convicciones bien definidas sobre la materia, basándose especialmente en la ya clásica obra de *Thyrs*, «La personalidad humana», que hemos tenido la fortuna de ver traducida al castellano.

El libro de Maeterlinck despierta ciertas curiosidades sin satisfacerlas y carece de fijeza y solidez. Una gran parte de él está dedicada a los caballos de Elberfeld, célebres calculadores matemáticos, a quienes fué a visitar personalmente Maeterlinck. Todo ello es incierto, incoherente y a menudo pueril.

J. L. G-M.

Leon Daudet.—Salons et journaux (4 me. serie de souvenirs des milieux politiques, littéraires, artistiques et médicaux de 1880 à 1908; Nouvelle librairie nationale, París).

Hijo de Alphonse Daudet, emparentado con Víctor Hugo, médico titulado, literato y periodista de profesión, además duelista célebre, tal es Leon Daudet.—Apasionado polemista, nos trae en sus recuerdos los más crueles retratos de sus enemigos (judíos, bonapartistas, etc.). Las figuras agradables, Maurras en cuyo partido milita y a quien considera el primer hombre de Francia, Jules Lemaitre, el coronel Marchand, Mme. de Soyne, Santiago Rusiñol, etc. resaltan tanto más en esa galería de grotescos y en medio de esa multitud de insultos e invectivas.

Este moderno Saint-Simón tiene vigor y originalidad en sus expresiones, pero es un parisiense muy superficial, que juzga de las personas por sus simpatías personales (injustas y exaltadas a menudo), por el sprit que tienen en la conversación y hasta por los platos que prefieren en la mesa...

Daudet tiene la osadía y el estré-

pito de los torrentes, pero también su monotonía.

J. L. G-M.

Dr. Grasset.—La biologie humaine (Flammarion, Paris.) (337 páginas).

El Dr. Grasset, el conocido profesor de Montpellier, se ha distinguido por importantes trabajos sobre los nervios y es actualmente una de las glorias de la medicina francesa. Es autor de algunas obras fisiológicas como «Introducción fisiológica al estudio de la filosofía», «Medio locos y medio responsables» y la tan célebre cuanto discutida obra de «Los límites de la biología», que han llevado su nombre más allá del mundo de la ciencia.

La nueva obra del Dr. Grasset sobre biología humana, es un verdadero acontecimiento en la literatura científica moderna; es una ocasión para el gran público que desea ilustrarse en la materia. La claridad, la precisión científica, la amenidad y la vasta ilustración del autor, hacen del nuevo libro de Grasset un manual que todo hombre culto debe poseer y estudiar detenidamente.

Insiste Grasset, sobre las admirables defensas de nuestro organismo contra las enfermedades (su capítulo IV sobre el *antixenismo* es capital) y sus tendencias son neovitalistas en oposición a las de Le Dantec. De clara que toda enfermedad es siempre general, con manifestaciones más o menos localizadas; que no hay enfermedades propiamente locales.

Considera en el hombre caracteres psíquicos que lo diferencian enteramente de los animales (superioridad intelectual, progreso indefinido del espíritu, la voluntad) y de ahí deduce importantes conclusiones de carácter sociológico (libertad y responsabilidad, deberes de los hombres entre sí, etc.) y termina, estudiando en un último capítulo los conocimientos sobre el hombre que están más allá de los límites de la biología.

El libro de Grasset es el fruto de toda una vida de estudio y de expe-

riencias. Es de reducido volumen, pero sólido y sustancioso y sumamente instructivo e interesante.

J. L. G-M.

LIBROS Y PUBLICACIONES RECIBIDAS

I. Dr. *H. Lea-Plaza*.—La Escuela Criminal Positiva.—Santiago, 1917.—1 vol. de 16 págs.

II. *Julio Chacón*.—Entre Montañas.—Linares, 1917.—1 vol. de 43 págs.

III. Proyecto de ley sobre medidas nacionales.—4.^a edición.—Valparaíso, 1917.—1 vol. de 27 págs.

IV. *A. E. Salazar*.—Informaciones sobre la zekción 5.^a, subzekción 3.^a, y sobre barios temas y bisitas de estudio rrelazionados kon el Congreso (Segundo Congreso Zientífico Panamerikano).—Killota, 1916.—1 vol. de 109 págs.

V. Leyes y Decretos Chilenos sobre medidas, seguidas de un proyecto de ley sobre medidas nacionales.—3.^a edición.—Killota, 1916.—1 vol. de 67 págs.

VI. *Arturo E. Salazar*.—El cálculo esakto de las líneas de transmisión con admitanzia dieléktrika rrepartida y el método iperbólico komplejo.—Washington, 1916.—1 vol. de 26 págs.

VII. *José Eugenio de Fleury*.—La ilustre casa de Larraín.—Santiago, 1917.—1 vol. de 65 págs.

VIII. *Pedro Fharpin*.—Estudio sobre una ley de Ascensos.—Santiago, 1917.—1 vol. de 73 págs.

IX. *Charles E. Chapman*.—A Californian in South America.—Berkeley, California, 1917.—1 vol. de 59 págs.

X. *Henry Booby*.—La epopeya serbia. La agonía de un pueblo.—Antofagasta, 1917.—1 vol. de 232 págs.

XI. *Alejandro Vicuña*.—Las hormiguas. Drama en tres actos.—Santiago, 1917.—1 vol. de 48 págs.

- XII. *Revista Chilena de Historia Etnología y Antropología de Chile.*
Natural.—Abril de 1917. —N.^{os} 2 y 3.
- XIII. *Memorial del Ejército de* XV. *Jorge Vidal de la Fuente.*—
Chile.—Agosto de 1917. Francia.—Antofagasta, 1917.—1 vol.
XIV. *Publicaciones del Museo de* de 10 págs.